

C O L E C C I Ó N T E X T O S

LA LECTURA DE LA
MODERNIDAD

Jorge Tirzo Gómez

LA LECTURA DE LA MODERNIDAD • Jorge Tirzo Gómez

005

5

25

25





**La lectura de la
modernidad**

Colección Textos

• Número 25 •

COLECCIÓN
TEXTOS

La lectura de la modernidad

Jorge Tirzo Gómez

Universidad Pedagógica Nacional
Dirección de Difusión y Extensión Universitaria
Fomento Editorial
MÉXICO • 2001

Jorge Tirzo Gómez
La lectura de la modernidad
Colección **Textos**. Número 25

Marcela Santillán Nieto

Rectora

Tenoch E. Cedillo Ávalos

Secretario Académico

Arturo García Guerra

Secretario Administrativo

Abraham Sánchez Contreras

Director de Planeación

Juan Acuña Guzmán

Director de Servicios Jurídicos

Elsa Mendiola Sanz

Directora de Docencia

Aurora Elizondo Huerta

Directora de Investigación

Valentina Cantón Arjona

Directora de Difusión y Extensión Universitaria

Fernando Velázquez Merlo

Director de Biblioteca y Apoyo Académico

Adalberto Rangel Ruiz de la Peña

Director de Unidades UPN

Anastasia Rodríguez Castro

Subdirectora de Fomento Editorial

Revisión: Luis Antonio Borrayo

Diseño de colección: Margarita Morales Sánchez

Formación: María Teresa Hershberger Chagoya

1a. edición: 2001

© Derechos reservados por el autor Jorge Tirzo Gómez

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional

Carretera al Ajusco núm. 24, Col. Héroes de Padierna

Delegación Tlalpan, C.P. 14200. México, D.F.

www.upn.mx

ISBN 970-702-033-4

LB1050	Tirzo Gómez, Jorge
T5.5	La lectura de la modernidad
	/ Jorge Tirzo Gómez. --México: UPN, 2001.
	156 p. -- (Colección Textos; núm. 25)
	ISBN 970-702-033-4
	1. LECTURA - ASPECTOS SOCIALES
	2. LECTURA, INTERESES EN LA
	3. LECTURA - ESTUDIO Y ENSEÑANZA (SUPERIOR) f t. II.
	Universidad Pedagógica Nacional, México.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

Impreso y hecho en México

*Para Norma,
vida y excedente de sentido.*

INTRODUCCIÓN

En los años noventa las universidades mexicanas enfrentan constantemente viejos y nuevos problemas en la búsqueda de una mejor educación. Actualmente, para las instituciones y para la comunidad, la educación de excelencia es en todo momento promesa y objetivo.

Cada uno de los niveles del sistema educativo nacional hace suyos los propósitos de formación y las preocupaciones educativas. Desde el nivel básico hasta el superior, aparecen constantemente las intenciones de solucionar los problemas y trascender hacia el futuro.

La educación universitaria destaca en este panorama, pues a últimas fechas se cuestiona en reiteradas ocasiones su función educativa y su compromiso comunitario, pero también se le considera una posibilidad de acceso al desarrollo social, económico y cultural. La educación superior continúa siendo la gran aspiración de la sociedad, pero esto no deja de lado las candentes polémicas que despierta.

Actualmente la universidad comparte espacios físicos y simbólicos en la gran urbe metropolitana, pues en los años noventa lo educativo ha superado tanto las bardas escolares como las expectativas sociales en la materia, la ciudad y sus calles se han convertido también en escenarios educativos que socializan ideas sobre la vida y su devenir, sobre sus ideales y sus frustraciones.

Aun cuando la educación superior se ha diversificado, todavía es posible identificarla plenamente con el concepto de universidad. Hablar de universidad es hacer referencia a la educación superior, de la misma forma que cuando hablamos de ese nivel el referente que tenemos es la idea de universidad.

Una de las grandes expectativas que siempre ha aparecido en el contexto de la educación superior, y que a simple vista observamos pertenece a todo el sistema educativo, es la que se refiere a la lectura, a su necesidad, importancia y sueños frustrados.

La universidad moderna pone singular énfasis en la lectura, pues se le piensa como actividad fundamental para aprender. Ésta es la herencia de nuestros días, cuya presencia en la vida escolar universi-

taria es incuestionable, aunque paradójicamente se critique constantemente a alumnos y profesores por no leer en la cantidad y calidad requeridas. Al igual que en la educación básica, en la universidad, en los estudios de licenciatura y posgrado, leer se plantea como una necesidad curricular, pero por otra parte se duda de la habilidad lectora de los estudiantes, y cabe señalar que ahí no termina la cuestión, pues estos últimos también tienen dudas respecto a sus profesores. ¿Quién lee bien en la universidad?, ¿el profesor?, ¿el alumno?, ¿ninguno?, ¿o tal vez cada uno ejerza la lectura desde sus propios parámetros de interpretación?

La lectura se ha constituido como actividad intelectual hegemónica en los procesos de formación escolarizada, pero por otro lado tal hegemonía no puede ocultar las constantes críticas acerca de los deficientes hábitos lectores. Confiar profundamente en la lectura como instrumento de formación y dudar de que los sujetos la pongan en práctica se presenta como una paradoja educativa, pero que trasciende a la vida social.

Este trabajo pretende incursionar en la paradoja hegemonía-crisis de la lectura, y para su reconocimiento se indaga en dos contextos: uno, la universidad, lugar por excelencia de la lectura, y otro, *la calle*, lugar subalterno de las prácticas lectoras. Se ubican estos dos grandes contextos por considerar que es precisamente ahí, en sus relaciones, contradicciones, encuentros y desencuentros, donde se lee para satisfacer determinados fines y se deja de hacerlo en otros momentos. La lógica racional nos diría que en la escuela se lee y en la calle no, pero en muchos sentidos la fórmula se invierte: en la escuela no se lee y en la calle sí. La cuestión no es idealizar una situación y criticar otra, el propósito es develar el valor real de las diversas prácticas lectoras, tanto escolares como extraescolares y rescatar los "otros" usos de lectura que estudiantes, profesores, académicos y "gente común" desarrolla cotidianamente.

La problematización de este ensayo inicia con las siguientes interrogantes: ¿qué es leer?, ¿cuál es la función de la lectura?, ¿para qué sirve leer?, ¿dónde se lee?, ¿es posible el aprendizaje sin la lectura?, ¿por qué la gente no lee?, ¿es posible reconocer otros usos y funciones de la lectura como: el periódico, las revistas, las consignas de bardas y paredes, los carteles, volantes y boletines, la publicidad o los grafitis?,

¿existe un modelo único de lectura?, ¿existen diversos usos y funciones de la lectura?

La cuestión central se construye a partir de comprender la lectura como una acción que se ejerce cotidianamente, en espacios y tiempos que no remiten únicamente a una lógica escolar, sino a una vida diaria sujeta a ritmos vertiginosos y a convivencias sociales conflictivas. Este planteamiento no observa un divorcio entre lo escolar y la ciudad, por el contrario, se plantea la existencia de puntos de contacto y confluencia de un espacio a otro, inicialmente porque quienes asisten a las aulas escolares comparten los espacios urbanos de manera indiferenciada. En ese sentido estudiantes, profesores y trabajadores de instituciones educativas usan el espacio urbano para realizar lecturas compartiendo los usos y las funciones que permite el material escrito.

Analizar la lectura y sus nexos con la universidad y la vida cotidiana en general, es posible si se adopta una posición que rompa con el *deber ser* característico de perspectivas normativas. En ese sentido, la mirada de la posición cualitativa de la investigación se convierte en un instrumental metodológico y conceptual adecuado para indagar un mundo cargado de subjetividades y simbolismos.

Para poder acceder al análisis de la lectura en la ciudad de México es necesario plantearla como una cuestión problemática y no solamente como un ideal educativo, un fin al que aspira la escuela y la sociedad.

En la búsqueda de caminos de interpretación se configuró un sistema preliminar de preconiciones, en el sentido gadameriano del círculo hermenéutico, cuyo propósito fue orientar el presente estudio y configurar un marco metodológico que funcionara como base del trabajo interpretativo. A partir de estas premisas la investigación se guía por las siguientes ideas:

La escuela moderna se enfrenta a una paradoja que ella misma ha engendrado, validar como conocimiento principal a la lectura, convertirla en eje de las actividades de aprendizaje, reconocerla como parámetro de cultura, y, por otro lado, reconocer que los alumnos, profesores y la sociedad en general no leen.

Planteado en esos términos esta investigación parte de la existencia de una situación paradójica; por una parte a la lectura le hemos

asignado funciones que la hacen hegemónica en la vida escolar y social, pero por otro lado se reconoce un estado de crisis que tiene profundas implicaciones educativas y sociales.

Entender otras formas de lectura implica redimensionalizar el modelo. La lectura no es sólo comprensión de textos, es la antesala de la interpretación de la realidad. Leer libros sólo tiene sentido cuando se piensa como un referente histórico para interpretar la vida humana.

Asistir a una universidad lleva consigo una serie de supuestos, desde los que indican que ahí se aprenderán determinados conocimientos o habilidades, hasta aquellos que nos prometen acceder a otra forma de interpretar la realidad, y nos sitúan ante la posibilidad de transformarla.

Para poder incursionar en un análisis interpretativo se hizo necesario convertir las prenociones en objetivos de corto y mediano alcances, para de esta forma adentrarse en el reconocimiento de los niveles, procesos, fases y concatenaciones de los elementos que conforman este objeto de estudio. Los objetivos que quedaron planteados fueron:

- Documentar las prácticas e ideas académicas y extracadémicas donde la lectura esté considerada como una actividad hegemónica, por ocupar espacios y tiempos del contexto de la universidad.
- Comprender y explicar el sentido de acciones y conceptualizaciones que sustentan la importancia, histórica y social, de la lectura en la educación universitaria, de manera que podamos reconocernos como partícipes de expectativas, ideales, mitos y rituales académicos de la sociedad y sus instituciones educativas.
- Incursionar en la explicación de los sentidos sociales que dan valor a la lectura como acto educativo. Es decir, explicar por qué pensamos ahora que aprender o participar en una clase u otra actividad académica o el haber leído es considerado un acto importante. En contrapartida, documentar de qué manera los estudiantes, profesores y otras personas que comparten el entorno universitario leen y para qué lo hacen.
- Reflexionar en torno a la ciudad de México de los noventa, en tanto ámbito de la investigación social, no sólo como espacio físico sino como una compleja red de interacciones, deseos, anhelos, crisis y prácticas culturales y educativas.

- Analizar los vínculos socioculturales que existen en la realidad urbana entre lectores y material escrito, considerando a la ciudad de México como un espacio que cotidianamente es ocupado por *lectores* que leen textos y leen signos culturales, además de ejercer prácticas de lectura tradicional.

Históricamente este trabajo se encuadra en la realidad sociocultural de la década de los noventa del siglo xx. Pretende documentar qué pasa en la universidad y en la ciudad de México con la actividad intelectual de la lectura y con los sujetos que la ejercen.

En esta década la problemática de la educación superior se expresa en las demandas de cobertura y calidad, aunada a nuevas expectativas sociales en torno a la formación y el mercado laboral. Responder a estas cuestiones no es sencillo, no solamente porque estarían en debate los conceptos señalados, sino porque la dinámica social nos enfrenta reiteradamente con graves y nuevas encrucijadas.

La universidad y la ciudad de México podrían ejemplificar claramente estas difíciles relaciones; enmarcados en el contexto de los años noventa encontramos que la educación superior reconstruye constantemente sus significados. La gente deposita sus expectativas en inéditos puntos de interés socioculturales y la educación vive grandes problemáticas que la sacuden y expresan la cotidianidad de diversos conflictos no solucionados.

Se tiene como referentes institucionales dos contextos: por una parte, la universidad, y, por otra, la ciudad de México. La universidad representa desde los inicios de la modernidad la expresión del conocimiento, de su búsqueda y difusión. De igual forma, se ha consolidado como la institución que materializa las ideas de libertad y educación de las llamadas sociedades occidentales. México, como país, no ha sido la excepción, ha buscado fortalecer una educación universitaria que permita crear y recrear el conocimiento y, con esto, pretender un desarrollo sociocultural en todos los niveles sociales.

En nuestro país, como en todo el mundo occidental, la universidad es centro de la actividad académica de mayor nivel y referente obligado cuando se habla de la cultura nacional. Lugar donde se dan cita no sólo ideas, sino fundamentalmente seres humanos, personas que por otra parte viven en una gran comunidad.

La ciudad también es considerada como un contexto institucional sujeto a normas y reglas de convivencia, es el lugar que ubica a la universidad y a sus estudiantes, es el marco cultural que poseen los universitarios contemporáneos y es el universo simbólico que interpretamos y vivimos.

En esta reflexión el concepto de universidad abarca dos niveles: la noción de *universidad*, generada y producto del proyecto de la modernidad, y la concreción actual, representada, para este trabajo, por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), espacios universitarios caracterizados por su ubicación urbana y por su importancia académica en el México de nuestros días.

Por otro lado, para pensar a la ciudad de México es necesario concebirla como un universo sociocultural en el cual se dan cita las ideas y las prácticas de los años noventa, tiempo caracterizado por profundos cambios sociales, por crisis y debates de la educación y sus promesas.

Pero, ¿desde cuándo surgen estos problemas? ¿En los años noventa? Aquí sí la respuesta es contundente: no. Para lograr comprender esta cuestión, necesitamos dirigir la mirada al amplio espacio histórico que nos devela la relación *universidad-lectura*, o también se podría decir la relación *modernidad-conocimiento*.

El planteamiento que relaciona *universidad* con *conocimiento* y éste con el proceso de *lectura*, es un planteamiento derivado de la irrupción de la *modernidad*. Las ideas de libertad, justicia y saber exigían hombres libres y educados, esto es, hombres modernos. Y para ser un hombre moderno es necesario ser educado, y para lograrlo es necesario aprender y poner en práctica el proceso de lectura.

Esto nos ubicaría en la perspectiva de considerar la lectura como proceso que se expresa en cada lector. Proceso que revive en cada individuo y pone de manifiesto su experiencia de vida, con todos sus conflictos, intereses y necesidades. En ese sentido, la ciudad de México en los años noventa se convierte en el marco en que se desarrolla el estudiante de la universidad, lugar donde vive el lector. Reconocer los problemas de la universidad requiere atender los sucesos del contexto cultural, de sus crisis, posibilidades y de sus aparentemente confusos significados.

La educación y la cultura son dos dimensiones de la realidad social, que se tocan en muchos aspectos, se influyen y retroalimentan constantemente.

Para explicar la relación escuela-cultura se recurre a la perspectiva de la antropología interpretativa, lo que implica un trabajo de tipo hermenéutico, que además incluye el debate de la *modernidad* y la *posmodernidad*, en el nivel empírico-filosófico y en el de la creación y recreación de la cultura.

La antropología interpretativa es una corriente teórica que se desprende de la antropología clásica, que se nutre del pensamiento simbólico, hermenéutico y posmoderno. Podemos señalar que el trabajo antropológico implica un proceso de interpretación desde siempre. En palabras del antropólogo Clifford Geertz (1997) “[...] los escritos antropológicos son ellos mismos interpretaciones”.

Este planteamiento teórico implicó una

refiguración del pensamiento social [...] La refiguración de la teoría social representa —o lo hará, si continúa en curso— un cambio monumental no tanto en nuestra noción de lo que es el conocimiento, sino en nuestra noción de lo que deseamos saber (Geertz, 1992).

Si bien es cierto que los planteamientos hermenéutico, interpretativo y simbólico poseen diferencias conceptuales y temporales notables, en este trabajo se usa la idea de *antropología interpretativa* como paradigma abarcativo que permitirá explicar las relaciones sociales, culturales, educativas e individuales de las personas que ejercen actos de lectura en espacios universitarios y urbanos. Es el mismo Geertz (1997) quien dice:

La explicación interpretativa —y es una forma de explicación, y no sólo glosografía exaltada— encarrila su atención sobre las instituciones, las acciones, las imágenes, las expresiones, los sucesos, las costumbres y todos los objetos habituales de interés científico-social.

En ese sentido, esta investigación se plantea como un proceso de interpretación hermenéutica que se basa en el principio de la inter-

pretación de la lectura como una problemática educativa que extiende sus implicaciones hasta el nivel sociocultural.

Dada la complejidad del objeto de estudio, se buscó un acercamiento temporal que pudiera dar cuenta de procesos e ideas. El *ciclo* fue el concepto central que permitió contener en lapsos los sentidos y significados de las acciones desarrolladas por los sujetos.

El *ciclo* más representativo de la vida escolar universitaria es el *semestre*, unidad de tiempo que implica inicio, desarrollo y cierre, que posee significados escolares pero al mismo tiempo trasciende las delimitaciones físicas y toca diferentes ámbitos de lo social, como es el caso de lo familiar, laboral y recreativo.

El proceso de investigación se desarrolló durante los semestres escolares 1996-I, 1996-II, 1997-I y 1997-II, periodos en los cuales se realizaron las siguientes actividades en la universidad: registros de clase, observaciones y entrevistas; y en los espacios urbanos: observaciones y entrevistas.

Dado el carácter cualitativo de esta investigación no es posible, ni deseable, la configuración de una muestra representativa, por lo que se tomó la decisión de fundamentar el trabajo analítico en la categoría de *lector*. Categorización que implica el trazo simbólico de una ruta que une a las instituciones educativas con las calles de la ciudad de México, en la cual circulan los universitarios y se confunden con todo tipo de gente.

La categoría de *lector* funciona como elemento que permite estructurar los diferentes apartados de este trabajo, sirvió de base al análisis teórico metodológico y permitió la interpretación de la realidad empírica. El resultado final es un texto que expresa un conjunto de signos y señales de la cotidianidad de lectura y lectores en los años noventa.

El texto final se encuentra estructurado en cinco apartados, cada uno de los cuales expresa diferentes caras del objeto de estudio e integra referente empírico y ejercicio analítico en una propuesta de interpretación que presenta a la realidad textualizada; pretende ser un texto antropológico que interpreta una realidad, lo que equivale a pensar este trabajo como una construcción etnográfica que puede ser leída.

El primer apartado, *modernidad y lectura*, plantea las relaciones entre la modernidad, en tanto proyecto humano, y la lectura en su

función de instrumento del conocimiento. Se exponen las relaciones históricas y presentes de estas dos categorías, situando sus raíces históricas y argumentando sus nexos en la formación de una nueva racionalidad en los hombres. Por un lado se exponen los principales elementos que integran y dan carácter al proyecto humanístico de la modernidad y, por otro, se define a la lectura como un proceso de interpretación propio de los sujetos en la búsqueda del conocimiento.

Más que plantear la lectura como una actividad cognitiva, con técnicas y estrategias, se busca caracterizarla como una actividad multifacética que usa el hombre moderno y que es diametralmente diferente de la lectura de la antigüedad, pues permite la democratización del saber y posibilita la ruptura de viejos órdenes sociales.

Un elemento importante señalado en esta parte del trabajo es ubicar el carácter de *juego simbólico* de la lectura, en el que los lectores re-crean el juego de la lectura y son jugados por él.

Hegemonía y crisis de la lectura universitaria nos acerca al mundo de la educación superior, en el cual la lectura se ha instaurado como la actividad académica por excelencia. Aun cuando este trabajo centra su reflexión en carreras de las llamadas ciencias sociales, la lectura aparece en todo ámbito universitario y sirve de vía para la formación de estudiantes y desarrollo profesional de profesores. Podemos decir, sin exagerar, que la lectura rige la dinámica académica de las instituciones educativas.

• Un recorrido por los espacios universitarios nos permite volver a mirar la presencia de textos en un sinnúmero de rincones y el ejercicio de prácticas lectoras en situaciones diversas y creativas, que lejos de repetir un modelo único de cómo se debe leer, nos ponen ante la evidencia de la diversidad. Los lugares citados en este capítulo son concebidos como *espacios*, en los cuales la lectura y los lectores se dan cita. No sólo se expone el salón de clases como espacio escolar, también se propone un acercamiento a la biblioteca, la cafetería, los jardines y los lugares abiertos, sitios en los cuales la lectura se concreta.

La presencia de la lectura en la educación superior nos permite establecer su relación de hegemonía, pero al mismo tiempo aparece su contraparte de crisis, pues si bien es cierto que se deposita la confianza en la formación, en un mismo momento se expresan las dudas en su ejercicio. Hegemonía y crisis son dos caras de un proceso que las instituciones educativas han hecho suyo.

Lectura y lectores en la ciudad de México de los años noventa presenta el contexto sociocultural que necesariamente rodea a las instituciones educativas, del cual provienen los estudiantes y se expone como la realidad en la cual viven inmersos. Más que un espacio físico, la ciudad se presenta como una realidad en la que el conocimiento es aplicado en la búsqueda de sentidos y en el ejercicio de la vida cotidiana.

En este apartado se traza simbólicamente el camino por el que transitan los lectores y que va desde una universidad hasta su casa, pasando por las calles, los parques, los rincones y las salas de espera. Espacios donde nuevamente la lectura es *jugada* y re-creada por los lectores, pero ahora cumpliendo otras funciones, tal vez no tan académicas pero de igual manera importantes para la formación de hombres inmersos en el caos de la vida urbana.

El camino que recorre el hombre moderno que hace de la ciudad de México su espacio vital está caracterizado por la *calle*. Lugar que simboliza libertad y ejerce seducción y miedo; los hombres realizan sus acciones políticas más importantes cuando salen y ganan la calle, pero saben que es un espacio lleno de peligros y sobresaltos.

En la ciudad de México, la calle es un espacio público en la que se pueden realizar actividades privadas; es el lugar donde la lectura privada se hace un acto público.

En *Lectura, experiencia de vida e interpretación: Los caminos de la modernidad* se exponen las implicaciones políticas, ideológicas y culturales que han rodeado a la lectura en un trayecto histórico que une pasado con presente.

Lectura y modernidad se encuentran nuevamente, pero ahora se suman otros elementos como la experiencia de vida de los actores y la posibilidad de la interpretación como instrumento en la búsqueda de sentido.

Por último, *La lectura está en la calle* perfila la problemática por la que atraviesa la lectura en la última década del siglo veinte, enuncia y critica los principales argumentos que expone la denominada *crisis de la lectura*, y enuncia el papel revolucionario del lector. En cierto sentido, este apartado es el cierre del círculo hermenéutico que se abre en la primera parte, intenta arribar a nuevas conceptualizaciones, enriquecidas por los aportes del total del ejercicio analítico.

El texto en su conjunto propone ubicar el papel político que le ha tocado jugar a la lectura en la constitución de una sociedad llena de desigualdades. Presenta el sentido materialista de la *crisis de la lectura* ubicando al libro en tanto mercancía y fetiche de la mal llamada *alta cultura*. También nos conduce a las amplias posibilidades emancipadoras de la lectura, con las que es factible despojarse de la fe, la ignorancia y la opresión a través del conocimiento y la razón. Promesa que ha acompañado a la modernidad y que la lectura pregona.

La lectura de la modernidad es una empresa que nos promete entender el sentido de la vida de una parte muy importante de la humanidad, en la que la educación ha jugado un papel fundamental.

Para entender esa historia es necesario leer; es aquí donde el juego comienza.

CAPÍTULO 1

LECTURA Y MODERNIDAD

La lectura se ha vuelto desde hace tres siglos, un gesto del ojo. Ya no está acompañada, como antes, por el rumor de una articulación vocal ni por el movimiento de una manducación muscular. Leer sin pronunciar en voz alta o a media voz es una experiencia "moderna", desconocida durante milenios.

Michel de Certeau

Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos.

Marshall Berman

La lectura de la modernidad

En el desarrollo de la sociedad mexicana los conceptos de modernidad y lectura han tenido caminos paralelos, pocas veces se les une conceptualmente. Pareciera que el primero se refiriera a aspectos filosóficos, o que en el último de los casos lo podemos identificar con los programas de modernización desplegados por el Estado y la iniciativa privada en tanto que el segundo implica los esfuerzos institucionales de escuelas y académicos, es un concepto y práctica asociados al campo de la educación. Presentados hasta ahora como aspectos diferentes, en la realidad actual se expresan interrelacionados.

Esta aparente diferencia entre sus campos empírico-conceptuales hace pensar en una diametral diferencia; sin embargo, un análisis detenido de ambos nos sitúa ante su complementariedad y relaciones; modernidad y lectura comparten la promesa de construir una sociedad diferente a través de la formación del hombre nuevo.

Este trabajo pone como punto de partida la existencia de relaciones profundas tanto históricas, filosóficas, políticas y educativas, como lingüísticas y culturales entre los conceptos de modernidad y lectura. Estas conexiones funcionan como campos relacionales que expresan las coincidencias y contradicciones propias de la práctica y teorización de la lectura y el proyecto de la modernidad, y que ponen en contacto los diferentes tipos de relaciones. Identifico tres tipos de relaciones: *a) relaciones epistemológicas, b) relaciones político-culturales, y c) relaciones de desencanto y crisis.*

a) Las relaciones epistemológicas refieren al sentido cognitivo, fundamentalmente social, que se le asigna a todo proceso lector. En el espacio educativo leer es asociado con procesos como aprendizaje y enseñanza. Los procesos de escolarización y las instituciones educativas centran su atención en los procedimientos que lleven a la formación de habilidades lectoras.

En esta perspectiva, leer es conocer el mundo en su aspecto empírico-conceptual. Todo acto de lectura implica el establecimiento de una posición entre lector y texto o, mejor aún, entre sujetos, en una diversidad de situaciones. Todo acto de lectura pone al sujeto ante la posibilidad de conocer.

Inicialmente, la lectura puede ser entendida como un proceso amplio, no solamente circunscrito a signos gráficos, sino fundamentalmente a símbolos culturales dotados de significado social, los cuales requieren ser interpretados para comprender el sentido. Leer es interpretar para comprender.

Además de este amplio horizonte de sentido que la lectura posee, ésta puede expresarse en interpretación de textos escritos, pero su naturaleza es la misma; el texto escrito contiene el sentido social y el lector es el buscador de sentido. La realidad es texto y el intérprete es el lector.

En la realidad total o en su manifestación textual la lectura contiene y expresa relaciones de aprendizaje, enseñanza, autoridad, tradición, etcétera; en fin, de búsqueda de sentido. Relaciones que nos remiten a un universo conceptual amplio y profundo en el cual leer es el instrumento para conocer, para encontrar el orden en un mundo desigual y aparentemente caótico.

¿Un mundo desigual en el ámbito de la lectura?, donde todo parece ser cosa de decisión personal. Pareciera que para hacer posible la lectura y acceder a los conocimientos sólo basta poseer ganas, hábito, disciplina o gusto, sin embargo todo indica que esas actitudes no bastan. Es ahí precisamente donde la modernidad se relaciona inicialmente con la lectura. La humanidad requirió un proyecto humanístico revolucionario que tuviera entre sus postulados el acceso popular al conocimiento; ese proyecto fue (¿es?) la modernidad.

La modernidad es el proyecto humanístico que hace posible la circulación del conocimiento y, con esto, la posibilidad de encuentro entre los actores sociales.

La lectura y la modernidad hacen posible la democratización del conocimiento, en otros tiempos reservado a élites y grupos de privilegio. El hombre moderno es un hombre lector, sujeto que hace de la lectura su instrumento de acceso al conocimiento, a la ciencia y a la comprensión del mundo.

En las aulas la lectura se ha vuelto insustituible, presentada como objetivo, conocimiento e instrumento de acceso para otros conocimientos. Su aprendizaje y posterior uso son considerados incuestionables para cualquier persona, nadie se atrevería dudar de su utilidad y relevancia. Pero esto que se ha convertido en sentido común requiere volverse a pensar, pero ahora desde otros parámetros que no la sobrevaloren y la vuelvan para uso exclusivo de la escuela, divorciándola de la realidad.

b) Relaciones político-culturales. Además de compartir una posición epistemológica, lectura y modernidad comparten también el propósito de perseguir la renovación de la sociedad. Nexos que da carácter a este binomio y que permite localizarlo en la historia y presente de la sociedad mexicana. En el ayer como en el presente, su fin sería la transformación de la sociedad a través de la aprehensión de la realidad.

Si modernidad enarbola la promesa de romper viejas ataduras y construir una sociedad mejor, la lectura le acompaña en esta aventura. La lectura es instrumento de la modernidad, herramienta que permite a los hombres modernos interpretar el conocimiento producido, di-

fundirlo y hacer de él objeto de estudio. Leer nos permite conocer, y el conocimiento nos ubica en la posibilidad de ser libres. Modernidad y lectura se plantean la promesa de liberar a la humanidad de los prejuicios, de la fe, del control político y la manipulación ideológica. *Leer para ser libres*, reza el slogan.

Lectura y modernidad comparten objetivos sociales profundos, implicados en proyectos culturales se les ha conferido un papel importante dentro de la acción educativa, asumiendo tareas de compromiso y cambio social. Tanto la lectura como la modernidad han prometido la emancipación de los hombres, el desarrollo social y la abolición de la explotación del hombre por el hombre; pero es ahí donde el círculo se cierra, nuevamente se vuelven a encontrar, pero ahora en estados de desencanto y crisis.

c) *Relaciones de desencanto y crisis*. Además de los dos puntos anteriores, lectura y modernidad comparten estados de crisis y desencantos. Buscar el conocimiento y servirse de él para la emancipación no tendría que despertar tantas polémicas, en tanto que estamos de acuerdo en su importancia —si bien desencadenaría toda una discusión sobre el sentido, los medios y los fines—, si no fuera porque se antepone la desconfianza y el franco desencanto.

Las dudas sobre la vigencia y trascendencia de la modernidad y de la lectura se comparten con demasiada facilidad. Sobre la modernidad se pregunta: ¿es un proyecto inconcluso?, ¿cómo lograr la modernización de una sociedad como la mexicana?, ¿cómo superar el estado de oposición entre tradiciones y modernidad?, ¿y la posmodernidad? Por otro lado, la lectura ha despertado una infinidad de inquietudes: ¿por qué la gente no lee?, ¿cómo fomentar la lectura?, ¿qué *debemos* leer en la escuela y en la vida cotidiana?, ¿qué hacer para leer y no caer en una educación *libresca*?

Pareciera que modernidad y lectura comparten los mismos propósitos, pero también los mismos miedos y angustias; los hombres modernos han confiado en su proyecto emancipador, de la misma forma que viven su crisis y comparten su desencanto.

Como en el pasado es necesario pensar a la lectura, pero ahora desde un sentido real, apegado a las necesidades de la sociedad mo-

derna, en la que el conflicto y la diversidad parecen ser sus características, contrapuestas a la homogeneidad y continuidad que en otros tiempos se persiguió.

Los procesos relacionales que señalamos anteriormente y el estado de crisis se expresan en un solo movimiento. Además, el contexto de la ciudad de México a fines de los años noventa les confiere nuevos sentidos y los presenta como ideas y prácticas superpuestas; mientras que, por un lado, confiamos en la lectura y sus posibilidades educativas y liberadoras, por otro, reconocemos que a pocos les interesa realizarla; mientras aspiramos a la modernidad, reconocemos que somos un país con profundas tradiciones sociales, culturales y educativas.

Relacionar modernidad y lectura es pensar en la lectura como un proceso moderno, que le pertenece al hombre moderno, que hace del leer un acto para conocer, pero también para interpretar y transformar.

La lectura de la modernidad posee profundos significados, que vienen desde el horizonte histórico. Concebirla de esta manera intenta establecer la profundidad de campo histórico en el cual la modernidad se ha convertido en una forma de vida de millones de mexicanos que ahora comparten el vértigo de la vida urbana de la ciudad de México.

Modernidad y lectura poseen relaciones firmes que las hacen presentes y hacen tomar nuevas formas en el contexto mexicano; si vivimos una forma peculiar de modernidad o modernidad tardía, también experimentamos a la lectura de manera diferenciada. No como indica el modelo canónico, sino como lo demanda una vida llena de conflictos, sueños y nuevos retos.

Si bien es cierto que la lectura se ha diversificado de tal forma que adopta múltiples rostros, lo que se mantiene como constante es el proceso de interpretación. Leer es interpretar.

La interpretación del texto permite al lector comprender las ideas expresadas por el autor, comprensión que se concreta en la individualidad, pues cada persona que lee un texto pone en juego su propia formación, y por lo tanto asigna significados diferentes; leer rebasa la literalidad del texto y se ubica más bien en un proceso interpretativo en busca de la comprensión de sentido.

La lectura es interpretación, y es mucho más que decodificar paso a paso una idea. Es un proceso interno de los lectores, se desarrolla

paulatinamente en la medida que los sujetos interactúan con ideas expresadas a través de la escritura. Comprender un texto no es reproducirlo fielmente en el mismo momento ni con posterioridad, es captar el mensaje, incluirlo en un marco referencial y resignificarlo "para sí", lo que equivale a establecer acuerdos y desacuerdos con lo ahí expresado.

Respecto a la educación escolarizada, la idea anterior equivale a pensar que los sujetos no leen solamente lo que los profesores les presentan como lo "válido" y "oficial", sino que interpretan constantemente, o al menos tratan de hacerlo, todo lo que su intelecto les indica que debe ser leído.

Estos procesos intelectuales se confrontan constantemente con lo fundamental de todo conocimiento, su uso y presencia social. La lectura es un conocimiento eminentemente social, se produce y se usa en un contexto cultural determinado, y es precisamente en esta dimensión que los individuos encaran cotidianamente su producción e interpretación.

Para pensar en esta dirección es necesario reconstruir la idea de la lectura, desprenderse del aspecto didáctico-metodológico de su enseñanza y ubicarnos en su importancia social.

El educador Paulo Freire nos indica la relevancia de la lectura en la realidad cuando dice:

La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra escrita, de ahí que la posterior de ésta no puede prescindir de la continuidad de la lectura de aquél. Lenguaje y realidad se vinculan dinámicamente.¹

En la sociedad y en el ámbito educativo, pensar en las relaciones lectura-realidad tiene sentido en virtud de la falsa polémica; la relación teoría-práctica. Parecería paradójico pensar que una falsa polémica sirva para argumentar una relación empírico-conceptual, pero así es, pues en el seno mismo de la educación abundan personas que identifican lectura con teoría y realidad con práctica. Muchas personas, docentes y mucho más estudiantes se preguntan angustia-

¹ Paulo Freire. *La importancia del acto de leer*, p. 21.

dos: ¿para qué sirve esta lectura?, ¿cómo la voy a aplicar en mi trabajo futuro?, ¿qué caso tiene leer textos anacrónicos?, o afirman ¡esta teoría ya está superada!

Esta visión observa a la lectura como lo teórico y reduce lo práctico a una serie de actividades físicas. Es un hecho que hay textos teóricos o que exponen teorías, pero no es así con todo lo escrito. En realidad lo que tenemos es que la lectura codifica el mundo empírico y lo pone al servicio de otros hombres, en otros tiempos y contextos infinitos. El verdadero problema no es “aplicar” lo que ahí se dice, sino comprender ese conocimiento para interpretar el tiempo propio.

En muchos sentidos, leer un texto es apenas el inicio de una tarea mayor, la de interpretar los signos de los nuevos tiempos. Marshall Berman nos alerta cuando señala: “la lectura del *Capital* no nos ayudará si no sabemos, además, leer las señales de la calle”.²

Los signos de los tiempos modernos nos muestran prácticas culturales totalmente inéditas, híbridas y aparentemente confusas. Símbolos que expresan en una misma unidad a los contrarios; lectura como posibilidad o crisis; lector como interprete o repetidor; texto como instrumento de la emancipación o como vía de la reproducción; modernidad como signo de desarrollo o como aniquilamiento de la sociedad; modernidad como libertad o como expresión del capitalismo financiero; globalidad o destrucción de mundos tradicionales; fundamentalmente, lectura como aspiración educativa o crisis y falta de interés, o bien, modernidad sociocultural o desencanto por los proyectos modernizadores.

Modernidad y educación

La lectura en la modernidad mexicana es una situación paradójal que se expresa en prácticas que indican que *todo está impregnado de su contrario*,³ y donde se reconoce que la lectura en la sociedad mexicana experimenta un estado de hegemonía y crisis.

² Marshall Berman. *Las señales en la calle*, p. 117.

³ Retomo esta idea de Berman, quien a su vez la toma del *Manifiesto del Partido Comunista* de K. Marx, en el cual se indica la naturaleza dialéctica de la sociedad y de las posibilidades de un cambio revolucionario, cuando señala: *Todo está impregnado de su contrario y todo lo que es sólido se desvanece en el aire.*

Entender plenamente la relación entre modernidad y lectura en la ciudad de México, requiere como antecedente el reconocimiento de la aparición del proyecto de la modernidad, su sentido y su llegada al continente americano.

A partir de los años ochenta se inicia en México y Latinoamérica la discusión sobre la modernidad, tanto en su perspectiva universal como en sus repercusiones regionales. Habermas, Berman, Anderson,⁴ son revisados por intelectuales latinoamericanos de las más diversas disciplinas científicas: pedagogos, filósofos, sociólogos, antropólogos, lingüistas, etcétera. Las referencias no paran ahí, pues es necesario regresar a obras y autores que iniciaron la construcción intelectual de este paradigma, tal es el caso de Marx, Kant, Baudalaire, Weber y Hegel,⁵ entre un número extenso de autores, que en diferentes tiempos y contextos dan cuenta de la modernidad de la cual fueron participantes.

Actualmente, en el panorama universal encontramos hombres que tienen diferente línea de pensamiento, pero que de alguna manera comparten la modernidad, o sin querer son influidos por su empuje renovador. Marshall Berman inicia su *Brindis por la modernidad* diciéndonos: "Todos los hombres y mujeres del mundo, comparten hoy una forma de experiencia vital —experiencia del espacio y el tiempo, del ser y de los otros, de las posibilidades y los peligros de la vida— a la que llamaré *modernidad*".⁶

Para entender el proyecto de la modernidad tendríamos que considerar la perspectiva histórica y su esencia cultural. Sobre la historia de la modernidad, Berman dice:

A la espera de un asidero en algo tan vasto como la historia de la modernidad, la dividí en tres fases. En la primera de ellas, la que va de principios del siglo xvi a fines del xviii aproximadamente, la gente apenas experimentaba la vida moder-

⁴ Jürgen Habermas, *Modernidad, un proyecto incompleto*; Berman Marshall, *Brindis por la modernidad*, y Perry Anderson, *Modernidad y revolución*, además de la obra compilada por Nicolás Casullo, que condensa mucho de esta polémica: *El debate modernidad pos-modernidad*.

⁵ Entre una extensa bibliografía podemos citar, solamente como muestra: K. Marx, *Manifiesto del Partido Comunista*; Kant, *Crítica de la razón pura*, Baudalaire, *El heroísmo de la vida moderna*; Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*; Hegel, *La fenomenología del espíritu*.

⁶ Marshall Berman. *Brindis por la modernidad*, p. 67.

na: no entendía qué era lo que los afectaba. [...] La segunda fase se inicia con la gran ola revolucionaria de la década de 1790. La Revolución Francesa y sus reverberaciones trajeron consigo, abrupta y dramáticamente, un gran público moderno. [...] En el siglo xx, la tercera y última fase, el proceso de modernización se expande para abarcar todo el mundo, y la cultura mundial del modernismo logra triunfos espectaculares en el arte y en el pensamiento.⁷

Señalar el aspecto temporal no implica ubicar en un periodo específico el nacimiento de la modernidad, pues como lo indica Habermas: "La gente se consideraba moderna tanto durante el periodo de Carlos el Grande, en el siglo xii, como en Francia a fines del siglo xvii",⁸ se busca ubicar una conjugación de situaciones políticas, sociales y culturales que "forman la conciencia de una época" signada por la aparición de la ciencia, la razón y la búsqueda de la libertad.

Por otro lado, el aspecto cultural lo explica ampliamente Jürgen Habermas cuando realiza el señalamiento de observar no sólo el aspecto artístico de la idea de modernidad; recuperando a Max Weber indica:

Él (Weber) caracterizó la modernidad cultural como la separación de la razón sustantiva expresada en la religión y la metafísica en tres esferas autónomas: ciencia, moralidad y arte, que se diferenciaron porque las visiones del mundo unificadas de la religión y la metafísica se escindieron. Desde el siglo xviii, los problemas heredados de estas viejas visiones del mundo pudieron organizarse según aspectos específicos de validez: verdad, derecho normativo, autenticidad y belleza.⁹

La modernidad es, pues, un amplio proyecto social que abarca diferentes esferas y tiene sus repercusiones en todo aquello que el hombre produce material y simbólico. De esta forma los sistemas políticos, la producción cultural, la economía, los criterios estéticos, la religión y el conocimiento son trastocados por nuevos parámetros que abandonan viejos órdenes basados en la fe e instauran la razón como el elemento orientador de la acción humana.

⁷ *Ibid.*, p. 67.

⁸ J. Habermas. *Modernidad: un proyecto incompleto*, p. 131.

⁹ *Ibid.*, p. 137.

La modernidad no sólo se expresa en los sistemas políticos, culturales o estéticos, sino que impregna de su espíritu a cada uno de los hombres y los hace vivir la experiencia de ser hombres modernos.

La fuerza de la modernidad radica en su propuesta renovadora que surge del seno de la sociedad y rompe el orden instaurado. Primero fue el orden feudal y más tarde el capitalismo burgués. Es ahí donde encontramos que modernidad implica emancipación.

Los grandes cambios de la humanidad moderna han requerido hombres cualitativamente diferentes a los anteriores. Sujetos conscientes, revolucionarios y libres.

Libres de pensamiento y despojados de fanatismos, prejuicios e ignorancia. Solamente un hombre de estas características es capaz de modificar situaciones sociales adversas, y los hombres son libres porque viven la experiencia de la modernidad.

Sobre la libertad R. de Ventos, citando a Kant, expresa:

La libertad no puede ser ya una realidad en sí —algo que seamos o tengamos— ni tampoco un para sí —pura conciencia y negación de lo dado [...] Nueva concepción pues de la razón y la libertad como “conquista desde la soledad”— como superación, combinación, perversión o “crítica” de las “facultades” humanas o “provincias” íntimas, de las esferas culturales o los ámbitos sociales.¹⁰

Como podemos leer, la libertad del hombre moderno no es un estado, un momento o una verdad absoluta; es su búsqueda y conquista.

La libertad en la modernidad no es una entidad que se exprese por sí misma o en forma aislada, sino que forma parte de un sistema totalizador que requiere condiciones para su realización. Pero lo fundamental es que está íntimamente ligada a la razón humana. Razón y libertad conforman la condición humana de la modernidad; en palabras de Marcuse: “La razón culmina en la libertad, y la libertad es la existencia misma del sujeto.”¹¹

El hombre moderno es un ser racional, por tanto es un hombre libre, pues hace de la modernidad su experiencia vital, se apodera de su fortaleza y la expresa uniendo lo individual y lo sociocultural.

¹⁰ R. X. de Ventos. *Kant responde a Habermas*, p. 151.

¹¹ H. Marcuse. *Razón y revolución*, p. 15.

La razón basada en la ciencia se convierte en la promesa libertaria de cada vez más grandes sectores de la humanidad. Movimientos como el Renacimiento y la Ilustración europea se ubican en este contexto, de la misma forma la modernidad impulsa movimientos sociales, tal es el caso de la Revolución Francesa y sus ideales.

La revolución del Renacimiento resultó la revolución de la concepción del hombre. La libertad, la igualdad y la fraternidad se transformaron *juntas* en una categoría antropológica y gracias a ello la humanidad tomó conciencia de sí por vez primera *en tanto humanidad*.¹²

En el Renacimiento se ubican las ideas originales de humanismo y fraternidad entre los hombres, pero además originó el pensamiento burgués y su expresión en el modo de producción capitalista.

Tal vez una de las ideas más identificables del pensamiento burgués tendría que ser la de libertad; sujetos a un régimen de dominio y subordinación, los hombres del Renacimiento y de la Ilustración proclaman la individualidad del ser humano y su potencialidad racional, lo que más tarde ha de provocar el individualismo egoísta del pensamiento capitalista actual.

La filosofía de la naciente sociedad burguesa no rechazó la idea de autoproducción, ni la de versatilidad (técnica), ni la de facultades infinitas. Pero se puso a buscar en una dirección nueva, quería saber el motivo que espoleaba las producciones humanas. *Y lo encontró –ya ni sublime ni moral– en el verdadero acicate del individuo burgués: en el egoísmo*.¹³

Este brevísimo panorama de la modernidad estaría incompleto si no se menciona uno de los elementos fundamentales –quizá el más importante– en este proyecto, me refiero al concepto de individuo. El hombre es el sujeto de la modernidad, creador y producto.

Por mucho tiempo el hombre se había resignado a ser un accesorio de la historia, subsumido en decisiones divinas o de la aristocracia, pero nunca actor protagónico.

¹² Agnes Heller. *El hombre del Renacimiento*, p. 457.

¹³ *Ibid.*, p. 458 (el cursivo es mío).

La modernidad viene a señalar un nuevo papel y un nuevo sentido a la vida de los hombres. Los envuelve en un halo de razón y de ciencia con el que enfrentan los nuevos retos de la vida social, la racionalidad se convierte en el nuevo impulso de hombres y mujeres que luchan por principios como la libertad y la igualdad. Con esto se separan de la masa y se ubican en el umbral de la individualidad. El individuo se erige como sujeto de una nueva historia. Nicolás Casullo, al hacer un recuento de la polémica sobre la modernidad, dice:

Progreso, emancipación, sujeto generador de significados: lo histórico deja de ser un paréntesis irracional leído desde insondeable racionalidad divina. Por el contrario, la historia, el hacerla, es el único camino posible para la realización de la razón. En esta empresa, el mundo sólo adquiere lógica, es decir, acontece con sentido, desde la racionalidad del sujeto, dueño de las identidades y de las clasificatorias.¹⁴

En este planteamiento es claro que la acción del sujeto en la construcción de la historia es la actividad definitoria que hace posible la expresión concreta de la razón. El hombre tendrá que asumir su nueva investidura de sujeto histórico.

La modernidad implicó la construcción de un futuro fraguado por hombres diametralmente opuestos a aquellos que solamente eran parte de una masa indisoluble. Los hombres nuevos son modernos, emancipados, racionales y libres.

Libertad y razón son categorías básicas para vivir la modernidad. La primera se consolida como el principio y anhelo del hombre nuevo y la segunda como su arma de lucha. El conocimiento a partir de la capacidad racional humana orienta hacia la libertad. Para hacer real estas promesas los hombres han tenido diferentes instrumentos; la conciencia de clase, las contradicciones de éstas, la lucha revolucionaria, el conocimiento basado en la racionalidad científica, etcétera.

Dentro de este contexto, uno de los instrumentos que fueron usados para lograr los cambios fue la lectura.

¹⁴ Nicolás Casullo. *Modernidad, biografía del ensueño y la crisis (Introducción a un tema)*, p. 26.

Por mucho tiempo la lectura fue considerada actividad restringida a nobles y gobernantes, su difusión representó la democratización de la nueva sociedad y el principio de una historia más justa y racional.

Para documentar este proceso democratizador es necesario ubicarnos en el tiempo y observar el desarrollo histórico de la modernidad a través de la lectura, los libros y los instrumentos que permiten la reproducción del conocimiento.

Recorrer este camino implica mirar diferentes ángulos del proceso de lectura, se hace necesario hablar de la escritura, del libro, de la imprenta, de los usuarios y de sus trayectos históricos. Pues en conjunto significaron expresiones diferenciadas de la lectura y los lectores en la modernidad.

D. Olson, al realizar un análisis histórico de la escritura y la humanidad, señala "la cultura escrita cumplió un papel decisivo en el desarrollo de lo que podríamos llamar la 'modernidad'".¹⁵

El sistema de escritura y los libros ya existían antes de la modernidad, pero en el siglo xv surge en Europa un invento que permite enfrentar el oscurantismo y facilita la circulación del pensamiento científico, ese invento fue la imprenta.

Como en el caso de otros inventos, puede decirse que el de la imprenta de tipos móviles respondió al estímulo de una situación social que ya no admitía una difusión intelectual y científica tan restringida como la de la Edad Media. Las nuevas clases burguesas, fortalecidas a través de sus actividades financieras y comerciales, reivindicaron su derecho al conocimiento y al placer que les podía brindar la lectura.¹⁶

En el contexto histórico al que se hace referencia, la lectura sólo puede ser entendida con su contraparte la escritura. Leer es leer textos, es decir, interpretar textos escritos. Por otro lado, leer en esos tiempos significaba, como ahora, leer libros.¹⁷

¹⁵ D. Olson. *The cognitive consequences of literacy*, p. 109.

¹⁶ Luis Gregorich. *El libro y la lectura*, p. 36.

¹⁷ En esa perspectiva, es necesario señalar que los libros ya existían desde épocas antiguas; Svend Dahl da cuenta de la existencia de estos materiales en Egipto, China, Grecia, Roma, etcétera, y su desarrollo en la Edad Media. *Cfr.* Svend Dahl. *Historia del libro*.

La invención de Gutenberg significó un parteaguas en la cultura letrada, la multiplicación de ejemplares permitió que la palabra escrita pudiera estar en mayor número de manos. Se puede considerar que la imprenta fungió como un elemento democratizador de la lectura.

La libertad, el conocimiento y la lectura se convirtieron en promesas de la modernidad, nunca totalmente cumplidas pero siempre presentes en las acciones e ideas de la humanidad.

Dominados por la racionalidad divina, los hombres observan en la modernidad el poder de ser sujetos de la historia, pero para lograrlo deberán estar preparados; todo tiene su precio y en este caso ha de ser el ejercicio de la racionalidad científica. Ejercicio que sólo se logra en la medida que el hombre alcance la emancipación política, cultural y económica. Los intentos se han dado, pero la libertad total de la humanidad todavía no.

Pero, si bien es cierto que la anterior es la promesa libertaria de la modernidad, encontramos que los hombres al despojarse de viejas ataduras, se ciñeron otras. Abandonando la fe se encontraron con la razón científica, al romper con la comunalidad se enfrentaron a la soledad individualizada y superando los mundos tradicionales se encontraron con un mundo moderno.

Liberados del esclavismo feudal, los hombres de la Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII se encontraron con un nuevo sistema que necesitaba hombres libres para contraer compromisos laborales. El naciente capitalismo requirió trabajadores asalariados que fueron explotados de igual o mayor forma que en la antigüedad, sólo que ahora no pertenecían al amo, sino que eran "iguales" a él.

Los hombres de la modernidad no fueron derrotados y buscaron el derrocamiento del sistema capitalista, constituyeron el proyecto socialista e intentaron que la libertad y razón fueran sus principios rectores. Pero no fue así, la *dictadura del proletariado*, la *desaparición del estado* y la *distribución de acuerdo a las necesidades*, fueron superadas por un crudo sistema social que se olvidó de las personas, que además no pudo competir contra el sistema capitalista que seguía vivo y en pie de lucha. Aún con países que lo siguen intentando, el socialismo pierde vigencia como alternativa social de libertad humana. Si hiciéramos caso al planteamiento marxista de que *la historia de la hu-*

manidad es la historia de la lucha de clases, tendríamos que preguntarnos junto con Fukuyama: “¿estamos ante el fin de la historia?”¹⁸

Actualmente vivimos en un mundo global, unido por las telecomunicaciones y por el capitalismo neoliberal, por una economía de mercado que define las prácticas políticas, sociales y culturales de gran parte de la humanidad. Globalización o americanización (a la gringa) como se prefiera, pero el mundo actual responde a directrices hegemónicas, se ha olvidado de los hombres y se centra en el capital financiero.

En este panorama mundial, la libertad, el conocimiento y la lectura continúan siendo promesas de la modernidad, difíciles de cumplir aunque la pseudoconcreción nos las presente ya no como ideales sino como mercancías.

En el ámbito educativo las promesas de la modernidad han tenido un espacio ideológico importante, la libertad, el conocimiento y la lectura encontraron terreno fértil para expresarse. La escuela capitalista se ha empeñado en concretar estas promesas y presentarlas como ideales sociales.

En el terreno educativo la ignorancia es el enemigo a vencer por parte de la libertad y el conocimiento. La educación adquiere sentido cuando se le antepone a la lucha contra este mal de la sociedad, herencia de tiempos oscuros y provocador de la explotación y el subdesarrollo.

En la sociedad actual poseer educación es sinónimo de libertad, pues se vence a la ignorancia, que impide el crecimiento individual y el desarrollo de la sociedad. Para la cuestión de la lectura ese problema se denomina *analfabetismo*. Para liberarse de semejante “monstruo”, el hombre debe asistir a instituciones educativas que le enseñen a leer, pues la lectura promete “hacer libres a los hombres”.

¹⁸ La tesis central de su ensayo original era, por supuesto, que la humanidad ha alcanzado el punto final de su evolución ideológica con el triunfo de la democracia liberal a la manera de Occidente sobre sus presuntos émulos en las postrimerías de nuestro siglo. El fascismo, otrora un rival poderoso, fue abatido de una vez por todas en la Segunda Guerra Mundial. El colapso del comunismo, el gran adversario de la posguerra, resultaba evidente, pues cedía como sistema ante el capitalismo, que antes pretendía vencer. Perry Anderson. *Los fines de la historia*, p. 12; además *cfr.* Fukuyama, *¿El fin de la historia?*

El analfabetismo es asociado con la pobreza, desnutrición, la falta de educación y las medidas sanitarias, mientras que la cultura escrita suele equipararse con el crecimiento de la productividad, el cuidado infantil y el avance de la civilización.¹⁹

Pero tal y como pasa en el plano social, económico y político, el hombre busca hacer real las promesas de la modernidad y se encuentra con que la lectura no ha sido suficiente para lograr la empresa emancipadora. ¿Será porque la educación se encuentra subsumida en determinaciones políticas y estructurales de mayor fortaleza?, o ¿porque la ignorancia no es el enemigo real, sino una de sus representaciones?²⁰

En estos tiempos modernos la lucha por la erradicación de la ignorancia tal vez disfraza la explotación del hombre por el hombre y sus sentimientos de culpa.

En todo caso, en lo filosófico-social o en lo cultural-educativo, la modernidad y su proyecto continúan proponiendo el camino civilizatorio a través de la lectura como posibilidad de libertad.

La historia nos pone ante evidencias de fracaso, pero necios como humanos que somos seguimos buscando hacer válidas las promesas en las que un día confiamos.

La modernidad se expresa en proyectos sociales de gran amplitud, implicando para su ejecución políticas estatales que "invitan" a participar a todos los sectores de la población, aun cuando no todos serán beneficiados.

¹⁹ D. P. Pattanayak. *La cultura escrita: un instrumento de opresión*, p. 145.

²⁰ En el artículo "Analfabetismo: buenas y malas noticias", David Boaz señala que (la mala noticia): *En su informe "El estado de los niños del mundo en 1999", la Unicef advierte que "casi mil millones de personas, dos terceras partes de ellas mujeres, entrarán al siglo XXI sin poder leer un libro o escribir su nombre".* (Más adelante argumenta) *Según el organismo colegiado de Unicef, la Unesco, la tasa de analfabetismo en el mundo fue de 30.5% en 1980 y 22.6% en 1995 [...] Esto indica un notable progreso... Pero la relación entre la educación y el crecimiento económico es complicado. Las capitales de África están repletas de gente con títulos universitarios, pero que producen muy poco en sus economías corruptas y estatistas. Europa Occidental, América del Norte y Hong Kong experimentaron un rápido crecimiento económico antes de la diseminación de la educación. La gente próspera se puede dar el lujo de proporcionar una buena educación a sus hijos. Los países comunistas parecen lograr buenos índices respecto a enseñar a la gente a leer y escribir, quizá para que absorban la propaganda del partido. Pero sus elevadas tasas de alfabetismo evidentemente que no lograron eliminar la horrible pobreza de los países comunistas. (La buena noticia) ...es que los índices de analfabetismo siguen mejorando.* <http://www.elcato.org/analfabetismo/htm>.

En México vivimos el último impulso modernizador a través de la propuesta gubernamental del periodo salinista, en el cual se pretendió el arribo a la modernidad a través de la modernización de las instituciones y la acción política. En el terreno educativo se presentó el denominado Programa para la Modernización de la Educación,²¹ que se articulaba a un esquema que integraba la totalidad de las instituciones estatales; se buscaba modernizar el agro, la industria, la banca, la salud, los servicios públicos y, para acabar pronto, a la sociedad en general. El propósito fue arribar a la modernidad y aspirar a convertirnos en una nación de "primer mundo".

En la década de los noventa México se encuentra entre la tradición histórica y la expectativa de la modernidad, pero este proceso se vive como un estado de crisis y no como un proceso de transición. Este último proyecto modernizador dejó a su paso desencanto y desconfianza no solamente sobre el Estado mexicano, sino sobre la modernidad misma. Desencanto que se expresó en todos los medios de la vida social y especialmente en la esfera económica a partir de bajos niveles de producción, alto índice inflacionario, bajo poder adquisitivo, devaluación en la paridad peso-dólar y un aumento desmedido del número de desempleados.

Modernidad y educación en México han tenido una reflexión tardía, pero una relación constante. Desde que el país inicia su conformación sociopolítica se encuentra presente esta relación, el trayecto de la independencia, la reforma y la revolución se encuentra plagado de las huellas del proyecto de la modernidad mexicana. En medio de esta relación podemos encontrar la lectura como arma común; educa y moderniza.

El juego de la lectura

La crisis económica de finales del siglo xx acabó con las aspiraciones modernizadoras del proyecto neoliberal mexicano, su impacto se dejó sentir en esferas como la cultura y la educación. Con esto emergió nuevamente la problemática de la lectura; lo que parecía un alejamiento del lector en términos de *hábito*, se mostró como una baja en las rela-

²¹ *La modernización educativa formará hoy a los mexicanos del siglo XXI... Cfr. Programa para la Modernización Educativa 1989-1994. Poder Ejecutivo Federal, 1989, p. IV.*

ciones comerciales de oferta y demanda. No en vano fueron las empresas editoriales las que señalaron de inmediato las "bajas ventas" y sus problemas financieros. Por otro lado, las instituciones educativas son instancias que también contribuyen a la producción de grandes cantidades de textos, pero igualmente resintieron la crisis a través de la reducción de presupuesto. Si observamos detenidamente esta lógica, encontramos que se relaciona el número de textos vendidos con la cantidad y el gusto por la lectura; en otros términos, si se venden muchos libros entonces se entiende que a la gente le interesa la lectura.

Si bien esto es relativamente cierto, pues el material escrito se ha convertido en mercancía y su uso, como cualquier mercancía, se sujeta a las relaciones del mercado capitalista, también es cierto que no todo lo que se lee se compra. La existencia de bibliotecas, los préstamos entre iguales, los textos gratuitos, la infinidad de documentos, los portadores de textos, los diarios, las revistas y la presencia moderna de la fotocopia hacen que la lectura se convierta en una actividad cotidiana en la ciudad de México.

Señalar la presencia cotidiana de la lectura no significa pensarla como una actividad académica que se muestra día con día en toda la ciudad, tal como lo sueñan los maestros, intelectuales y bibliófilos; lo que se presenta, en cambio, son los usos sociales de la palabra escrita y los procesos de interpretación de textos que se expresan en el contexto urbano de la ciudad de México en la década de los noventa. Desde este punto de vista, leer posee significados diversos y se adecua a las necesidades inmediatas de los sujetos; mientras que una persona lee para informarse, otra lo hace para estudiar y otra más la desarrolla solamente para pasar el tiempo, y lo mismo pueden leer libros que simples revistas; lo que hace al acto de leer son las personas, no solamente los textos, en todo caso su interrelación.

Entender de esta manera la lectura, es pensarla como una actividad social que no se circunscribe solamente a la escuela, sino que se desarrolla en cualquier punto de la ciudad y los lectores son los actores del proceso. La lectura en la ciudad es una actividad interpretativa practicada en constantes movimientos; en ese sentido *movimiento* significa dinámica, vaivén; la lectura es una actividad social que se pone en juego.

El juego posee diferentes significaciones, van desde lo lúdico, entendido como diversión, relajación, pasatiempo, etcétera, hasta la

idea mecánica del movimiento de las articulaciones. Aquí lo planteo, en un inicio, en su acepción estética, tal como lo hace Hans G. Gadamer en *Verdad y método*:

Quando hablamos del juego en el contexto de la experiencia del arte, no nos referimos con él al comportamiento ni al estado de ánimo del que crea o del que disfruta, y menos aún a la libertad de una subjetividad que se activa a sí misma en el juego, sino al modo de ser de la propia obra de arte.²²

Gadamer habla del juego pero no se refiere al creador ni al que disfruta, habla del “modo de ser” de la obra; de igual forma, el juego en la lectura no se refiere al autor o al lector, se refiere al “modo de ser” de la lectura.

El “modo de ser” de la lectura es lo que nuestro autor, refiriéndose a la obra de arte, llama *una experiencia que modifica al que la experimenta*,²³ lo que finalmente tenemos ante nuestros ojos es que aquí el sujeto no es el lector o los textos, sino la lectura.²⁴

La lectura puede entenderse como un juego, en el sentido gadameriano, en el que los sujetos al jugar son jugados: “... todo jugar es un ser jugado”,²⁵ dice el autor cuando se refiere a la relación y al resultado. Participar de la lectura implica acatar las reglas ya establecidas, aquellas que indican el valor social hacia esta actividad, de sus promesas y de sus frustraciones. Al jugar el juego de la lectura los lectores son jugados por él; “El sujeto del juego no son los jugadores, sino que a través de ellos el juego simplemente accede a su manifestación...”²⁶ Antes que los lectores, la lectura ya existe como experiencia, consagrando ideales y valores culturales; los lectores solamente la hacen posible.

²² H. G. Gadamer. *Verdad y método*, particularmente la parte II. “La ontología de la obra de arte y su significado hermenéutico”, parte 4, “El juego como hilo conductor de la explicación ontológica”, p. 143.

²³ *Ibid.*, p. 145.

²⁴ Gadamer lo dice de la siguiente manera: “El ‘sujeto’ de la experiencia del arte, lo que permanece y queda constante, no es la subjetividad del que experimenta sino la obra de arte misma.” *Cfr. ibid.*, p. 145.

²⁵ *Ibid.*, p. 149.

²⁶ *Ibid.*, p. 145.

En la ciudad de México este juego tiene en la lectura misma el sujeto de la experiencia, y los lectores viven la experiencia de quien participa en un juego simbólico.

Si pensamos que la lectura es el sujeto del juego, esto no quiere decir que los lectores sean relegados a un segundo plano; por el contrario, participar en el juego les brinda la oportunidad de "vivir" la experiencia de la formación. Los lectores son sujetos vivos, llenos de experiencias, que hacen posible la manifestación del juego de la lectura.

Si las personas leen, directamente participan, pero si miran a otro que lee, su participación es diferente; el juego de la lectura abarca al lector directo, al espectador y al que se sabe que lee pero en ese momento no lo hace; el juego requiere jugadores, árbitro, espectadores, comentaristas y escenarios. El juego de la lectura representa simbólicamente la recreación del conocimiento y la posibilidad del desarrollo humano. Huizinga dice en su obra *Homo ludens*: "El juego humano sólo puede hallar su tarea en la representación, porque jugar es siempre ya un representar."²⁷

Al manifestarse, la lectura se representa en forma de juego, y todo juego humano es en sí mismo un representar. Al leer, las personas se saben partícipes del juego de la lectura, porque "Nosotros jugamos y sabemos que jugamos."²⁸

Jugadores y juego representan cotidianamente una acción profundamente simbólica, que desborda el elemento lúdico y lo ubica en la dinámica social.

Todos estos elementos se hacen presentes en las calles de la ciudad de México. Lectores consumados y principiantes, gente que caminando lleva la lectura hasta lugares opuestos de las instituciones educativas, como parques, salas de espera, transportes y esquinas; lugares donde lo privado se vuelve público.

En muchos momentos de la vida urbana la lectura está presente, desde la idea más mecánica de leer hasta la posición más intelectual se conjugan en el espacio ciudadano. Hombres, mujeres y niños que al leer adoptan la forma de lectores y recrean nuevamente viejas polé-

²⁷ J. Huizinga. *Homo ludens*, p. 151.

²⁸ *Ibid.*, p. 15.

micas acerca de la actividad lectora: ¿quiénes son los lectores?, ¿qué leen?, ¿dónde están los no lectores? Todos estos elementos conforman la dialéctica del juego; cuando tenemos ante nuestros ojos a determinados lectores, buscamos inmediatamente a los no lectores y cuando los encontramos queremos que ya no lo sean.

Lo cierto es que en la ciudad de México lectores y no lectores están más juntos de lo que pudiera pensarse; comparten espacios, calles, crisis y promesas, y comparten también el juego de la lectura.

Concebir la lectura como un juego es acercarla a una serie de significaciones culturales más amplias que las escolares y con mayores propósitos que los didácticos. Es identificarla como una actividad profundamente simbólica que se asemeja más a un "juego de palabras" que permite "jugar" con diferentes ideas y así romper con la sacralidad que hasta ahora le ha sido conferida y, así, pensarla seriamente, como todo juego demanda. Jugar con la lectura y ser jugado por ella nos permite encontrarla en esquinas, parques y el transporte público, donde otra óptica observa solamente "pasatiempo" o "pérdida de tiempo".

En la ciudad de México, modernidad y lectura se relacionan cuando las personas viven la experiencia de la vida moderna, ocupan las calles y los espacios públicos, y al caminar se encuentran con que la lectura los espera paciente, para hacerlos partícipes de un juego moderno; el juego de la lectura.

CAPÍTULO 2

HEGEMONÍA Y CRISIS DE LA LECTURA EN LA UNIVERSIDAD

*Así como los caballeros ostentaban armaduras y pendones,
nuestros abades ostentaban códices con miniaturas...
Y aún más (¡qué locura!) desde que nuestros monasterios
habían perdido la palma del saber: porque ahora las
escuelas catedralicias, las corporaciones urbanas
y las universidades copiaban quizá más y mejor
que nosotros, y producían libros nuevos... y tal
vez fue se ésta la causa de tantas desgracias.*

El nombre de la rosa
Umberto Eco

Lectura y formación: el dilema del conocimiento

Ingresar a la universidad es en México la aspiración de grandes sectores de la población, recibir clases en sus aulas inquieta y roba el sueño. En primera instancia, no importa si la escuela es pública o privada, lo que preocupa es ser aceptado para cursar alguna de las múltiples carreras que hoy día se ofrecen.

A partir de los años setenta encontramos en la ciudad de México que la oferta educativa se multiplica tanto que hay una gran diversidad de instituciones dedicadas a brindar este servicio: universidades públicas, privadas, institutos, academias; opciones terminales, escolarizadas, a distancia, semiescolarizadas, carreras tradicionales y otras "carreras acordes con las necesidades de los tiempos".

Al crecer la oferta, lo mismo pasa con la demanda. A últimas fechas, el número de aspirantes es tan grande que el proceso de selección se convierte en un juego de obstáculos, pero al final está la recompensa tan anhelada: ser universitario.

Este proceso se puede dividir en dos grandes perspectivas, por un lado el esfuerzo oficial y por otro la empresa de la iniciativa privada. Ambos sectores han capitalizado la necesidad de educación de la sociedad y han abarrotado la oferta con la aparición de nuevas escuelas y carreras.

La demanda de educación superior ha permitido la aparición de nuevas escuelas. En la esfera oficial podemos citar la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Pedagógica Nacional y las Escuelas de Estudios Profesionales de la UNAM; por lo que hace a la iniciativa privada la lista es más que larga, solamente habría que leer un diario de avisos clasificados para darse cuenta de ello.

Así como crece la población y crece la ciudad, se desarrolla la oferta educativa; sin embargo, no es suficiente para satisfacer la demanda y las necesidades de individuos y sociedad. Además de las universidades oficiales, la ciudad de México es el escenario donde aparecen otras "instituciones educativas", motivadas por la creciente demanda poblacional y la utilización de los créditos escolares como requisito básico para solicitar trabajo.

En 1975 se empezó a exigir, en casi todos los empleos, el certificado de secundaria en lugar de un examen de capacidad para seleccionar al más apto. De inmediato empresarios voraces se dieron a la tarea de establecer escuelas en casas-habitación, casas de departamentos, edificios para oficinas o para almacenes; estas instituciones nunca reunieron los mínimos requisitos relativos a la higiene escolar [...] a este tipo de establecimientos la voz pública los conoce como las "Academias Vázquez", "Academias Frago" y los "Institutos Patrulla"...²⁹

Si la ciudad de México crece de manera anárquica y caótica, esa misma impresión se tiene del crecimiento de la educación superior; el aumento de la población parece ir en proporción al aumento de instituciones y carreras. La democratización burguesa de las aulas universitarias ha provocado una crisis no solamente cuantitativa, sino en el sentido mismo de la educación universitaria. Tal parece que las políticas educativas se orientan más a "responder a las necesidades" que marcan las tendencias dominantes, que a proponer alternativas propias, de acuerdo con las características de las diversas regiones de nuestro país. El caso de la aparición desmedida de currículos orientados hacia el "dominio" de la computación y el inglés, en contra de la

²⁹ V.H. Bolaños Martínez. "Remate de maestrías y subasta de posgrados", artículo publicado en *Novedades*, 4 de septiembre de 1996.

casi nula reflexión a los problemas políticos de la desigualdad y heterogeneidad de nuestro país, pueden ser ejemplos claros de dicha tendencia.

Más que una educación en la que se den cita la reflexión, el análisis y el libre intercambio de ideas, la actualidad nos presenta una educación en forma de mercancía, lista para ser consumida o, en el mejor de los casos, lista para ser aplicada.

Para los jóvenes mexicanos la universidad se ha convertido en un referente obligado dentro del esquema educativo, desde el inicio mismo del nivel básico la perspectiva es acceder algún día al llamado nivel superior. La educación básica y media sirven de propedéutico para el desarrollo de las actividades que exige este tipo de educación, las habilidades e instrumentos que se han cultivado durante años y años son potenciados en busca del dominio de las ciencias, el conocimiento y los instrumentos metodológicos.

Una vez superados todos los obstáculos y estamos en alguna de las instituciones de educación superior tenemos la idea de estar en un mundo diferente, regido por sus propias normas y generador de expectativas. Prácticas e ideas que hacen de la universidad una realidad, que sin estar desvinculada de su entorno genera la ilusión de un mundo aparte. Si ampliamos la reflexión encontramos que muchas de estas prácticas son compartidas por la totalidad del sistema educativo; sus deseos, mitos, miedos y crisis pueden ser identificados a lo largo de los diferentes niveles educativos, pero la universidad los retoma, los hace suyos y les da carácter propio.

La sociedad mexicana ha confiado a la universidad la producción del conocimiento a través del ejercicio de la ciencia y la tecnología, además, todo el sistema educativo nacional funciona como espacio de aprendizaje y socialización de ese saber. Los individuos aprenden conocimientos y con éstos consagran la función de la educación.

Una cuestión que cruza todo el sistema educativo y que además le da carácter a esta dimensión, es la búsqueda y la socialización del conocimiento. El aprendizaje, la enseñanza, el estudio y la investigación tienen sentido cuando se les asocia al conocimiento.

La universidad tiene en el conocimiento su esencia y motivo de existencia, del desarrollo de la vida académica y de sus procesos de formación. Los alumnos que asisten a las aulas buscan tomar contacto con

el conocimiento y con las formas de producirlo, no es suficiente apropiarse de él, también hay que pisar el terreno de su producción.

Para acceder al conocimiento los caminos pueden ser ilimitados, pero una vía importante para acercar a los alumnos a aquél dentro del contexto universitario es la lectura. Si partimos de que gran cantidad de los conocimientos producidos por el hombre están plasmados a través de la palabra escrita, tendríamos que señalar a la lectura como el instrumento necesario para aprehenderlos. De esta forma, la lectura se erige como la contraparte del conocimiento; saber leer permite participar de la lógica de la vida académica universitaria.

La educación universitaria confía en la lectura para hacer interactuar a estudiantes y conocimientos, gran parte de las actividades de trabajo académico están sustentadas en horas de lectura, los universitarios saben que leer es una de las claves para aprender, o por lo menos para acreditar las materias. Pareciera ocioso señalar la importancia que tiene leer en la universidad, sin embargo, más que momentos gratos, la lectura en la universidad genera fuertes crisis y debates.

Dentro de la gran variedad de actividades de ejercicio intelectual que en una universidad se despegan, la actividad de leer se plantea como la más representativa. La imagen del intelectual, del académico, del profesor y del alumno en formación se asocia inmediatamente con la actividad de leer. De esta manera, conocimiento y lectura se convierten en imágenes asociadas, podríamos decir complementarias; quien quiere conocer, tiene que leer.

Esto parece obvio, pero es más que eso, es una imagen social que ha tomado dimensiones de mito, además de notables exageraciones en la presencia diaria en los espacios universitarios.³⁰

La posición antropológica respecto al mito nos indica que éste *es una historia que se cuenta*³¹ y que además *estructura y ordena la realidad*,³² si observamos lo que pasa con la lectura encontramos una

³⁰ Cada vez es más común encontrar la idea que relaciona mito con mentira, es decir, se piensa que si algo "es un mito", ese algo es falso; para evitar esta falacia retomo íntegra la idea de mito desde el punto de vista antropológico que plantea que mito... *es un medio de estructurar la realidad, un medio de comprensión para la gente que lo cultiva...* C. R. Badcock, *Lévi-Strauss. El estructuralismo y la teoría sociológica*, p. 81.

³¹ *Cfr. Lévi Strauss. Antropología estructural.*

³² *Cfr. C. R. Badcock. Ibid.*

relación clara y explícita. A través de la lectura es como hemos dado sentido a nuestra historia, y nuestro presente es una forma de organizar la vida social y es a partir de esa idea como nos reconocemos y hacemos revivir el origen del hombre moderno mexicano.

El mito de la lectura es la historia misma de nuestra modernidad y es la forma de entender la historia y el porvenir.

La mitificación de la lectura ha dado paso a notables exageraciones, a tal grado que actualmente se le considera como “la clave del triunfo”, instrumento que nos permite compartir la ciencia y que por otro lado “no enajena, como la televisión”, por cierto otro producto de la ciencia moderna. En la modernidad, leer es sinónimo de cultura, sabiduría e inteligencia. Este proceso de mitificación no altera la esencia del mito original, pero sí deforma notablemente las expectativas sociales, se espera más de lo que la lectura puede ofrecer.

Por otro lado, y a partir de esta mitificación, la lectura es motivo de opiniones verdaderamente exageradas: *es mejor leer que perder el tiempo viendo tele; es muy inteligente, porque lee mucho; tenemos que leer varios libros durante el semestre para comprender verdaderamente el problema; para pasar el semestre tienen que demostrar haber leído*, etcétera; esto lo podemos escuchar con más frecuencia y fortaleza cuando se critican los llamados hábitos de estudio de los alumnos.

Las investigaciones sobre el tema buscan evidenciar la falta del llamado “hábito” a través del escaso número de materiales leídos.

Otro dato interesante es que poco más de la mitad del grupo lee los periódicos sólo “algunas veces”, y poco menos de la mitad lee revistas científicas, comerciales o cuentos esporádicamente. *Estos datos pueden interpretarse como síntoma de la falta de hábito de la lectura*, mismo que deberá corregirse para que los estudiantes tengan acceso a las fuentes directas del conocimiento y al desarrollo de una actitud permanente de búsqueda de información.³³

En la cita anterior podemos identificar dos cuestiones: primero, el “hábito” como déficit, esto es, les “hace falta algo” y, segundo, la relación de la lectura con el conocimiento; pero en conjunto ubicamos la idea; generalizada de que los estudiantes leen poco, menos de

³³ M. Rueda Beltrán. *Investigación etnográfica y educación*, p. 245 (el cursivo es mío).

lo que debería ser un rango ideal; también podemos inferir que *los estudiantes no saben leer*, o tal vez *no les gusta hacerlo*.

Si observamos detenidamente las ideas anteriores podemos observar claramente una relación paradigmática, en la que se expresan dos contrarios que a su vez se complementan: las ideas de hegemonía y crisis, referidas a la lectura. La primera alude a la presencia incuestionable de la lectura en la vida universitaria, y la segunda, a la desconfianza de su realización.

Hegemonía y crisis en la lectura son dos imágenes que se asocian directamente en la realidad universitaria y conforman una unidad con presencia multifacética y paradójica. Por un lado se sitúa a la lectura como la actividad por excelencia, y por otro se pone en duda su ejercicio.

En las universidades modernas la lectura tiene presencia cotidiana y se le asocia con diversos conceptos, como: estudiar, trabajar, revisar, analizar, observar, mirar, hojear, subrayar y copiar, entre otros, todos referidos a procesos intelectuales íntimamente ligados al aprendizaje del conocimiento. Procesos comunes en cualquier institución educativa superior, pues se presupone que aprendemos cuando leemos un texto, ya sea como preparación de una clase o en su desarrollo.

Al observar la vida universitaria encontramos que la lectura se encuentra presente en espacios por lo demás diferentes, es el caso de la biblioteca, las aulas, la cafetería y los espacios abiertos. El siguiente cuadro nos muestra un panorama global de esta cuestión.

Lectura en la universidad³⁴

Espacio	Materiales	Actividad
Biblioteca	libros índices clasificaciones apuntes letereros fotocopias	hojear revisar leer citar señalar buscar
Espacio abierto	anuncios apuntes revistas periódicos libros mantas recados fotocopias	observar mirar ver señalar revisar leer
Aulas	libros revistas apuntes hojas pizarrón fotocopias	estudiar repasar recordar evadir dar la clase apuntar
Cafetería	periódico revistas apuntes libros recados volantes avisos listas	divertirse platicar esperar mirar estudiar consultar preparar buscar

³⁴ JTG O, 1995. (Esta clave corresponde al archivo de investigación *La lectura universitaria: hegemonía y crisis*, desarrollada en la Universidad Pedagógica Nacional, durante los años de 1995 y 1996. De aquí en adelante se usarán las siguientes claves cuando se refiera a información extraída de dicho proceso: JTG O: observaciones; JTG E: entrevistas; JTG R: registros; JTG I: informe de investigación).

Como se puede advertir, los cuatro espacios observados contienen una rica diversidad de situaciones de lectura, todas relacionadas con la interpretación de textos. Leer en la universidad también puede entenderse como una *hojeada*, *revisar*; *ver*; incluso se puede asociar con acciones como esperar o divertirse. Los materiales disponibles van desde los tradicionales libros hasta las infaltables fotocopias.

Cada una de estas acciones y materiales de lectura nos muestra formas variadas de acercarse al conocimiento, o a los conocimientos, pues la relación lectura-conocimiento se expresa de diferentes maneras de acuerdo con las necesidades y los contextos: las aulas no sólo son para "recibir la clase", muchos *estudian* o *repasan* sus apuntes mientras esperan que el maestro u otro compañero hable; la biblioteca es un lugar ideal para "desayunar" solo o en compañía y la cafetería sirve para leer las copias de la clase siguiente.

En la universidad, la relación lectura-conocimiento se ha instaurado como la fórmula que promete la formación de los individuos, pero en la práctica estos elementos presentan aspectos críticos y conflictivos.

Tal vez plantear algunas interrogantes pueda ser útil para adentrarnos en la discusión: ¿sirve la lectura para el desarrollo de la formación?, ¿de qué formación estamos hablando?, ¿por qué la lectura y no alguna otra actividad intelectual?, ¿qué conocemos a través de la lectura?, ¿qué dejamos de conocer?, ¿en la universidad podemos conocer y formarnos sin el concurso de la lectura?, ¿sería "permitido"?

Para intentar responder a estas interrogantes, revisemos las categorías de formación y conocimiento.

En las universidades la lectura es una herramienta, no el fin, pero ¿herramienta de qué?, de la formación.

Ésta ha sido un aspecto importante en las propuestas de las instituciones educativas, los planes de estudio y los programas pretenden formar determinados sujetos, acordes con las necesidades presentes y futuras de la sociedad. Si bien esto pretende el sistema educativo en general, la educación universitaria particulariza su margen de acción hacia las necesidades de cuadros profesionales de diversas disciplinas.

Preparar a un individuo para determinada función hace necesario que el currículum contenga los principales elementos teóricos, técnicos, metodológicos y prácticos necesarios para el desarrollo de tal

fin, además de un marco filosófico, teleológico y de sentido social que lo oriente y le brinde prospectiva humana y de servicio.

La integración del currículum se encuentra inmerso en la lucha del campo de lo social; en sentido amplio, no está al margen de tales determinaciones, por el contrario, las tendencias y orientaciones responden a las demandas y expectativas de grupos educativos, sociales y políticos. El campo del currículum se encuentra plagado de polémicas sobre la ciencia, el conocimiento, la metodología, los intereses sociales, así como sus necesidades, donde cada grupo hace valer una percepción de qué contenidos deben integrar determinado currículum y cuál debería ser su orientación.

En esta arena existe un elemento que parece “neutral”, aparentemente fuera de toda discusión y que es tomado como necesario e integrador de todos los demás, me refiero al concepto de formación. La polémica sobre cuáles contenidos deben integrar determinado currículum entra en pausa cuando se piensa en la formación. Pareciera que los demás elementos del currículum fueran subordinados, incluso se plantea como un fin último de la educación: *hay que estudiar para tener una buena formación*, de lo que podemos inferir que estudiar, asistir a clases, discutir y aprender son aspectos tributarios de un proceso de formación que, por cierto, parece no tener un fin preciso, sino responder a circunstancias, planteamientos y necesidades específicas de sociedades, épocas, instituciones y programas educativos.

Cuando señalo el carácter aparentemente “neutral” del proceso de formación, hago referencia a la indiscutibilidad de su presencia; la polémica no es si un estudiante debe estar “bien formado” o no, sino en términos de con qué conocimientos, teorías y herramientas metodológicas, amen de la importancia o vigencia de la carrera que se desee estudiar. No es que la formación sea un elemento neutral dentro del currículum, lo que ocurre es que la polémica se centra en otros y se le toma como un proceso que se persigue.

En los últimos tiempos el concepto de *formación* se ha identificado directamente con la educación y las teorías pedagógicas, sin embargo sus fronteras son más amplias, tanto disciplinares como temporales. La historia de este concepto también permite comprender su amplio sentido.

Cuando Gadamer señala el significado del concepto de *formación*, dice:

... Una investigación ya realizada permite rehacer fácilmente la historia de la palabra: su origen barroco, su espiritualización, fundada religiosamente, por el Mesías de Klopstock, que acoge toda una época, y *finalmente su fundamental determinación por Herder como ascenso a la humanidad*.³⁵

Es indudable que esta última significación del término prevalece en la educación universitaria, pues la *formación* es vista como el proceso que habría de efectuarse en las aulas, para el posterior desarrollo del potencial humano.

Para la hermenéutica gadameriana el concepto de formación es básico para entender el humanismo, su configuración y su posterior traslado a los fines educativos: En Gadamer podemos encontrar la siguiente idea sobre la formación:

La formación pasa a ser algo muy estrechamente vinculado al concepto de cultura, y designa en primer lugar el modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades del hombre...³⁶

La idea de formación posee tal fuerza que subordina y ordena la realidad discursiva de la educación superior, por mucho se presenta como un ideal que las instituciones educativas persiguen. En este panorama, las universidades modernas contribuyen a enriquecer este concepto mediante la difusión del discurso formativo, hacen de la formación una de sus tareas fundamentales: ya sea alumnos, profesionales o ciudadanos, el trabajo es formarlos. Por ejemplo, en el *Decreto de Creación* de la Universidad Pedagógica Nacional podemos leer:

La Universidad Pedagógica Nacional tiene como finalidad prestar, desarrollar y orientar servicios educativos de tipo superior encaminados a la *formación* de profesionales de la educación de acuerdo a las necesidades del país.³⁷

³⁵ H. G. Gadamer. *Verdad y método*, p. 38 (el cursivo es mío).

³⁶ *Ibid.*, p. 39.

³⁷ UPN, *Decreto de Creación*, Art. 2, Cap. I, p. 8 (el cursivo es mío).

En estos tiempos, la *formación* significa procesos superiores; parece ser más que la *actualización* y que la *capacitación*, incluso se le usa para descalificarlos y mostrar que una propuesta carece de valor y expectativas.

En las universidades la formación acompaña los años de estudio de los sujetos de la educación, se entiende que en esas instituciones se forman profesionales. En la actualidad las grandes tendencias de la formación se pueden identificar ampliamente con las llamadas funciones sustantivas de la universidad: docencia, investigación y difusión, lo que podemos identificar con formar docentes, investigadores y difundir el conocimiento, con los alumnos o hacia la comunidad.

En palabras de Díaz Barriga, esta idea se encuentra expresada así:

Formación es un término usado habitualmente en el discurso educativo contemporáneo. Se utiliza para referir a lo que se promueve en el alumno (formación del escolar); a lo que se pretende establecer en los profesores (*formación de profesores*); también se emplea con lo que está vinculado a la investigación: (*formación en la investigación*)...³⁸

El concepto de formación, en sí, en proyección *histórica* o *adjetivado*³⁹ se encuentra íntimamente ligado al quehacer de las instituciones educativas.

Entendiendo la formación en un sentido serio, no la referimos exclusivamente a procesos escolarizados formales, si bien a través de ellos se garantiza un cierto nivel de integración, orientación y unificación de criterios...⁴⁰

³⁸ Díaz Barriga. *Investigación, formación y curriculum. Notas para una discusión*, p. 47 (los cursivos son míos).

³⁹ *Los análisis sobre esta cuestión proceden de diversos órdenes: unos recurren a manifestar las "inconsistencias" de los planteamientos que adjetivan a la formación [...]; otros recurren a establecer un análisis histórico del significado del término* (Hoyos Medina. *Marco teórico, conceptual y metodológico para la investigación en ciencias humanas y de la educación*. Díaz Barriga, *Ibid.*, p. 48).

⁴⁰ M. E. Aviña Ulloa y C.A. Hoyos Medina. *Marco teórico y metodológico para la investigación en ciencias sociales y de la educación*, p. 356.

Pero si esto es cierto, lo es también el hecho de referirlo a una perspectiva de mayor profundidad e implicaciones socioculturales y filosófico-hermenéuticas. Esto lo podemos identificar al leer las palabras siguientes:

Por formación entendemos la capacidad de lectura de la realidad con un enfoque totalizador, imbricando la comprensión hermenéutica del sentido y las finalidades respecto del objeto y el sujeto...⁴¹

En sus principios vinculada con el concepto de cultura, la *formación* ha pasado a ser contextualizada en los terrenos de la enseñanza y el aprendizaje.

El resurgimiento de la palabra "formación" despierta más bien de la vieja tradición mística según la cual el hombre lleva en su alma la imagen de Dios conforme a la cual fue creado, y debe reconstruirla en sí.⁴²

La formación remite a la experiencia de vida, esto es, al conjunto de conocimientos de los hombres en singular, y sus grupos de pertenencia, en plural. En ese sentido, la educación es entendida como un proceso cultural que influye en las personas y las forma, dentro y fuera de las escuelas. Pues la experiencia de vida no separa escuela y vida, sino que las articula y subordina a una dinámica que permite comprender y explicar la realidad social.

Tendríamos que señalar que las instituciones educativas y la realidad sociocultural aparentemente se encuentran separadas, la segunda como objeto de la acción de la primera. Pocas veces se le piensa en su complementariedad, mucho menos en términos inversos, es decir, la realidad interpelando a las escuelas, y lo cierto es que ése sería el orden lógico; una realidad sociocultural que necesita una institución especializada que cumpla las funciones de socialización, ordenación y legitimación del conocimiento.

La división y separación que se ha hecho de la escuela y la vida no es un hecho gratuito, responde a las necesidades de la división del trabajo, la manipulación ideológica y la supremacía del trabajo inte-

⁴¹ *Ibid.*, p. 361.

⁴² *Ibid.*, p. 39.

lectual sobre el manual. En el fondo, reproduce la idea de que la racionalidad científica es superior al saber popular. Como si el primero no deviniera del segundo, y como si los sujetos educativos pertenecieran a un mundo totalmente dominado por la razón y exento de la fe y las emociones.

Planteado en estos términos, el proceso de formación incluye indistintamente a las instituciones educativas y a la realidad sociocultural, su sentido se plantea en procesos amplios de creación y recreación de los saberes, es decir, en la producción y reproducción del conocimiento.

La dialéctica social hace girar el motor de la historia y genera múltiples procesos de formación; individuales y colectivos, o más bien, procesos colectivos en los cuales participan individuos. Con estos procedimientos lo que se pone en juego es la continuidad histórica de la cultura.

Si la formación es un proceso continuo y sistemático que involucra las diferentes esferas de la vida del hombre, diríamos también que el contenido –su contenido– es el conocimiento. La formación se nutre del conocimiento para poder expresarse. No hay formación sin conocimiento.

El conocimiento es el resultado de la actividad intelectual del ser humano y es, además, su producto. La búsqueda de respuestas a las interrogantes que el hombre se plantea encuentran concreción en el acuerdo social. En mucho el conocimiento es puesto en acuerdo sobre los diferentes aspectos de la realidad social. Hecho que se logra a través de la ciencia y sus métodos.

El conocimiento se ha convertido en uno de los principales problemas de la filosofía, la psicología y la epistemología, entre otras disciplinas; diferentes pensadores han expresado sus ideas sobre su origen, desarrollo y formas de propiciar su aprehensión. Por ejemplo, Ernest Cassirer dedica tres tomos a una obra que intenta “iluminar y establecer los orígenes y el desarrollo histórico del problema fundamental de la filosofía moderna: el problema del conocimiento”.⁴³

Conocer es apropiarse de un conocimiento, de un producto socialmente válido e históricamente determinado.

⁴³ E. Cassirer, *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia moderna*, p. 7.

El proceso del conocimiento implica entonces a la *formación*; en la medida que un individuo se acerca al conocimiento, en esa proporción se desarrolla su formación.

En las universidades modernas mexicanas la formación se persigue a partir de procesos educativos, de esta manera se hace posible la recreación del conocimiento. Tal pareciera que conocimiento y formación integran una unidad indisoluble, que pertenece a las instituciones de educación y que, por si fuera poco, está desvinculada de eso que llamamos comúnmente realidad social.

En medio de esta relación es donde funciona la lectura, pues conocimiento y formación son posibles en la medida que se ejecuta la actividad lectora. La universidad representa el espacio por excelencia donde la lectura hace posible el conocimiento y la formación.

La universidad como institución legitima muchas cosas; las profesiones, los títulos y la formación, entre otros, pero también sitúa a la propia sociedad ante el dilema de validar unos conocimientos y dudar de otros; la lectura contribuye fuertemente en este dilema, pues aquí y ahora el conocimiento válido es el escrito: aquel que puede ser leído.

La vida académica de las universidades mexicanas se organiza en torno a la búsqueda del conocimiento, las acciones cotidianas, así como los fines educativos se estructuran para su conquista, hablar de una universidad nos remite inmediatamente a la actividad intelectual del género humano. Así también, en los centros de educación superior la razón de ser del conocimiento no se encierra en sí misma, por el contrario, persigue a la formación como el propósito mayor que le da sentido y validez, los sujetos hurgan en el conocimiento porque éste les permite formarse y formar a otros.

Este panorama que integra educación, formación y conocimiento estará completo si incluimos a la herramienta por excelencia, que hace posible que la vida cotidiana fluya cargada de sentido: la lectura. Por este medio se intenta conocer y formarse.

Lectura y conocimiento es en las universidades la piedra angular de la vida académica, es también su anhelo y su desesperanza.

Si la lectura nos guía hacia el conocimiento, lo cierto es que es necesaria su realización para conseguir apoderarnos de su promesa formativa, pero... ¿qué tanto hay que leer para estar formado?, ¿basta con leer un poco? o ¿casi nada?, tal es el dilema de la vida universitaria.

Leer en la universidad o la fuerza de la tradición

Para explicar la presencia actual de la relación lectura-formación puede ser un camino revisar el pasado. En el origen de las universidades podemos encontrar algunas claves que nos ayuden a comprender las prácticas actuales que se desarrollan en las aulas y en los espacios sociales de la ciudad de México.

La idea de universidad que prevalece es la misma que emerge con el advenimiento de la modernidad, la nueva sociedad requirió una institución que exprese contundentemente la supremacía de la razón sobre la fe; esa institución es la universidad. En la obra *Ensayo sociológico sobre la universidad* de Luis Mendieta encontramos la revisión histórica que marca el camino de la institucionalización de las universidades:

A medida que la institución logró fuerza y prestigio, la palabra universidad se empezó a usar, sólo para designar a la casa de la más alta sabiduría. Esto aconteció probablemente a fines del siglo xiv...⁴⁴

Este cambio requirió un proceso de transición que involucró el paso del saber, de las congregaciones religiosas a los nuevos recintos de la cultura. En la obra citada se puede leer:

La universidad es un producto social de los pueblos de Occidente, porque si bien puede considerarse como el coronamiento de la etapa final del proceso universal de institucionalización del saber que se advierte en todas las sociedades humanas, es sólo en las occidentales en donde el proceso logra culminar, en la creación de una institución docente de alta cultura, con características propias que la distinguen de cualquier otra similar...⁴⁵

La secularización del pensamiento moderno configuró la universidad como una institución donde es posible cultivar el conocimiento, donde la razón científica domine y subordine al antiguo pensamiento obscurantista y dogmático.

⁴⁴ L. Mendieta y Nuñez. *Ensayo sociológico sobre la universidad*, p. 24.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 10.

Por otro lado, el proceso de secularización del saber no logra romper completamente con viejas ideas y añejos compromisos ideológicos, la lectura como instrumento del conocimiento pasa de los claustros monásticos a los recintos universitarios. En la obra *Historia del libro*, Svend Dahl incluye un apartado en el que plantea los vínculos estrechos entre los libros, las órdenes religiosas y el surgimiento de las primeras universidades. De las órdenes monásticas y los libros señala:

... fueron los benedictinos quienes en grado eminente dieron impulso a la actividad literaria y en el siglo XIII fue la más antigua de sus bibliotecas monásticas, la de Monte Cassino, una de las más ricas y prestigiosas [...] A fines de la Edad Media intervienen igualmente las nuevas Órdenes monásticas, los *carmelitas* y las Órdenes mendicantes: *franciscanos* y *dominicos*. También en Inglaterra, en donde los monjes mendicantes se establecieron en 1224, en Oxford y en Londres formaron importantes bibliotecas; así como en Anaberg, en Sajonia, en Venecia, en Basilea y muchos otros lugares...⁴⁶

Por otro lado, al referir la aparición de las primeras universidades, escribe:

Franciscanos y dominicos ejercieron también una importante influencia en la fundación de las primeras *Universidades*. Éstas se constituyeron en el siglo XIII en estrecha conexión con la Iglesia. Las más famosas de las primeras Universidades estuvieron en *París*, cuyo primer colegio fue fundado por un eclesiástico, *Robert de Sorbon* (nombre que aún conserva), y además en *Padua* y *Bolonia*, famoso centro de estudio del Derecho romano...⁴⁷

El proceso de secularización del conocimiento no logró romper con el vínculo conocimiento-lectura, es más, pasó a formar parte del legado cultural. El pensamiento moderno se apropia de esta relación y la promueve como elemento característico de los nuevos movimientos que irrumpen en la escena del mundo occidental. Ahora asociados a nuevas ideas y nuevas proclamas sociales; democracia, libertad y edu-

⁴⁶ Svend Dahl. *Historia del libro*, p. 73.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 73-74.

cación, por ejemplo, parece que requieren los libros y su lectura para poder ser reales.

Los libros y los conocimientos que representan, guardados celosamente en claustros y monasterios, ahora son heredados a las universidades y con esto se hereda también ritos, ideas y prácticas en torno al material escrito y la actividad lectora no en vano son las mismas órdenes religiosas las que fundan estas instituciones, convirtiéndose de paso (frailes y sacerdotes) en los primeros profesores universitarios.

Las recién fundadas universidades modernas no implican un nuevo orden en las relaciones con el conocimiento; los libros y su lectura continuaron como los instrumentos por excelencia. Las tradiciones de acopio de libros, producción y lectura encontraron en las instituciones educativas nuevos espacios para expresarse y continuar reproduciéndose.

Si bien es cierto que la modernidad representa una posición diametralmente diferente en cuanto a la forma de concebir el mundo y el papel del hombre, la secularización del conocimiento y los procesos de formación no significaron una ruptura total con ideas y prácticas estructurantes de un pasado cercano. Un claro ejemplo es la práctica de la lectura en los procesos educativos de las nuevas instituciones.

En el pasado la lectura era una actividad que representaba sabiduría e inteligencia para quien la dominaba. Esta actividad estaba reservada para unas cuantas personas: sacerdotes, líderes o sabios. Aunque no era raro encontrar reyes analfabetos, además de que el grueso de la sociedad no sabía leer. Luis Gregorich señala este hecho en la obra *El libro y la lectura*: "La sociedad medieval es fundamentalmente una sociedad analfabeta y, según parece, Carlomagno apenas si sabía firmar..."⁴⁸

En la Antigüedad y la Edad Media leer significó el dominio del saber y el ejercicio de poder, sólo accesibles para grupos de élite, su práctica se reservaba a claustros eclesiásticos y reducidos grupos de intelectuales.

⁴⁸ Luis Gregorich. *El libro y la lectura*; en: "La lectura", p. 35.

Fuera de las iglesias, los monasterios y las universidades y aparte de los príncipes y los aristócratas, los libros no se difundieron mucho durante la Edad Media. En mayor medida aún que en el caso de la Roma de la antigüedad, la cultura del libro fue una cultura de las clases superiores.⁴⁹

La modernidad intenta romper con este estado de cosas, recupera la lectura y la proclama como instrumento que representa el conocimiento, la abolición de la ignorancia y la posibilidad de la libertad. Sin embargo, estas ideas siempre han tenido sus límites, el advenimiento de la burguesía y del sistema capitalista continuaron enarbolando al libro y la lectura como instrumentos de la cultura y el acceso al conocimiento:

Las nuevas clases burguesas, fortalecidas a través de sus actividades financieras y comerciales, reivindicaron su derecho al conocimiento y al placer que podía brindar la lectura.⁵⁰

Como sucedió en la Antigüedad y la Edad Media, la modernidad no logra desmitificar la lectura como una actividad propia de élites intelectuales, políticas o económicas. La democratización burguesa de la lectura sólo permitió abrir un poco más el círculo, pero realmente los nuevos trabajadores, obreros, empleados, campesinos y en general el grueso de la población no ha podido acceder a los mundos propuestos por la cultura escrita.

Como ya había ocurrido en el pasado, esta aparente democratización de la lectura no tiene en cuenta, o sólo tiene en cuenta ambiguamente a las grandes masas proletarias urbanas y campesinas que constituyen la principal fuerza de trabajo de la nueva sociedad capitalista que se articula en la revolución industrial...⁵¹

La modernidad no sólo trajo consigo una nueva forma de entender el papel de la humanidad *en tanto humanidad*,⁵² también hizo posible

⁴⁹ Svend Dahl. *Op cit.*, p. 75.

⁵⁰ Luis Gregorich. *Op cit.*, p. 36.

⁵¹ *Idem.*

⁵² *Cfr.* Agnes Heller, *El hombre del Renacimiento.*

el *egoísmo y el individualismo burgués*,⁵³ y con esto el advenimiento del capitalismo como modo de producción hegemónico y universal. Si bien es cierto que el libro continúa manteniéndose como símbolo de la alta cultura, es claro que las desigualdades sociales marcan profundamente las posibilidades reales de acceso social a la lectura.

Si bien el siglo XIX es el que otorga al libro su categoría de símbolo y emblema de la educación popular, no parece que su significado haya sido tan general ni tan generoso. El libro fetiche del progreso y de la instrucción, muchas veces desempeñaba el papel de instrumento de opresión de las masas semianalfabetas...⁵⁴

En este panorama histórico podemos situar a México como heredero de tradiciones, ideas y prácticas que la modernidad hizo posible. El sistema capitalista, la religión cristiana, la universidad y la lectura son ejemplos de esta herencia, poco a poco se han identificado plenamente con nuestra sociedad y a lo largo de la historia han dado importantes giros que les hacen ser específicos de nuestro país y adquieren acta de arraigo.

La violenta conquista y colonización de México por parte de la Corona española, implicó la destrucción de gran parte del legado cultural de las diversas culturas autóctonas, además de la implantación de nuevas prácticas sociales y nuevos símbolos culturales. Muchos de los conocimientos tradicionales de los antiguos pueblos mesoamericanos y el valor de la palabra como depositaria de saber e instrumento cognitivo y cultural fueron aniquilados por el conocimiento occidental y sus propuestas epistemológicas.

La conquista de los pueblos autóctonos se hizo posible en la medida que a la acción militar le acompañó la labor educativa, y en esa época dicha acción estaba dirigida por las órdenes religiosas.

Los misioneros llegados al nuevo mundo, además de evangelizar, también trasladaron a tierras americanas los ideales que posteriormente tomaron cuerpo en las primeras universidades del nuevo mundo.

Al igual que en Europa, las congregaciones religiosas y los frailes cumplen un papel protagónico en el establecimiento de la primera universidad en nuestro país. Raúl Carrancá, en su libro *La Universidad mexicana*, ubica los primeros antecedentes:

⁵³ Cfr. *ibid.*

⁵⁴ *Ibid.*, p. 39.

La primera disposición para fundar la Universidad de la Nueva España data de 1539, gracias a la excitativa de fray Bartolomé de las Casas...⁵⁵

Estas iniciativas por fundar una universidad en el Nuevo Mundo no implican todavía una propuesta popular, más bien responden a las necesidades de dominación y difusión de las ideas de los conquistadores. En la misma obra, Carrancá, al referirse nuevamente a Bartolomé de las Casas, nos dice:

... El ilustre sevillano pugnó por el establecimiento de una Universidad, sabedor de que la Nueva España necesitaría teólogos y juristas que colaboraran con los misioneros y de que el conocimiento aplaca la furia en los corazones y liberta el espíritu. Además los frailes, portadores de una cultura universal vieron en la enseñanza un aliado de la difusión del cristianismo.⁵⁶

A partir de la primera iniciativa han de pasar 10 años para conseguir la autorización, y es el *21 de septiembre de 1551 que el Rey don Carlos firma la Cédula Real que ordena la fundación de la Universidad de México*.⁵⁷

[...] por la presente tenemos por bien y es nuestra merced y voluntad que en la dicha ciudad de México pueda haber y haya el dicho estudio e universidad, la cual tenga y goce todos los privilegios y franquezas y libertades y exenciones que tiene y goza el estudio y Universidad de dicha ciudad de Salamanca [...] ⁵⁸

Los años de predominio español se caracterizan por el fortalecimiento de la idea universal de universidad en tierra mexicana, los grupos hegemónicos social y económicamente también lo eran culturalmente, pues la educación se convirtió en un producto exclusivo. De la misma forma, frailes y sacerdotes dominaban la organización y docencia de este tipo de educa-

⁵⁵ Raúl Carrancá. *La Universidad mexicana*, p. 9.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 9.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 10.

⁵⁸ *La primera Universidad de América. Orígenes de la Antigua, Real y Pontificia Universidad de México*, p. 29-30.

ción, dando como resultado la nula presencia de gente del pueblo en la universidad mexicana.

Ni siquiera la revolución de independencia pudo cambiar esta situación, pues el cambio se dio en términos de élites y no pudo llegar a las grandes masas. La educación y la universidad pasaron a ser propiedad de los nuevos grupos en el poder.

La universidad mexicana ha de esperar hasta finales del siglo xix y principios del xx para reorientar su acción y perspectiva. Lograr la unidad a partir de un proyecto educativo con base social y con fundamento político se da en el lapso de 1910 a 1917 cuando "Justo Sierra logra su fundación en el centenario, reuniendo las escuelas dispersas en una unidad que perseguía un fin nacional; enseñar y aprender."⁵⁹ El naciente nacionalismo mexicano impregna de su filosofía a la nueva universidad mexicana y le confiere objetivos sociales hasta ese momento inéditos.

Otro elemento que la universidad busca es la autonomía y es en el año de 1929 que esto se hace posible. De esta forma se concreta la moderna universidad mexicana, conjugando la tarea educativa con la filosofía nacionalista y la conquista de la autonomía. Para referir este proceso, en el libro de García Cantú *Historia en voz alta: La Universidad*, se puede leer, *Nacional con Justo Sierra; Autónoma en 1929 hasta la actualidad*.⁶⁰

En esta semblanza histórica de la universidad encontramos que además de la importancia político-educativa de su constitución, marca el camino de la modernidad en México y América Latina. Las nuevas ideas podrán circular en tierras americanas a partir del núcleo cultural que representa una institución de esta naturaleza. Los conceptos de democracia, libertad y conocimiento encuentran en las aulas universitarias lectores que han de hacer esfuerzos de creatividad para adecuar las ideas a otros contextos sociales y que de paso recrean la tradición de la lectura.

Nuevas formas de entender el mundo se mezclan con las antiguas, nuevas tradiciones son incorporadas a las ya existentes.

⁵⁹ G. García Cantú. *Historia en voz alta: La Universidad*, p. 13.

⁶⁰ *Ibid.*, contraportada (las cursivas son mías).

La actividad lectora inicia su presencia en el nuevo mundo y se ubica en la universidad para convertirse en símbolo de saber, de cultura y de poder político.

Desde sus inicios hasta su consolidación, la universidad en México ha buscado instaurar la tradición de leer para conocer, una tradición que se practica en las aulas, los patios y los jardines. Una tradición que ahora le pertenece a toda institución educativa, pero como toda tradición reclama de sujetos, de actores, podríamos decir de lectores.

Las clases universitarias, ¿qué lectura nos toca?

Pareciera que la universidad de nuestros días se mantiene firme en cuanto a espíritu y función social,⁶¹ sin embargo ha sufrido los embates de los tiempos modernos y en la década de los noventa presenta giros y adecuaciones con el propósito de estar a la altura de las exigencias y expectativas.

Las universidades mexicanas establecen su dinámica a partir de un proceso doblemente articulado; por un lado son sólidos baluartes de las tradiciones educativas, y por otro buscan adecuarse a las nuevas tendencias que marca la globalización y el proyecto político de la nación mexicana: *¿buscan cambiar, para seguir siendo universidades, o son universidades en la medida que marcan el cambio?*

¿Es cierto que las universidades mexicanas buscan el cambio? Podría decirse que sí, pero habría que definir a qué tipo de cambio hacen referencia, ¿a la función social de la universidad?, ¿a su papel en la producción del conocimiento?, ¿a las relaciones educativas? o ¿simplemente a la adecuación de carreras, temáticas y conocimientos? Tal parece que la idea es cambiar pero “seguir pareciendo universidad”, es decir, responder al modelo educativo que les dio origen, aquel que marca la diferencia entre “cultos” e “incultos”, entre las élites y las clases populares, entre quienes gustan de la lectura y los que no.

⁶¹ Me refiero a la naturaleza y esencia del concepto *universidad*, que aún conserva consenso social, no así su crisis empírica; podemos tomar como ejemplo el conflicto de la UNAM en 1999 en donde no se plantea “dejar de ser universidad” sino se cuestiona su orientación política, la privatización en contra de la gratuidad y sus posibles repercusiones. En todo caso, se aspira a reconstruir la Universidad.

Los cambios que han sufrido las universidades se pueden situar en el ámbito de su propia lógica y en el perfeccionamiento de sus procesos. Si pensamos que la universidad es el espacio representativo del conocimiento, la tarea es la búsqueda de nuevos procedimientos que posibiliten la realización de este hecho; adecuar modernos instrumentos de aprendizaje; generar las nuevas carreras que la sociedad pide. En suma, incorporar nuevos planteamientos que respalden y fortalezcan los actuales.

Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en el espacio de la apropiación, construcción y socialización del conocimiento. Tarea con la cual se han perfeccionado constantemente las instituciones educativas y las acciones cambian, no de esencia, pero sí de forma.

En esta cuestión es donde la lectura hace nuevamente acto de presencia; más bien nunca se ha ido, siempre ha estado ahí, ocupa totalmente el espacio de la universidad y se hace presente en los actos de enseñanza y aprendizaje.

Desde las primeras universidades mexicanas hasta las modernas instituciones privadas anteponen la palabra escrita como el instrumento necesario para lograr conocimientos o producirlos. Se leía hace cinco siglos y se lee actualmente. Si continuamos con la reflexión de cambios y tradiciones, tendríamos que indicar: *en la universidad la lectura cambia, porque cambian los lectores; no porque cambie la lectura, ni la universidad.*

De la cátedra erudita de principios del siglo pasado a los modernos seminarios-taller de finales del mismo, la lectura se hace presente en cada uno de los actores del hecho educativo. Este cambio ha permitido la creación de una realidad educativa donde la lectura ha tomado la dirección del proceso educativo, pues si bien es cierto que existen planes y programas, el referente inmediato es la relación clase-texto.

Resulta demasiado común escuchar a profesores y alumnos referirse al desarrollo de los cursos con expresiones como: *¿en qué texto vamos?, ¿qué lectura nos toca?, ¿cuál es la lectura para la próxima semana?*, o: *nos faltan tres textos para terminar el semestre.* Además de instrumento didáctico del conocimiento, el texto y la lectura se han convertido en referente temporal y programático. Para entender cómo se expresa esta idea en las aulas, una síntesis de una clase universitaria puede ser representativa:

M^{*} Ahora sí, vamos a revisar el texto que nos corresponde para esta sesión [...], espero que lo hayan leído. Es un texto interesante [...]

(mientras el profesor expone largamente las características del texto, del autor y de lo que significa para la pedagogía actual, los alumnos escuchan y miran de vez en cuando sus copias fotostáticas. Una vez que termina, vuelve a preguntar:)

M ¿A quién le corresponde hacer la presentación del texto?

a^{**} A mí, ¿me pongo de pie o puedo hacerlo desde aquí?

(el alumno decide permanecer en su lugar y desde ahí inicia su exposición. Para hacerlo recurre a copias [que están subrayadas], a su libreta de apuntes y a hojas sueltas [en las que también trae anotadas algunas palabras], mientras esto sucede los demás integrantes del grupo permanecen callados y cabizbajos, mirando sus propios materiales [como leyendo nuevamente])

(al finalizar, el maestro señala que "ha sido un tema muy bien tratado" y felicita al estudiante. Saca una hoja con los nombres de los alumnos y realiza algunas anotaciones. Nuevamente se dirige a los estudiantes par indicar "la próxima lectura es; [...]". Todos anotan en sus cuadernos y se despiden.)⁶²

Como podemos observar, la lectura juega una gran diversidad de roles; es muy importante como instrumento del conocimiento y como recurso didáctico. En situaciones como la descrita la lectura se puede interpretar como:

- a) acción intelectual realizada (antes o durante la sesión) por los sujetos, y
- b) presencia física de materiales (libros, hojas, copias, etcétera).

Cuando el profesor de esta clase pregunta sobre la persona que le corresponde *hacer la presentación del texto*, hace referencia a la revisión y análisis del contenido textual, que refiere a un contenido programático.

* Maestro

** Alumno

⁶² JTGO12.

Es un texto que *corresponde para esta sesión*, lo cual indica que *"hay otra lectura para otra sesión"*.

Sesiones y textos muchas veces se corresponden, se distribuyen y los sujetos se responsabilizan *de los textos y de sus exposiciones*. Muchas veces (como en el ejemplo) no se habla del próximo tema, contenido o unidad de trabajo, las despedidas suelen tener como preámbulo la frase: *la próxima lectura es...*

La lectura también posee corporalidad, además de las ideas que han podido ser memorizadas, integradas o comprendidas existe un variado número de materiales que contienen textos útiles a las necesidades de la dinámica escolar. La palabra escrita se encuentra en libros, cuadernos, revistas, hojas sueltas y en muchas copias fotostáticas.

Los sujetos usan estos materiales en el desarrollo esa unidad de tiempo que ahora se denomina *sesión* o *clase*. Unos para auxiliarse en la exposición del tema conferido y los demás para realizar comparaciones, recordar algunas ideas clave, o bien para fijar la mirada, acción que muchas veces no se sabe si es concentración, aburrimiento o evasión.

Si el libro continúa siendo el referente de la formación universitaria, es necesario plantear que el trabajo académico no se da solamente por esta vía. Muchas veces la idea de *libro* sólo queda en la referencialidad de los sujetos, pues permanece en la capacidad de nombrar la obra en cuestión. Podemos conocer el nombre del libro, el autor, la fecha, la editorial, etcétera, pero cada vez es más común no tener contacto directo con él. Más que nunca el libro es símbolo de la educación.

Los alumnos (incluso el maestro) poseen copias, pero no el libro, lo más común es que sean sólo algunas páginas, un capítulo, un apartado, la introducción o las conclusiones. Es decir, la lectura ocupa un espacio simbólico en las clases pues representa el conocimiento, aun sin que físicamente esté presente. Puede ser que los libros no estén materialmente presentes, pero su presencia simbólica es aplastante. Las obras y sus autores están en las aulas cuando son nombrados.

En las aulas universitarias mexicanas la lectura tiene presencia física y simbólica cotidiana, como referente temporal, programático y necesariamente como instrumento para acercarse al conocimiento históricamente acumulado.

En muchos casos, las clases universitarias inician, se desarrollan y culminan con la lectura que *este día nos tocó*.

Leer fotocopias: el grado xerox de la lectura

En las universidades profesores y alumnos continúan desarrollando la lectura, solo que las formas, usos y funciones han cambiado. Si comparamos cómo se leía en estas instituciones cuando fueron creadas en México, encontramos que manifiestan cambios físicos e intelectuales.

Cuando se hace referencia al aspecto físico de la lectura contemporánea, se hace mención al desarrollo comercial de la industria editorial, lo que ha ocasionado que los ejemplares se multipliquen y además abaraten sus costos. De la imprenta de Gutenberg a los modernos sistemas de impresión se ha generado una verdadera revolución editorial, o *revolución técnica* como la llama Svend Dahl, quien además señala:

[...] Pero los nuevos métodos técnicos progresan y continuarán haciéndolo. Para la tirada muy numerosa, especialmente de semanarios ilustrados, por ejemplo, se utiliza actualmente el *huecograbado*, en el que los caracteres se encuentran en una plancha de cobre cuya superficie texto e ilustraciones están grabados por procedimientos foto-mecánicos; una moderna rotativa de huecograbado puede realizar más de 20 000 impresiones en una hora [...]⁶³

Los libros se han convertido en objetos relativamente fáciles de conseguir, aunque propiamente deberíamos decir “relativamente fáciles de comprar”, pues ahora, a principios de siglo el libro y en general el material escrito se ha convertido en una mercancía. Digo “relativamente” pues en apariencia todos podemos comprar un libro, pero —como pasa en el supermercado— volvemos a la realidad cuando estamos frente a la caja, esto es, cuando hay que pagar; si tomamos en cuenta que un libro cuesta fácilmente 300 pesos o más y el salario mínimo es de 30 pesos diarios, encontramos que es necesario

⁶³ S. Dahl. *Op cit.*, p. 261.

desembolsar 10 días de sueldo para poder adquirir un libro. Sin embargo, y pareciendo burlar el precio de los libros, la tecnología ha producido otro medio capaz de “democratizar” la palabra escrita: la fotocopia. En los tiempos híbridos que nos toca vivir, tal vez no exista otro elemento tan representativo de “lo intermedio” como la fotocopia; no es la obra en sí, pero sí es la obra. El mismo Svend Dahl dice asombrado;

[...] puede alcanzarse tal semejanza con el original que éste apenas si se distingue de la reproducción. [...] ⁶⁴

Todo aquel que ha tenido en sus manos una fotocopia puede revivir este asombro que se puede sintetizar en los siguientes elementos: rapidez, calidad y bajo costo. Estudiantes, profesores y toda clase de personas recurren constantemente a este instrumento que algunos intelectuales ya nombran a esta época, por sus acciones y sus representaciones, como *la cultura de la fotocopia*.

Fotocopiar se ha convertido en la manía de las últimas dos décadas, en las escuelas se copian los libros, en las oficinas los oficios y en la casa los documentos personales.

Roland Barthes, al hacer un análisis de la situación actual de la palabra escrita en su obra *El grado cero de la escritura*,⁶⁵ plantea la necesidad de recomenzar desde sus cimientos la construcción social de la palabra escrita. Con la lectura de fotocopias parece que entramos a una especie de reconstrucción de la lectura, entramos al *grado xerox de la lectura*.

Aparentemente no existe diferencia entre leer un libro o leerlo a través de la fotocopia, la persona que lo hace no piensa si lee la obra en sí misma o lee su copia fiel, en cierto sentido es lo mismo, las ideas se captan igual. Tal vez la diferencia esté en otros puntos como la dificultad de manejo de las hojas sueltas, el “golpe a la industria editorial” y los derechos de autor, o el auge de la industria de las fotocopadoras.

Fotocopiar se ha vuelto un comportamiento casi automático, tal vez por eso algunas personas lo llaman “cultura”; personalmente no con-

⁶⁴ *Ibid.*, p. 261.

⁶⁵ Roland Barthes. *El grado cero de la escritura*.

cuerdo con esta denominación, pues la cultura es algo más complejo que una serie de actitudes y comportamientos que se presentan desvinculados unos de otros. La tecnocracia nos presenta estos comportamientos como "culturas" de la planeación, prevención, ahorro, del respeto, de la convivencia, etcétera.

El hecho de fotocopiar puede ser un comportamiento aislado de otros elementos educativos cuando se olvida el contexto sociocultural y formativo, y se piensa directamente en "sacar fotocopias" para tener que leer, olvidándose del autor, su filiación política, teoría, metodología y descontextualizando un apartado o capítulo de la obra en general.

Sin embargo, fotocopiar responde a otra lógica, no es sólo un comportamiento cultural, también es una respuesta a las leyes de mercado y a sus derechos de exclusividad.

Como es sabido la palabra escrita implica al lector, es decir, al sujeto, a una persona que no solamente le interesa el problema formativo e intelectual, sino que observa la economía doméstica y busca salir airoso del conflicto comercial que se le plantea al tener que comprar libros, o tal vez usa esa formación e intelecto para multiplicar la unidad.

El grado xerox de la lectura posee otras implicaciones, pues si leer contribuye a la interpretación de la realidad tendríamos que decir que estamos ante una realidad más parecida a una fotocopia que a un libro. Las horas, los días, los meses y los años, parecen copias de copias. Copiamos modos de vida como copiamos libros y de esa forma leemos la realidad.

Tal vez la copiadora multiplique todo lo escrito, pero los románticos no siempre están de acuerdo, y con justa razón señalan que la máquina despersonaliza las obras: "ya no huele a tinta, sino a tonner, se pierde ese peculiar aroma a libro y se sustituye por un conjunto de hojas sueltas, uniformes y lisas al tacto".⁶⁶

Pero si *El grado xerox* uniforma las obras (y la vida) esto resulta ser sólo una ilusión tecnológica, pues las obras son diversas, nómadas y sujetas a los caprichos de los tiempos y de los lectores.

Lo escrito no posee una forma única, aunque el libro continúe siendo el modelo prototípico de la obra intelectual expresada a través de la

⁶⁶ JTG E 08.

palabra escrita, existe una infinita gama de géneros intermedios: revistas, periódicos, folletos, gacetas, instructivos, guías, antologías, apuntes y los textos virtuales, por citar solamente los más típicos. Materiales que los sujetos universitarios leen para estudiar, informarse o simplemente para divertirse.

La masificación de los libros, las bibliotecas escolares, revistas, folletos, gacetas, instructivos, periódicos y las fotocopias (de todos los materiales anteriores) representan los materiales de lectura de la época de los noventa.

Si los textos, en tanto materiales de lectura, han sufrido cambios a partir de la *revolución técnica*, lo mismo ha pasado con el contenido y con la posibilidad de interpretación intelectual, la delimitación disciplinaria y su filiación literaria. Clasificar las obras en ensayos, novelas o teorías es una empresa cada vez más difícil de realizar. El antropólogo Clifford Geertz denomina estos procesos como *géneros confusos*, y al referir esta cuestión dice:

Esta confusión de géneros es más que el hecho de que Harry Houdini o Richard Nixon se vuelvan pronto personajes de novela, o que las juergas mortíferas del medio oeste se describan como si las hubiera imaginado un novelista gótico. Se trata de que las investigaciones filosóficas parecen críticas literarias (piénsese en Stanley Cavell escribiendo sobre Becket o Thoreau, en Sartre escribiendo sobre Flaubert), las discusiones científicas se asemejan a fragmentos de bellas letras (Lewis Thomas, Loren Eiseley), fantasías barrocas se presentan como observaciones empíricas inexpresivas (Borges, Barthelme), aparecen historias que consisten en ecuaciones y tablas o en testimonios jurídicos (Fogel y Engerman, Le Roi Ladurie), documentos que parecen confesiones verdaderas (Mailer), parábolas que pasan por ser etnografías (Castaneda), tratados teóricos expuestos como recuerdos de viaje (Lévi Strauss), argumentos ideológicos presentados como investigaciones historiográficas (Edward Said), estudios epistemológicos contruidos como tratados políticos (Paul Feyerabend), polémicas metodológicas arregladas como si fueran memorias personales (James Watson).⁶⁷

⁶⁷ Clifford Geertz. "Géneros confusos: la refiguración del pensamiento social", en: Carlos Reynoso, *El surgimiento de la antropología posmoderna*, p. 63-64.

En la realidad social actual y en las obras de apoyo a la formación universitaria cada vez es más difícil encontrar la “pureza”, si es que alguna vez existió tal cosa. Lo común es enfrentarnos ante obras y géneros impuros, que promueven estrategias inéditas de trabajo intelectual. El mismo Geertz continúa con este tema, y más que responder plantea nuevas interrogantes:

[...] resulta difícil rotular a los autores ¿qué es Foucault?, ¿un historiador, un filósofo, un teorizador político? ¿Qué es Thomas Kuhn? ¿Un historiador, un filósofo, un sociólogo del conocimiento?) o clasificar las obras (¿qué es *Después de Babel* de George Steiner? ¿lingüística, crítica, historia cultural? ¿y que es *On Being Blue* de William Gass? ¿Un tratado, una charla, una apologética? [...])⁶⁸

La *recomposición del pensamiento*, parafraseando a Geertz, se sitúa en las universidades y en los mismos procesos de formación. Los estudiantes y los profesores recrean las polémicas de las disciplinas, los métodos y los objetos de trabajo; ¿dónde termina el campo de la antropología e inicia el de la sociología?, ¿es la pedagogía una ciencia?, ¿a quién le corresponde escribir la historia?, etcétera. Estas polémicas están escritas en textos y al ser leídos por profesores y estudiantes son recreadas, garantizándose el desarrollo de la ciencia, el conocimiento y las dudas que inevitablemente se generan.

Las lecturas que se realizan en la universidad marchan en caminos diversos y multiformes, los textos diversifican sus formas, los autores invaden disciplinas, las teorías adquieren nuevos matices y las obras expresan todo lo anterior. Por su parte, los lectores universitarios leen un poco de todo esto, y de esta manera participan de la *reconfiguración del pensamiento*.

Estos *géneros confusos* han ocasionado “confusiones” en muchos sentidos y en distintos órdenes, tal vez no pertenecientes a lo escrito, sino a las condiciones sociales, económicas y políticas. La proletarización de la educación superior hace que personas con escasos recursos económicos estén en posibilidad de estudiar alguna carrera universitaria. Hoy en día no basta con querer estudiar, hay que poseer los recursos para hacerlo. Incripciones, transportes y ma-

⁶⁸ *Ibid.*, p. 64.

teriales cuestan dinero y en este panorama: leer también cuesta. Ya sean libros, revistas o fotocopias, pero los estudiantes necesariamente gastan dinero para poder leer.

Las crisis económicas que se han vivido en el país y en el mundo impactan en las escuelas, de la misma forma que en la producción de textos en tanto industria. Inmersos en una economía capitalista, los estudiantes enfrentan dos problemas: los relativos al aprendizaje y los derivados de la economía.

Dentro de este gris panorama económico, los sujetos universitarios desarrollan novedosas estrategias para poder acercarse al material escrito, estrategias que marcan también las formas de lectura: asistencia a las bibliotecas, préstamos entre compañeros o maestros, lecturas comentadas por equipo, tareas compartidas y muchas copias fotostáticas.

Estas actividades además de servir como estrategias de "socialización" de la lectura también generan serios conflictos; casi nunca se leen las obras completas, muchas veces no se sabe a que título pertenecen las copias que se leen, las lecturas se hacen de prisa, al momento o incluso durante las clases.

Mientras la mayoría del grupo estaba atento a la argumentación de los compañeros, algunas estudiantes pasan una lista escrita a mano y poco a poco recorre la totalidad del semicírculo, al recibirla, los estudiantes la leen y anotan algo (¿su nombre?) para posteriormente pasarla al siguiente. Posteriormente circulan juegos de fotocopias "nuevas" para cada uno de los estudiantes. (Todo esto ocurre con mucha cautela, casi sin decir nada y mientras los otros alumnos hablan, incluso pasa el papel a uno que habla, y le da lectura casi de manera automática, pues escribe algo y lo pasa sin descuidar la respuesta que está dando. El maestro se da cuenta del hecho, pero no le da importancia).⁶⁹

En la universidad no existe un lugar exclusivo para leer, la vieja idea de identificar a un lector concentrado, en silencio y por largos periodos, se desvanece al observar a lectores furtivos, en lugares ruidosos, con más de un texto a la mano y realizando más de una actividad.

⁶⁹ JTG O 011, 21/10/95.

Los universitarios de los años noventa leen casi en cualquier lugar y en situaciones insospechadas; como cuando lo hacen en la cafetería bajo un gran ruido, tomando café y comiendo tortas o con audífonos puestos; recostados en los prados, al aire libre, tomando el sol o a la sombra de un árbol; en las escaleras, pasillos y explanadas, mientras esperan a los amigos o la hora de entrada a clase; en las bibliotecas, solos, en pareja o en equipo, ya sea con un texto o con pilas de más de seis; en las aulas, ya sea como parte de la clase o bien a pesar de ella.

Las cafeterías son sitios ideales para estudiar, mientras se hace alguna otra cosa:

En una de las mesas de la cafetería, una pareja de estudiantes lee el periódico mientras se abrazan. La lectura en voz alta es realizada por el muchacho y ella la sigue con la vista, sin hablar, cambian de hoja y la lectura continúa, en este orden.⁷⁰

Por otro lado, la biblioteca continúa siendo el lugar por excelencia para leer uno o muchos libros.

En la biblioteca una muchacha hojea un libro de formato grande (tamaño carta), esta acción es realizada con mucha atención pero con cierta rapidez (como buscando algo), se detiene en alguna hoja y la mira cuidadosamente, después pasa hoja por hoja. De forma repentina se detiene en diferentes momentos, pasa al índice y observa la portada (mientras hace esto se pasa la mano por el pelo y mastica algo). (En la mesa se observan otros tres libros pequeños y una carpeta de apuntes. En eso se incorpora y recorre los estantes llenos de libros y busca alguno, camina por entre los pasillos y mira en diferentes direcciones; camina, se detiene, saca un libro, lo mira y lo vuelve a colocar en su lugar.)⁷¹

Estas situaciones integran vértigo por la velocidad con que se lee, creatividad por las modalidades adoptadas y la confianza de que leer es necesario para construir conocimientos.

⁷⁰ JTG O 006, 28/09/95.

⁷¹ JTG O 007, 03/10/95.

No es que exista un tipo de sujetos para cada modalidad de lectura, lo que existe es una adaptación a las diferentes necesidades. Así se observa a los sujetos buscar el sitio y el material de lectura que más se acomode a sus necesidades inmediatas, de esta manera podemos ver a una misma persona, un instante en la biblioteca y otro en la cafetería, invirtiendo la "lógica racional": comiendo en la biblioteca y estudiando en la cafetería; incluso hay quien dice: *Yo en la biblioteca no puedo estudiar, porque hay mucho ruido y me interrumpen constantemente.*⁷²

Leer: gusto y necesidad

Como se ha venido comentando, existe una idea muy generalizada que establece que en la educación superior se vive una *crisis de la lectura*. Cuando se realiza el señalamiento se hace referencia a aspectos vagamente planteados, como: hábitos, costumbre, tradición, disciplina y cultura, todos referidos a un *déficit*, o sea una "falta de algo"; de esta manera se señala que el problema reside en *los escasos hábitos lectores, una falta de costumbre, la escasa tradición lectora*, etcétera, y a otros aspectos que parecen estar más relacionados con la lógica del mercado: *han bajado las ventas de la industria editorial*. Pareciera que leer solamente se refiere a un tipo de actitud que se cultiva y se pone en práctica, pero con referentes en el pasado y no a un conjunto de necesidades que provoca recurrir al material escrito, que por lo tanto da lugar a diferenciadas maneras de interpretar los textos.

En el mundo capitalista la lectura toma cuerpo a través del libro y éste es visto como mercancía, por lo tanto es común observar que además de la escuela, la industria editorial es otro observador de la *crisis lectora*; escudada en la *bibliofilia* esta industria argumenta la crisis lectora a partir de su propia crisis económica. Todo parece reducirse a la fórmula: menores ventas, igual a menos lectores.

Ser lector no es igual a ser consumidor, por el contrario, quien es capaz de leer no necesariamente requiere la última novedad biblio-

⁷² JTG E 09.

gráfica; requiere sí, una actitud de búsqueda y transformación, elementos que la escuela tendría que aportar.

En las instituciones educativas la lectura plantea dos puntos de vista que muchas veces parecen no coincidir; por un lado se hace alusión a lo invaluable de la actividad, de su relevancia para la formación, y, por otro, se dice que los estudiantes no leen, no les gusta hacerlo, o de plano no saben leer. Esta pareja se acompaña durante el trayecto de la formación universitaria, se mantienen como los opuestos que se tocan y dan sentido a la crisis de la lectura universitaria. Impregnados de su contrario, crisis y hegemonía hacen de la lectura la actividad formadora por excelencia en las modernas universidades mexicanas.

La lectura ocupa un papel muy importante en los planteamientos educativos, de tal manera que profesores y alumnos no dudan de su trascendencia, de lo que dudan es del nivel de lectura del otro, e incluso de sí mismo. Parece que no existe el lector ideal, siempre se espera más y en actos de modestia, o de falsa modestia, se señala *sólo he leído un poco, y el conocimiento es inmenso*. Cosa que es cierta, pero pone a la lectura y el conocimiento como fines inalcanzables, y en los tiempos pragmáticos y de planeación que nos toca vivir esta situación provoca miedos y angustias.

En contra de este paraíso utópico que la lectura es y promete, en las universidades se plantean propósitos definidos y delimitados por tiempos curriculares. Leer no es leer lo que uno quiere, es leer lo que el programa plantea, bajo temáticas y tiempos definidos. Lecturas que muchas veces generan desconcierto entre los estudiantes: *¿por qué leer esta lectura que ya no tiene vigencia?*

Lo que para el programa y el currículum es “lógico”, “necesario”, “coherente” y “útil”, para los estudiantes es aburrido, tedioso, pasado y pesado. De esta forma la importancia de la lectura tiene sentido, mas no sustento cotidiano.

La lectura y su importancia se han convertido en una tradición de la modernidad, en la medida que nadie duda de su importancia, aunque sí se dude de su ejercicio. Como toda tradición, vive en la cultura y en los sujetos, se recrea en sus actos y sus hábitos lingüísticos, cada vez que afirmamos que *leer es importante* la recreamos y nos recreamos en ella.

En las escuelas y universidades los defensores de estas tradiciones son los profesores, encargados de "hacer leer" y, con esto, de preservar la paradoja entre hegemonía y crisis de la lectura. Desde los profesores que se apegan estrictamente al programa hasta aquellos que crean el propio, la gran mayoría, por no decir todos, coincide en la importancia de la lectura y de cumplir al menos con los textos que marca el programa en cuestión.

Los profesores sabemos que el lector ideal no existe, no lo somos ni buscamos que nuestros alumnos lo sean, sin embargo constantemente criticamos a los estudiantes y a otros colegas bajo parámetros ideales. Queremos hacer coincidir currículo con personas reales y el resultado es desastroso.

Los programas de los cursos universitarios contienen los objetivos, temas de estudio y la bibliografía. Si bien no se puede señalar que un elemento sea más importante que el otro, sí podemos decir que los objetivos orientan y definen el trabajo, pero lo que realmente encontramos es la hegemonía de la bibliografía en la cotidianidad de las clases universitarias. El semestre se organiza por lecturas y éstas se reparten a los estudiantes, formando grupos que se responsabilizan de textos que marchan uno tras otro. Textos que rara vez son obras completas, más bien corresponden a capítulos, fragmentos, apartados, resúmenes, conclusiones e introducciones.

El origen de esta organización académica se da por contar con tiempos precisos y al parecer desfavorables, los semestres, trimestres o bimestres se ven reducidos a determinado número de clases. Sesiones que nunca son suficientes para revisar cuidadosamente toda la bibliografía, por lo que se jerarquiza y sólo se leen *los textos más importantes*.

En la educación se puede decir que esta situación da origen a la llamada *crisis de la lectura*, pues en la medida que no coinciden las demandas que los programas contienen y la actividad lectora de los estudiantes, las conclusiones suelen inclinarse por culpar a los estudiantes de un bajo nivel de lectura. Aunque no completamente, pues estos últimos contratan criticando a sus docentes.

En la universidad mexicana se mantiene a la lectura como la actividad académica fundamental, en la medida que todavía seduce su promesa de acceso al conocimiento.

Por encima de polémicas y crisis, la lectura se apodera de los lectores y se expresa, recreando así una de las tradiciones de la modernidad.

CAPÍTULO 3

LECTURA Y LECTORES EN LA CIUDAD DE MÉXICO DE LOS AÑOS NOVENTA

*Es el texto, con su poder universal
de revelación del mundo, lo que
le da un auténtico yo al ego.*

•
Paul Ricoeur

La lectura en la educación universitaria

Asistir a la universidad lleva consigo una serie de supuestos, algunos indican que ahí se aprenderá determinados conocimientos o habilidades, otros nos prometen acceder a otra forma de interpretar la realidad, y nos sitúan ante la posibilidad de transformarla. Ideas como las anteriores pueden encontrarse en lemas de instituciones educativas, como: *Educar para la libertad*, *Educar para transformar* o *El saber nos hará libres*.

Conocimientos, habilidades, interpretación y transformación de la realidad no sólo se ubican en lemas y propagandas, sino que encuentran expresión cotidiana en los espacios universitarios. Una forma de encontrarlos es a través de la actividad lectora.

Analizar la lectura, sus nexos con la universidad y con la vida cotidiana en general, es posible si se adopta una posición que rompa con el *deber ser* característico de perspectivas normativas. Es necesario pensar la lectura, pero ahora desde un sentido real, apegado a las nuevas necesidades de la sociedad moderna, en la que el conflicto y la diversidad parecen ser la característica social, en contra de la homogeneidad y continuidad que en otros tiempos se persiguió.

Como se ha señalado en páginas anteriores, es común escuchar hoy en día que los estudiantes no leen y la gente común tampoco lo haga, es más, uno mismo lo ha dicho en alguna ocasión. Se dice que no existe el hábito de leer en la escuela y lo mismo ocurre en la vida cotidiana, pero ¿qué esconden aseveraciones de este tipo?, es acaso ésta una ver-

dad absoluta, o es que es posible observar no *una* forma de leer, sino *diversos* usos y formas de lectura, cuya culpa se encuentra en no corresponder al *modelo* estereotipado de *buen*a lectura.

Las siguientes expresiones de profesores universitarios muestran lo adentrado que puede estar esa idea:

- ¡Compañeros, lean muy cuidadosamente el siguiente texto!
- ¡Muchachos, hay que leer entre líneas!
- ¡Hay que hacer una lectura rigurosa... metodológica!
- ¡Compañeros, no se queden en lo superficial!
- ¡No sólo repitan el texto!
- ¡Este autor requiere una lectura profunda!
- ¿No han leído el texto [...]?, ¡se lo recomiendo!
- ¡Necesitan leer mucho y con cuidado este material, para que puedan entenderlo!⁷³

Como se observa, las expresiones anteriores forman un discurso plagado de demandas analíticas sobre la actividad de leer y un constante recordatorio de su importancia.

Pero no sólo los profesores hablan de la lectura; en otro sentido, pero con igual constancia los estudiantes dicen:

- ¿Qué vamos a leer para la siguiente clase?
- ¿Hiciste la lectura para esta clase?
- Esta lectura estuvo fácil, ¿no?
- ¡Qué bueno!, el texto está corto, sólo son 12 páginas
- ¿Ahora, a quién le toca sacar las fotocopias del libro que sigue?
- Esta lectura está aburrida y no le entiendo nada.⁷⁴

Estas opiniones de docentes y estudiantes expresan el lugar que ocupa la lectura en las actividades de estudio de la universidad. Pocas veces se piensa cuál es el contenido temático, el objetivo por trabajar, su relación con el mundo cotidiano, lo que parece importante es "leer y aprender". Todo parece indicar que el conocimiento aprendido

⁷³ JTG, II, 1996.

⁷⁴ *Idem*.

en la universidad se ha convertido en un "saber enciclopédico" que no logra vincular la lectura de la palabra escrita con la lectura de la realidad.

Berta Braslavsky, al analizar la presencia y problemática de la lectura en la educación en América Latina, dice:

Expresa o tácitamente, el criterio para la promoción en primero y segundo grados es el rendimiento en las materias instrumentales básicas y, especialmente, en la lectura. La práctica demuestra que los alumnos repiten porque no satisfacen los requisitos de tal aprendizaje para esos grados. Pero la experiencia de los últimos grados es más grave cuando se comprueba que *son muchos los alumnos inscriptos en la escuela secundaria que no dominan la lectura y, más aún, que son también muchos los jóvenes que llegan al nivel terciario sin saber utilizarla como instrumento adecuado para aprender.*⁷⁵

A partir de este amplio panorama es fácil inferir que la vida escolar se basa en lo escrito, ahí se enseña a leer y se fortalece su uso; sin embargo, la misma institución se cuestiona cuando duda de la formación de los estudiantes. La universidad culpa al bachillerato, éste a la secundaria y, finalmente, todos juntos culpan a la educación básica por formar tan deficientemente a los alumnos. El resultado al que se arriba es alarmante y categórico: *¡los estudiantes no saben leer!*

La lógica y hegemonía de la lectura escolarizada, como contenido fundamental de la educación, se convierte en idea presente de la vida social. De esta forma es posible construir y expresar aseveraciones contundentes que homogeneízan la diversidad de las prácticas lectoras. Recurrimos al modelo clásico y estereotipado de lectura para enjuiciar todas las actividades de lectura y queremos que los sujetos se ajusten a él.

Pensamos la lectura como elemento indispensable, sinónimo de gente inteligente y signo de cultura, nunca imaginamos que alguien dentro de una institución educativa exprese: *¡no leo!, ¡no me gusta leer!, ¡no leo porque no lo necesito!, ¡sólo leo revistas y periódico! o ¡no tengo tiempo para hacerlo!* A quien dice frases como las anteriores, inmediatamente lo juzgamos de bárbaro, inculto o ignorante. Emi-

⁷⁵ Braslavsky, Berta. *La lectura en la Escuela*, p. 13-14. (los cursivos son míos).

mos nuestros juicios desde un *deber ser*; que incluso muchos de los considerados lectores no cumplen.

El modelo de lectura de la escuela debe redimensionalizarse para entender otras formas de lectura, que hasta ahora no se circunscriben al ámbito académico pero poseen igual potencial formativo. La lectura no es sólo comprensión de textos, es la antesala de la interpretación de la realidad. Leer libros sólo tiene sentido cuando se piensa como un referente histórico para interpretar la vida humana.

En efecto, la escuela mexicana de los noventa comparte con la sociedad moderna –nacional e internacional– la premisa de que es importante leer, y en función de esa idea se organiza la vida escolar, de la misma forma que se critican los escasos hábitos lectores.

Los niveles básico, medio y superior se estructuran en gran medida sobre esta actividad, pero así como encontramos la intención de hacer de la lectura medio y fin de la educación, también encontramos que a los alumnos no les gusta leer, no saben o no quieren hacerlo.

Si ése es el panorama en la educación básica, en la educación superior encontramos que la idea persiste, aunque tome otras características. La generalidad de los maestros en este nivel critica severamente los hábitos de lectura de sus estudiantes, es más, “descubren” que ahí está la esencia de muchos de los problemas de aprendizaje y del bajo rendimiento escolar. *¡Los estudiantes no leen!, ¡no saben leer!, ¡no les gusta leer!*, etcétera, claman los profesores, quienes sustentan sus clases en lecturas, textos y procedimientos de análisis.

Toda persona que pasó por un aula universitaria recordará la dinámica de muchas de las clases, en las cuales era, y es, necesario leer. Pero de igual manera que la lectura es importante para el desarrollo de las clases, también es cierto que estas actividades académicas entran en crisis cuando los estudiantes (o los profesores) no leen. Recordamos alguna de estas expresiones:

- ¡Si no leen no se puede trabajar en clase!
- ¡Como no leyeron, se suspende la clase!
- ¡El tema se da por visto!
- ¡Para obligarlos a leer, me traerán controles de lectura!
- ¡No pueden asistir a la clase, sin traer la

lectura preparada!

¡Esa idea está bien, pero aún les falta mucho

por leer!

¡Eso que tú dices, no lo dice la lectura!⁷⁶

En la escuela, la lectura ocupa un lugar de privilegio, desde hace muchos años se ha encumbrado como la actividad académica por excelencia y se trabaja arduamente para perpetuar esta idea y formar buenos lectores. Pero, valdría la pena detenernos un poco y contestar a la siguiente pregunta: ¿qué tiene que ver la lectura con la crisis de la educación y con la crisis de la sociedad?

Qué ocurre en la escuela, ¿han fallado los métodos?, ¿los profesores?, ¿los estudiantes?, ¿las instituciones?, ¿las promesas de la formación?, ¿el sistema sociopolítico? Buscamos al culpable para condenarlo, para señalarlo y decirle que por no cumplir correctamente sus obligaciones nos encontramos sumergidos en la "crisis de la lectura" y de la educación. Sin embargo, la respuesta pudiera estar en otra parte y no en la búsqueda de culpables o inocentes. Lejos de hacer una evaluación detenida de la lectura, sus intenciones, sus propósitos, sus usos y funciones, seguimos buscando la solución a un problema que tal vez no hemos planteado bien.

Tradicionalmente, como lo señala Braslavsky, las investigaciones sobre el tema de la educación y la formación del lector "sólo se ha debatido en torno al reducido tema de los métodos de enseñanza"⁷⁷

Gran parte de las actividades escolares tienen algo que ver con la lectura de la palabra escrita; si quisiéramos enumerar las situaciones que tienen que ver con la lectura, esta lista sería muy extensa, pero ahora basta con mencionar los procesos generales que refieren a su presencia; en la escuela se aprende a leer y se lee para aprender.

No cabe duda de que la lectura tiene una importancia incuestionable, pero la escuela tendría que repensarla, en su esencia y en sus objetivos. De esta forma las preguntas ¿qué es leer? y ¿para qué leer?, no serán preguntas retóricas, sino cuestiones que permitirán ubicar las nuevas necesidades de la escuela, las formas alternas de cono-

⁷⁶ JTG.II, 1996.

⁷⁷ Braslavsky, *op cit.*, p. 14.

cimiento y las cambiantes exigencias del mundo social actual. En este sentido, no es ocioso señalar que la escuela que tenemos hoy en día es producto de necesidades, contradicciones y promesas. La sociedad requiere un modelo de escuela que difunda sus principales ideas, sus aspiraciones y sus temores.

De la lectura se han dicho muchas cosas, la mayoría de ellas buenas, y si hay problemas pareciera que la falla está en que los sujetos no se hacen buenos lectores, no en los procesos de lectura. Todo indica que los individuos se alejan de la lectura y se hace difícil ponerlos ante la evidencia del placer de su ejercicio. Pero pensando un poco sobre estos retos, quizá el problema pudiera estar también en su principal propagandista: la escuela. No existe otro lugar en la sociedad donde la lectura tenga tal hegemonía.

En la escuela, sea básica, media o superior, el aprendizaje de la lectura es requerimiento necesario para cualquier tipo de aprendizaje, sea de la lengua, de matemáticas, de ciencias naturales, sociales, etcétera; es más, en los primeros grados de la educación primaria muchas de las actividades se centran en “enseñar” a leer y escribir. Pero a pesar de este énfasis educativo, todo indica que la crisis lectora y educativa persiste.

En 1993 la SEP basó la propuesta curricular de la educación primaria en esta idea de crisis educativa, de esta forma podemos leer:

En diversos ámbitos de la sociedad y en muchos maestros y padres de familia existe preocupación en torno a la capacidad de nuestras escuelas para cumplir estas nuevas tareas. Las inquietudes se refieren a cuestiones fundamentales en la formación de los niños y los jóvenes: *la comprensión de la lectura y los hábitos de leer y buscar información, la capacidad de expresión oral y escrita*, la adquisición del conocimiento matemático y de la destreza para aplicarlo, el conocimiento elemental de la historia y la geografía de México, el aprecio y la práctica de valores en la vida personal y la convivencia social.⁷⁸

⁷⁸ SEP. *Plan y Programa de estudio 1993*, p. 10 (el cursivo es mío).

Si ése era el problema, la respuesta fue directa:

1.- Adquieran y desarrollen las habilidade intelectuales (*la lectura y la escritura, la expresión oral, la búsqueda y selección de la información, la aplicación de las matemáticas a la realidad*) que les permitan aprender permanentemente y con independencia, así como actuar con eficacia e iniciativa en las cuestiones prácticas de la vida cotidiana.⁷⁹

A partir de este punto, la lectura se vuelve a instaurar como actividad hegemónica, posteriormente se continúa su aprendizaje, se perfecciona, se aprenden otras técnicas, se busca promover la lectura por placer y se lee por obligación, prácticamente no existen conocimientos que se den en la escuela sin el concurso de esta actividad.

Además, no solamente se habla de la presencia de la lectura desde la óptica del conocimiento, en las universidades la lectura se encuentra presente en una amplia gama de acciones y lugares. La producción escrita y los actos de lectura están presentes en todos los ámbitos universitarios: en lo *administrativo, logístico y académico*.

Al señalar la naturaleza *administrativa* de la producción escrita, se apunta que la organización de una institución educativa es posible en la medida de la participación de un grupo de personas que se dediquen a la organización, coordinación y representación oficial. Estas personas ejercen funciones que implican un uso determinado del material escrito, pues la producción y circulación de textos se convierte en necesidad de cualquier institución. De esta forma, en la universidad se leen *circulares, oficios, kárdex, actas, informes, comunicados, memos* y otros documentos que cumplen los propósitos de organizar y mantener informados a los diferentes sectores universitarios.

Otro tipo de material escrito que puede interpretarse en la universidad es aquel que está destinado a cumplir funciones *logísticas*. Esta clasificación hace referencia a los textos escritos que “parece que adornan el inmueble universitario”, pero que su importancia está dada en la lectura que implica su presencia. Algunos ejemplos pueden ser las series de señales que indican: *baños, salones, oficinas, rectoría, coordinación, biblioteca, auditorio, circulación, zona de seguridad,*

⁷⁹ *Ibid.*, p. 13.

no fumar, silencio, además de una gran cantidad de volantes, desplegados, convocatorias, invitaciones y otros textos que indican, informan, explican o señalan.

Por otra parte, el aspecto *académico* refiere a la dimensión de la vida universitaria en donde la lectura se instaure como una actividad relevante. Es por medio de la producción escrita y su interpretación a partir de la lectura que se sustentan muchas de las actividades de formación.

A partir de la lectura, se preparan clases, se inicia el camino hacia el conocimiento, se conocen otros pensamientos, se consultan otras obras, se enseña y se aprende.

Los esfuerzos de la educación para la formación de sujetos lectores son continuados por las instituciones de educación superior. Pero, desde un inicio, el camino para hacer lectores no es fácil, existen múltiples trabas para lograrlo y así los problemas van en aumento; los alumnos no aprenden rápido, no lo hacen bien, no comprenden lo que leen y no les gusta hacerlo. Posteriormente, el problema persiste dentro y fuera de la escuela, los alumnos no leen, buscan no hacerlo, es más, evaden la lectura. ¿Qué ocurre?, ¿si la escuela pone tanto énfasis en las actividades de aprendizaje de la lectura por qué surgen tantos conflictos?, ¿por qué no se lee bien?, ¿por qué una vez terminado algún ciclo escolar la gente lee menos o definitivamente ya no lee?

Para plantear procesos de formación que enfrenten estos problemas de la educación se hace necesario conocer las prácticas reales de trabajo, recreación y vida cotidiana de los profesores y estudiantes, de sus ideas y de sus expectativas. Esto nos permite partir de situaciones concretas y no de modelos que sólo responden a reflexiones alejadas de los problemas diarios. De la misma manera permitirá resignificar acciones educativas que se hallan obscurecidas por la rutina y la repetición que el trabajo diario pudiera generar.

Hoy en día la educación escolarizada se ha convertido en un artículo de consumo, posee valor simbólico y valor de cambio. Asistir a la escuela da prestigio social y abre las oportunidades al trabajo y a la cultura, pues la sociedad funciona en términos de documentos oficiales y de conocimientos cada vez más especializados. Por otro lado, la educación se ha convertido en los últimos años en una mercancía difícil de pagar para personas con escasos recursos. Pese a la política educativa

popular o a la democratización de la educación, como lo fue en el pasado, asistir a las aulas es un asunto de estatus social y poder económico.

Ahora como nunca se hacen evidentes los puntos de articulación entre escuela y aparato productivo. Si en algún momento se pensó en la educación "en abstracto", como un artículo accesorio, algo que se hace o cultiva "por placer", la realidad actual muestra fríamente que las personas invierten dinero en la formación escolar, como quien invierte en instrumentos financieros.

Inserta en este contexto, la educación superior también participa de esta situación, pero su papel reviste una singularidad especial en la medida que es la "antesala oficial" de la actividad laboral. Los jóvenes estudiantes confían en que al egresar, los conocimientos y los títulos puedan servir para desarrollar las actividades laborales para las cuales fueron formados. Poco a poco la sociedad ha conferido a las instituciones de educación superior la función de preparar a los nuevos profesionales, de acuerdo con las necesidades que históricamente se presentan.

A pesar de los grandes esfuerzos de las universidades públicas y de los subsidios estatales, recibir la educación superior cuesta importantes cantidades de dinero. Los estudiantes invierten en transportes, alimentación, libros y otros artículos escolares para sortear las actividades académicas que la universidad les impone, pero esto no es todo, más bien es apenas el inicio del problema. Cada vez es mayor el número de instituciones que brindan educación superior privada, lo cual ocasiona sobrevaloraciones culturales y económicas que la vuelven prácticamente inalcanzable para la mayoría de la población.

La importancia de la educación se ha descentrado de su esencia social y se ha instalado en conceptos como calidad y excelencia. Aspectos de los cuales se duda que las instituciones públicas posean, y por el contrario se piensa que las privadas pueden ofrecer. Cada vez crece más la idea de que la educación privada "es mejor" que la pública.

Cada día son más las personas que buscan inscribir a sus hijos en universidades privadas, persiguiendo una mayor "calidad" en los servicios educativos.

La tendencia a la privatización de la educación superior implica prestigio social por asistir a instituciones privadas y, por lo tanto,

mayores oportunidades en el mercado laboral. Cuestiones que no pasan desapercibidas a la hora de tasar las tarifas de las instituciones educativas.

Las escuelas superiores participan de diferente manera en las políticas educativas, en concordancia con las políticas culturales y laborales. Las instituciones forman a los trabajadores de la sociedad, ahora investidos de títulos universitarios.

Una mirada por el tiempo serviría para ubicarnos en el momento en que la educación superior en México se convierte en algo posible para los hijos de los obreros, empleados e incluso para los campesinos.

A partir de los años sesenta la masificación de la educación superior acarrea la aparición de un creciente número de nuevos profesionales, familias de clase baja se enorgullecen, a partir de esta década, de tener en su familia a uno o varios profesionales, ya no más obreros o empleados, ahora las familias adornan su sala con los títulos de sus hijos; la era de los licenciados inicia en México.

Los títulos universitarios inundan el mercado y las paredes familiares, lo antes inalcanzable se convierte en realidad. Familias enteras –y los flamantes licenciados– se ufanan de los esfuerzos invertidos durante años enteros y de los frutos logrados, la educación superior parece cumplir su cometido: servir de vía para la movilidad social, aunque cualitativamente hablando esto sea sólo para unos cuantos.

Si bien es cierto que en la década de los noventa esta tendencia se mantiene firme y ejerce su hegemonía sobre la sociedad mexicana, también ocurren procesos y conflictos que hacen evidente la crisis y el agotamiento de la propuesta escolar: la imposibilidad de matricular a todos los solicitantes, el alto costo de los servicios educativos, el elevado índice de desempleados –con o sin título universitario–, el desfase de lo aprendido en las aulas con la realidad social, la privatización de la educación superior y, con esto, la sobrevaloración de la educación “pagada”, entre otras situaciones, son indicadores de los problemas que este modelo socioeducativo presenta.

Los vínculos entre universidad y mercado laboral son cada vez más claros, los estudiantes “eligen” las carreras en las que hay posibilidad de trabajar, las instituciones reforman o modifican sus planes de estudio para “ponerse al día”, además de que constantemente apare-

cen "nuevas" carreras. La especialización de conocimientos, y laboral, hace florecer el mercado de los posgrados; cursos, especializaciones, diplomados, maestrías, doctorados y posdoctorados aparecen todos los días, los periódicos los anuncian en sus páginas como cualquier otra mercancía, y la demanda es más que interesante. Ya no nos conformamos con ser licenciados, queremos ser maestros o doctores, por ahora...

En este proceso de ultraespecialización no sólo se busca el factor económico, también se presenta la perspectiva subjetiva, el valor de llegar a la cúspide de la pirámide, de acercarse cada vez más a los conocimientos y de desarrollarse como seres humanos.

Si nos planteamos el reto de explicar qué pasa en las últimas décadas del siglo xx con la búsqueda y ostentación de un título universitario, no sólo como aspiración individual y ubicado en el marco de la obtención de conocimiento, sino como tendencia hegemónica educativa, cultural y laboral, encontramos que un solo punto de vista no sería suficiente. Es ahí donde las barreras disciplinarias necesitan ser franqueadas y construir una posibilidad interpretativa capaz de acercarnos a este conjunto complejo de relaciones.

En este sentido y hablando de la resignificación de la educación, se vuelve importante reflexionar nuevamente sobre la lectura. Lo que permitirá entenderla como instrumento cognitivo y de la comunicación social, a la vez que se revaloran otras formas y usos de lectura, asignándole relevancia educativa a su presencia cotidiana en la vida social y comunitaria. Esto ha de expresarse más tarde en la búsqueda de otras dimensiones del proceso de lectura, para establecer puntos de encuentro entre el conocimiento promovido a partir de los textos y el conocimiento obtenido a partir de la interpretación de la realidad.

En los años noventa la lectura nos vuelve a recordar la importancia de su presencia educativa, importancia que rebasa lo cognitivo y se instaura como promesa humanística, pero también nos recuerda constantes fracasos, innovaciones trucas y planes frustrados. Valdría la pena preguntarnos: ¿es la lectura una promesa al conocimiento o un problema persistente?

La ciudad de México: un lugar para leer y ser leído

En las ciudades modernas el espacio público por excelencia es la calle, espacio que se produce con la recomposición de los conglomerados sociales, del cambio que se produce al convertirse las villas en ciudades. Esta idea no cita teorías evolutivas de la sociedad como la del *Continuum folk urbano* de Redfield,⁸⁰ lo que planteo es el rompimiento de un orden social por otro nuevo que fue engendrado en el seno mismo del que lo origina, tal como lo señala Berman Marshall en *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire*.⁸¹

Marshall alude a las transformaciones urbanas que la modernidad como proyecto humanístico tiene en ciudades como París, Nueva York y San Petersburgo. A la primera ciudad le corresponde el bulevar, magnificado en los *Campos Elíseos*, a la segunda, la presencia de la autopista, y a la tercera la proporcionalidad y geometría del simétrico trazo urbano.⁸² En estos ejemplos se muestra cómo el hombre moderno ha construido el nuevo escenario de la libertad y la democracia: la calle.

La calle es lo externo al hogar, su contrario, tal vez su negación, pero siempre el complemento necesario de la nueva realidad. La calle no siempre existió como espacio social, pero ahora no podemos imaginar una ciudad sin su presencia. Debemos entender la calle como el espacio vital del hombre moderno, no sólo como "vía de comunicación" o "el lugar de los automóviles", es ahí el espacio de la actividad política, de la lucha social y de socialización de las ideas.

El México que hereda la modernidad europea, hereda también la necesidad de reconfigurar sus espacios urbanos. Las antiguas villas novohispanas adquieren nuevas caras cuando sus torcidos callejones se convierten en rectas calles que dan paso a un nuevo espíritu social, renovador, democratizador y moderno. Ahora las plazas y jardi-

⁸⁰ R. Redfield. Al preguntarse en la obra *El mundo primitivo y sus transformaciones*, sobre el cambio de las sociedades, dice: *Aquí comienza una breve revista de las transformaciones de las sociedades folk [...]. ¿Cómo llegaron a subir hasta rebordes superiores? ¿Cuáles fueron las influencias de personas civilizadas en algunas de ellas que obligaron a ciertas sociedades pre-civilizadas a trasladarse a capas diferentes de las que ocuparon en tiempos precivilizados?*

⁸¹ Cfr. B. Marshall. *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire*.

⁸² *Idem*.

nes comparten la actividad del hombre moderno con las calles y sus diversas expresiones, avenidas, bulevares, cerradas, calzadas, circuitos, periféricos y ejes viales.

De la misma forma que la actividad del hombre moderno ha transitado de los espacios privados a los públicos, la lectura ha acompañado a los hombres en estos cambios. Inicialmente confinada a espacios estrechos y reservados como claustros y universidades decimonónicas, la lectura ahora se encuentra en espacios abiertos como las calles de la ciudad de México.

Merced a lentos y penosos procesos de urbanización de la ciudad y secularización de las instituciones educativas, la dualidad lector-lectura inicia el difícil camino de la democratización del conocimiento.

A finales del siglo xx es común encontrar lectores y portadores de lectura en cada rincón de la ciudad, personas que leen e ideas que esperan pacientemente ser leídas.

Los lectores leen en la calle prácticamente cualquier tipo de material, desde la agenda personal hasta obras en forma de libro, pasando por los diarios. Una misma persona puede dedicarle tiempo a una lectura seria y en otro momento puede abandonarse a la tentación de una revista o un volante; el más intelectual de nuestros hombres lee el diario para estar informado y lee los recados que sus familiares le escriben, además de leer gruesos tomos de obras clásicas. Sin duda que todavía habrá quien piensa que estas últimas sí son lectura, y los primeros no.

Un lector lo es cuando lee algo, y ese algo en la ciudad parece que lo espera agazapado en rincones y lugares públicos o abiertamente en espacios destinados para tal fin, como los multicolores puestos de revistas, en los postes, las casetas telefónicas y las bardas desnudas. Si observamos detenidamente cada uno de estos lugares encontramos que contienen ideas expresadas a través de la palabra escrita. Ideas escritas por otros hombres.

La lectura no es pertenencia exclusiva de las instituciones educativas, la sociedad la recrea cuando sus miembros la ejercen en cada uno de los espacios por los que transita. De esta forma, el hombre de la ciudad de México sabe de la importancia de leer y desarrolla acciones de lectura.

El hombre de quien hablamos no es uno en la calle y otro en el salón de clases, es un hombre que se distingue de los demás por desarrollar la lectura; puede estar en un aula universitaria o en un vagón del metro

puede ser el mismo, la manera de identificarlo es por el ejercicio de la actividad lectora; antes que nada nuestro hombre es un lector.

Entender a este hombre nos lleva por diversos espacios ciudadanos, fundamentalmente nos lleva a seguir sus pasos por la universidad y por las calles de la ciudad de México. Este caminar nos hará recorrer bibliotecas, cafeterías, parques, transportes públicos y calles, y nos mostrará a lectores que hacen de la lectura parte importante de su vida diaria.

La ciudad de México ha sido objeto de reflexión constante, desde su origen, desarrollo y actualidad. A partir de posiciones de análisis diversas, científicos sociales han incursionado en la búsqueda de explicaciones que nos permitan entender la complejidad de la ciudad más poblada del planeta.

Esta ciudad ha crecido tanto en los últimos años que es claro pensar que cualquier estudio que se desarrolle solamente nos permitirá acercarnos de manera parcial a alguna de sus múltiples caras. Esta especie de imán que atrae a más y más gente, también provoca que los más diversos especialistas sociales se acerquen a estudiar algún aspecto de los que se presentan cotidianamente en los espacios urbanos.

Los especialistas en la educación y la cultura no han sido la excepción, desde perspectivas históricas, demográficas, comunicativas, étnicas o políticas los trabajos han aparecido constantemente a lo largo de la vida misma de la ciudad. Algunos temas que dan muestra de ello son: lo urbano, la marginalidad, los barrios, las ciudades perdidas, el centralismo político, el impacto social de los currículos, el fracaso escolar, etcétera. Al buscar respuestas para cómo *narrar la multiculturalidad* en espacios urbanos, García Canclini dice:

Las grandes ciudades desgarradas por crecimientos erráticos y una multiculturalidad conflictiva son el escenario en que mejor se exhibe la declinación de los metarrelatos históricos, de las utopías que imaginaron un desarrollo humano ascendente y cohesionado a través del tiempo. Aun en las urbes cargadas del pasado, como la capital mexicana, el agobio del presente y la perplejidad ante lo incontrolable del porvenir reducen las experiencias temporales y privilegian las conexiones simultáneas en el espacio [...] ⁸³

⁸³ N. García Canclini. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, p. 100.

Sucedan dos cosas que hacen cambiar la mirada con respecto a la ciudad. La primera, la ciudad se desarrolla a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta; de un ya de por sí gran asentamiento humano se convierte en una megaciudad con enormes dimensiones físicas, con necesidad de servicios y la existencia de problemas de todo orden. En ella lo socioeducativo presenta una recomposición impactante, convirtiendo el espacio urbano en la confluencia de culturas, ideas y prácticas, que lejos de ser “devoradas” por el “monstruo urbano” adquieren dimensiones nunca antes vistas. Y la segunda, los nuevos caminos teóricos y metodológicos de la teoría social, que replantean la forma de mirar la cuestión urbana. Surgen nuevas perspectivas de interpretación que indagan de diversas maneras en los espacios urbanos para ofrecer otras miradas y otros problemas.

La cultura urbana deja de ser pensada como una unidad y se empieza a explicar a partir de la perspectiva de la diversidad y la multiculturalidad; de la misma forma las comunicaciones, la globalización mundial y la interculturalidad empiezan a ser premisas importantes que marcan esos nuevos rumbos

De esta forma, la ciudad de México se presenta en la actualidad como un hiperespacio cultural en el cual se dan cita grupos e individuos con ideas, filiaciones étnicas, creencias y anhelos tan diversos que muchas veces son francamente contradictorios. Sin embargo y a veces en directa oposición, se presentan situaciones con una profunda raíz histórica que hacen pensar sobre los significados de la modernidad urbana y mundial. Nuevamente es García Canclini quien al respecto señala:

[...] Como tantas otras grandes ciudades, la de México contiene lenguas indígenas de casi todo el país, cuyos hablantes migraron hacia la capital: mixtecos venidos de Oaxaca, purépechas de Michoacán, nahuas de Guerrero y veinte etnias más. También el inglés, el francés y el alemán, el español con acento chileno, argentino y centroamericano [...]⁸⁴

Si en la cita anterior se pone énfasis en la lengua de los hablantes, la cuestión no para ahí, pues además del hecho lingüístico los hombres

⁸⁴ *Ibid.*, p. 98.

y los grupos son portadores de costumbres, tradiciones, ideas y prácticas sociales.

Un aspecto que quizá pueda sintetizar lo dicho anteriormente es el educativo, pues tal vez no exista ámbito tan contradictorio como éste, donde modernidad y tradiciones conviven en un constante estira y afloja.

La educación de los años noventa también comparte espacios físicos y simbólicos en esta gran urbe metropolitana, pues ha superado tanto las bardas escolares como las expectativas sociales en la materia. La ciudad y sus calles se han convertido también en escenarios educativos que socializan ideas sobre la vida y su devenir, sobre sus ideales y sobre sus frustraciones.

Pero hablar de "lo educativo" tal vez sea demasiado amplio, habría que definirlo, argumentarlo y documentarlo de una manera tal que se convierta en una empresa con demasiadas pretensiones. De esta manera, la argumentación continúa por el sendero que marca la lectura en la educación.

La lectura ha dejado de ser una preocupación escolar para convertirse en una cuestión social, o tal vez lo fue siempre mas por tradición se había enclaustrado en las aulas escolares; ahora la lectura se sitúa en cada calle, avenida y callejón urbano. La ciudad de México también da cabida a lectores que junto con analfabetos comparten prácticas lectoras que dan lugar a nuevas formas de relacionarse con los materiales escritos. Donde el texto ha dejado de ser una imagen mítica y ritualizada, que poco a poco abandona las formas típicas escolares, mostrando una recomposición en la cual conviven junto a la lectura de libros, grafitis, toda clase de textos publicitarios, modernas formas gráficas y realidades virtuales.

Un punto de partida es ubicar la lectura como una acción que se ejerce cotidianamente, en espacios y tiempos que no remiten a una lógica escolar sino a una vida diaria sujeta a ritmos vertiginosos y a convivencias sociales conflictivas. Este planteamiento no observa un divorcio entre lo escolar y la ciudad, por el contrario, se plantea la existencia de puntos de contacto y la confluencia de un espacio a otro, inicialmente porque quienes asisten a las aulas escolares comparten los espacios urbanos de manera indiferenciada. En ese sentido estudiantes, profesores y trabajadores de la universidad usan

el espacio urbano para realizar lecturas compartiendo los usos y las funciones que permite el material escrito.

¿Qué nuevos significados adquieren los procesos de lectura en una ciudad como la de México?, ¿podemos hablar de la lectura como un proceso que nos permite interpretar la vida moderna urbana?, ¿puede la lectura dejar de ser pensada como signo de “alta cultura” y ubicarse más como una diversidad de actos cotidianos que cumplen funciones diferentes y que se desplazan de lugar a lugar, de parque a parque y de calle a calle?

Preguntas como las anteriores sirven de guía para iniciar el recorrido por las calles de la ciudad de México y las aulas universitarias y encontrarnos con viejos y nuevos textos, con nuevos y viejos lectores urbanos.

En la cotidianidad de las grandes ciudades nos hemos acostumbrado a vivir al lado de símbolos y señales, muchas veces sin advertirlos. Al caminar por las calles, las prisas y las demandas urbanas nos impiden mirar con profundidad y observar que las voces de otros hombres están ahí, esperando encontrarse con nosotros y poder comunicarnos mensajes e ideas. Si nos detenemos un poco y volteamos podemos contemplar a izquierda, derecha, arriba, abajo, en el piso, en la barda, en los monumentos, en los transportes y en casi cualquier objeto, indicios de ideas que han sido expresadas a través de la palabra escrita. La calle se ha convertido en un lugar para escribir y, por lo tanto, en espacio para leer.

En un medio sociocultural como el que genera la ciudad de México, no enfrentar cotidianamente la necesidad de leer algo es prácticamente imposible. La realidad urbana parece estar hecha para escribir en ella y para leer lo escrito. Los lugares más antagónicos a los centros educativos sirven para portar textos y se encuentran a la espera de gente, que de paso y a toda prisa los lean. Si no es ésta la función de lo escrito, de los “escritores urbanos” y de los lectores, cómo explicar para qué sirve anunciar establecimientos, difundir productos, señalar calles, rotular transportes, delimitar dominios callejeros, hacer “pintas”, escribir y pegar carteles, editar periódicos, repartir volantes, etcétera. ¿No será que quienes hacen todo esto, confían en que sí hay gente que los lea, quien los interprete, en fin, quien les asigne significado al realizar actos de interpretación?

Un grupo de gente ocupa la calle, bloqueando el tránsito y arremolinando a los curiosos. Una mujer, como de cuarenta años, pinta palabras en la pared, sin mucha idea de las proporciones, pero con determinación: “compañeros, la vivienda es un derecho”. Las personas que observan siguen detenidamente la escritura (parece que anticipan cada palabra), cuando termina de escribir le pregunto ¿para qué escribe eso?, me mira directo y responde: Para que todos lo lean.⁸⁵

Leer en la calle parece un planteamiento aventurado, si se toman en cuenta las opiniones de editores e intelectuales que postulan un decaimiento en los hábitos de lectura de la sociedad mexicana. Esto es real sólo si pensamos que la lectura es única, es decir, si consideramos que la lectura se ajusta a un modelo y se circunscribe a una práctica académica, válida y desarrollada por instituciones educativas y de igual manera la enclaustramos al espacio de las obras serias, científicas o literarias, que formarían lo que llamaría la “alta lectura”. Por otro lado, y por añadidura, desconocemos que existen diversos usos y funciones socio-culturales de la palabra escrita, lo que abriría la posibilidad de pensar que existen otras formas de leer, producto de otras necesidades y otras posibilidades. No pienso que estas formas de leer son equiparables con el primer modelo, ni que una sea superior a otra, sino que una y otras son prácticas reales, diversificadas, tal vez complementarias, pero en todo momento útiles para quien las pone en práctica.

La calle está llena de la palabra escrita, leyendas, nombres, anuncios, protestas y sentimientos, ideas escritas que pueden ser anónimas, pero que la mayoría de las veces nos remiten a un autor que quiere que al caminar o manejar nuestro automóvil, también leamos.

Un día después del asesinato del entonces candidato del PRI a la presidencia, Luis Donald Colosio, en la base de la moderna estatua del Caballito, frente al edificio de la Lotería Nacional, con letras negras y caligrafía difusa, se puede leer: fue Salinas. No dice nada más, pero comparte en mucho la vox pópuli.⁸⁶

Es necesario marcar ciertas diferencias, la lectura no es única; en la escuela se lee para ciertas cosas y en la calle la lectura adquiere otras

⁸⁵ JTG, O, 96.

⁸⁶ *Ibid.*

dimensiones. La lectura de la calle es de otro tipo, responde a otra lógica y a otras necesidades, no se parece a la lectura escolar (de mayor cuidado y atención), más bien es rápida, impactante y casi automática. El vértigo urbano así lo demanda, no podemos permanecer en un cruce de semáforo por mucho tiempo, así que los signos y señales son interpretados (leídos) a velocidades sorprendentes. Sin embargo, la velocidad no es obstáculo para poder diferenciar los distintos tipos de escritura, de ideas y de voces.

Si pensamos en lo que cotidianamente miramos en las calles, encontraremos voces pintadas en las paredes, "filosofías" en las defensas de los camiones, consejos prácticos en transportes y negocios, seductoras promesas de posesión en los anuncios comerciales, consignas políticas, acusaciones a funcionarios considerados corruptos, indicaciones de tránsito, solicitudes de personal y de trabajo, hasta recados de amor..., y todo esto cumpliendo un papel activo que busca impactar a las personas y los convierte en lectores callejeros.

Algunas veces pensamos en todos estos textos desde una perspectiva pasiva, es decir, que ahí están casi como adorno urbano sin una función en la interacción social; pero no es así, por el contrario, su dinamismo expresa los cambios sociales y la renovación de las ideas. Para poder explicarnos la dinámica de la palabra escrita callejera, tendríamos que pensar en que detrás de cada anuncio, leyenda y pintura callejera hay una persona que quiere comunicar algo, que busca impactar a la gente que transita en la ciudad.

La ciudad no está decorada con la palabra escrita. Los escritores callejeros usan los espacios urbanos para expresarse en busca de otras personas que interpreten sus mensajes, escriben en busca de lectores y los encuentran. En el transporte colectivo se puede leer: *La bajada es por atrás, Niños mayores de cinco años pagan, Tarifa de precios, Por su beneficio lea este aviso*, etcétera. En las calles: *No busque más, aquí es...*, *Demuestre su cultura, no arroje basura*, y en alguna pared de baño: *Xóchitl, te quiero, pero nunca te voy a hablar*.

Esta relación entre quien escribe y los posibles lectores expresa el dinamismo social, relación que busca adecuarse a las cambiantes necesidades y las posibilidades emergentes. Sólo con esta posición podemos entender cómo los mensajes cambian, son renovados o nuevamente escritos cuando se les intenta borrar. Los vendedores modifican su publi-

ciudad, las señales y nombres de la calle cambian, las demandas de los grupos son satisfechas y los “dueños de las calles” se hacen adultos y ya no participan con sus pandillas, ante esto, es necesario la modificación de lo escrito. Al enfrentarnos a este tipo de texto reconocemos inmediatamente que antes no estaba ahí, que es un texto emergente, pero que no sólo adorna o afea el entorno sino que su presencia es necesaria, pues expresa nuevas formas de relación sociocultural.

La dinámica y emergencia de los textos se explica cuando pensamos en los autores y en los posibles lectores. Para esto tendríamos que contestarnos algunas interrogantes: ¿quién los escribe?, ¿para qué los escribe?, ¿por qué escoge determinado lugar, y no otro?, ¿a quién está dirigido?, y en general ¿quién lo lee?

Por lo regular estos textos rompen con los cánones, normas y reglas, no están escritos con “buena ortografía”, sus formas gráficas no son homogéneas, incluyen “malas palabras”, muchas producciones son anónimas o se adjudican a grupos más bien difusos, se escriben en lugares poco ortodoxos como un poste, una banqueta, un paso subterráneo, sobre otros anuncios, en monumentos, edificios, baños y hasta en la mugre. En la ciudad los textos están ahí y ahí los leemos.

La lectura y sus procesos se han vuelto procedimientos insustituibles en la educación escolarizada. Su aprendizaje y posterior uso son conocimientos incuestionables para cualquier persona, nadie se atrevería a dudar de su utilidad y relevancia. Pero esto, que se ha convertido en sentido común, requiere volverlo a pensar, pero ahora desde otros parámetros que no la sobrevaloren y la vuelvan de uso exclusivo de la escuela, divorciándola de la realidad

En la cotidianidad de la vida urbana, incluso los analfabetos reconocen la presencia e importancia de lo escrito, intuyen que “eso” dice algo, pero no dominan plenamente la forma de acceder a este conocimiento.

Tal es el caso de una señora analfabeta, que sabe identificar perfectamente el rótulo del camión que la lleva de ida y vuelta, de su casa al mercado Sonora (Santa Clara-Gallito), donde vende “hojas de pirul”, nunca se pierde, ni toma el camión equivocado, a pesar de hacer el recorrido sola.⁸⁷

⁸⁷ JTG O, 1995.

Niños, adultos, estudiantes universitarios, profesores y “gente común” interpretan textos, dentro y fuera de las instituciones educativas por una sencilla razón: la sociedad les ha dado carácter de conocimiento válido y aplicable, no solamente en las aulas, sino fundamentalmente en todas las actividades socioculturales. Pero la sociedad confía en la escuela para iniciar y desarrollar formalmente ahí este conocimiento, pero confiar en la escuela no quiere decir que sólo ahí se deba leer, a final de cuentas ese conocimiento, como cualquier otro, se ha de usar en la vida cotidiana, de lo contrario corre el riesgo de convertirse en instrumento de la diferencia social, ejercicio metacognitivo, y lo más grave —y que está sucediendo—, en elemento de control ideológico.

Mucho se habla del divorcio que existe entre lo que se enseña y la demanda de la vida cotidiana, y creemos que esto mismo sucede con el proceso de lectura. Se ha convertido en actividad académica por excelencia y posee carácter de hegemonía, leer textos y “hacer trabajos finales” articulan la actividad académica de la educación superior.

La universidad y las calles de la ciudad de México están unidas por los pasos del lector, pasos que ponen en diferentes escenarios a personas y materiales de lectura.

En los años noventa del siglo xx, la ciudad y sus calles son el escenario donde cada día nos abandonamos al intento de encontrar sentido a una realidad o a un texto escrito.

Los pasos del lector

¿Quién es lector en la ciudad de México? Lejos de proponer un perfil ideal de lo que debería ser un lector prototípico, que contenga una serie de características derivadas de habilidades técnicas y preferencias académicas, lo que a continuación se expresan son las condiciones reales de los sujetos lectores.

En un contexto tan amplio como la ciudad, no es posible señalar diferenciadamente a los lectores de los no lectores, los alfabetizados y los no alfabetizados. Eso tal vez pueda realizarse de manera estadística, pero no de manera empírica.

En la ciudad de México la lectura se vuelve una práctica social, que junto con otras muchas conforman un complejo conjunto, que podría-

mos señalar como forma de vida urbana o moderna. En donde todos los participantes de este espacio comparten la lectura, pero se apropian de ella de maneras diferenciadas.

En ese sentido encontramos que en el espacio urbano coexisten lectores diestros y lectores incipientes, lectores consumados y no lectores, pero que ante todo son personas que establecen una relación con el material escrito; junto a estudiantes de universidades encontramos una amplia gama de personas: vendedores, desempleados, taxistas, policías o simples transeúntes ocasionales.

Así como la universidad posee una carga conceptual que remite a la producción y socialización del conocimiento, la figura del universitario se encuentra revestida de un halo de sujeto cognoscente, estudioso, inteligente, lector.

Lector por obligación o por convicción, pero lector al fin. Tal vez la imagen más identificada del lector la expresen mejor las ideas que señalan: *siempre con sus libros bajo el brazo*, o *es muy estudioso*, *siempre cargando libros*, y esta imagen circula por la ciudad y se personifica en quien carga y lee libros. Circula porque las personas la hacen circular, en sus hábitos lingüísticos y en sus prácticas lectoras. Al caminar, el lector universitario recorre los espacios y lleva la lectura de las universidades a los espacios callejeros.

Los parques, los consultorios y el vagón del metro pueden ser ejemplos de espacios de lectura en esta ciudad, espacios ocupados por lectores o por personas que leen una o más cosas, nunca con el mismo propósito ni con la misma intensidad; la lectura de Hegel o Cervantes no se puede comparar con la revista *Vanidades* o el periódico *La Jornada*, responden a necesidades y motivaciones diferentes. Un mismo lector puede realizarlas, en lugares y momentos distintos. Se puede leer a un filósofo como Hegel en la "intimidad" de un vagón del metro, de la misma forma que se lee *La Jornada* en el trabajo o en la sala de la casa.

Se podría decir que yo hice mi maestría en el metro. Porque de la universidad a mi casa siempre leía el material que se nos pedía.⁸⁸

⁸⁸ JTG E, 1995.

Palabras como las anteriores se escuchan cada vez con mayor frecuencia entre gente estudiosa, y es que desplazarse por la ciudad implica tiempo y espacio. Mucho espacio por recorrer y por lo mismo mucho tiempo "perdido", o "ganado", como se quiera ver.

Aunque se hacen esfuerzos por ubicar a los estudiantes universitarios en el plantel más cercano a su domicilio, lo cierto es que muchos de ellos tienen que hacer grandes desplazamientos; gente que viaja de Ciudad Nezahualcóyotl a Ciudad Universitaria, de Tacubaya al Politécnico, de Portales a la ENEP Aragón o de Indios Verdes a la UPN.

El metro de la ciudad de México es un espacio *sui generis*, tumultuoso, asfixiante y vertiginoso, pero también es un espacio íntimo, o tal vez todo lo anterior provoque el retraimiento de los individuos. Ensimismados, muchos de los pasajeros optan por concentrar la mirada en algo que no sea la cara de enfrente, los anuncios comerciales, periódicos, revistas, copias, libros, etcétera, son materiales constantes en cada vagón.

En el metro es común observar lectores y lecturas; personas que suben e inmediatamente desdoblán un periódico para leerlo, encuentren asiento o no, en medio de la gente inician la interpretación de textos e imágenes; personas que buscan sentarse para estar cómodas y dar inicio a largas jornadas de lectura, toda la ruta en ocasiones; personas que sin material en las manos buscan leer y lo encuentran en el vecino, quien apenado no se atreve a cerrar su material para no convidar a los otros, aunque la tentación sea muy grande.

Una ruta que puede ser muy representativa de este proceso resulta ser la de Indios Verdes a Universidad. Muchos universitarios utilizan este medio de transporte o se enlazan a él, para de esta manera confluir todos en las dos últimas estaciones, o a la inversa. Universidad y Copilco son dos estaciones abordadas por grandes cantidades de estudiantes universitarios, que apenas suben inician procesos de lectura. Conforme el tren avanza en el largo túnel y llega a nuevas estaciones, los nuevos pasajeros se integran a este panorama, leyendo o no; algunos bajan, otros suben, el vagón se llena y los lectores se integran en una composición que expresa de manera indiferenciada a los lectores universitarios, los lectores de revistas y periódicos, los lectores furtivos y los que aparentemente no les interesa en lo más mínimo lo que ocurre en este medio de transporte.

A medida que el tren subterráneo avanza los ojos buscan dónde posarse, los anuncios comerciales son un buen pretexto para desviar la mirada y no encontrarse con la de otra persona; quienes van preparados sacan su lectura y se disponen a perderse en los textos: *El libro vaquero*, el *Esto*, el *Teleguía*, *La Jornada*, *La Prensa*, etcétera, son materiales que saltan a la vista y se integran a los anuncios y a los libros que personas con apariencia de estudiantes revisan, además de las infaltables copias fotostáticas. El panorama es diverso y multicolor. Algunos materiales son serios, otros no tanto, pero todos funcionan para poner en juego la lectura.

Además de todo esto es necesario señalar a los inconformes, revolucionarios, trabajadores en hueiga o promotores de luchas sociales que incansablemente inundan los vagones con sus panfletos de un cuarto de hoja; los volantes, materiales que contienen ideas revolucionarias, crítica social e informaciones silenciadas, que si no fuera por este medio nunca circularían. El metro permite esa clandestinidad abierta, esa rara situación de permitir todo y no decir nada, con tal de no inmiscuirse en la vida de los otros. El vocero de Antorcha Campesina, de la huelga del Monte de Piedad, de la UNAM y de tantas instituciones o empresas con conflictos laborales encuentran en el vagón el sitio ideal para repartir materiales escritos con sus demandas e ideas, buscan al pueblo y lo encuentran amalgamado, expectante y listo para oír y leer sus voces y escritos.

Aquí la lectura juega funciones diferentes, el vagón del metro se asemeja a un gran *coctel cultural*, si se me permite la expresión; hombres, mujeres, niños, ancianos, estudiantes, policías, vendedores y otros sujetos difícilmente clasificables, comparten el espacio del subterráneo y comparten la lectura; quienes leen la ponen en práctica, quienes no, son testigos del juego. El juego de la lectura los hace partícipes, unos como ejecutantes, los demás como espectadores, pero todos juntos hacen posible su recreación.

De esta manera, el vagón del metro puede ser pensado como un fragmento de realidad, circular, íntegro, totalizador y totalizante; contiene sujetos y objetos, material escrito y personas, lecturas y lectores. Y el juego de la lectura les da sentido y significado.

Toda persona, al leer o al ser testigo de un acto de lectura, juega el juego de la lectura y es jugado por él.

El tren se pierde por los laberintos interiores de la gran ciudad, llevando su carga de lectura y lectores; a cada estación que arriba se desprende de parte de su carga, depositándola en las calles de la ciudad. De la universidad a las calles, los pasos del lector ponen en nuevos escenarios los actos de lectura.

Otro de esos escenarios ciudadanos es el parque, cualquier parque, la vegetación, la sombra que producen los árboles, las bancas y el césped componen algunos oasis en el árido paisaje urbano. Un pequeño respiro para tomar un refresco, un bocadillo, descansar y entre una y otra cosa leer algo.

Los pasos del lector se detienen en los parques para dar continuidad a la actividad de leer. Los materiales preferidos por estos lectores son diarios: *La Prensa*, *El Universal*, *La Jornada*, *Ovaciones*; revistas: *Vanidades*, *Tú*, *Proceso*; cómics: *Disney*, *Los Simpsons*; libros de muy diversos temas y hojas, que pueden ser sueltas o encuadernadas mediante algún procedimiento sencillo.

En los parques las personas leen con aparente calma, sin prisas, mientras muerden una torta o fuman, también hay quien se recuesta en el césped, cuando se puede, para relajarse y poder revisar su material de lectura. En medio de la prisa ciudadana se puede respirar una cierta calma, mezcla de desenfado y aburrimiento. Por los andadores es posible observar en las personas que caminan material impreso como el que ya señalé. Sus pasos llevan rumbos desconocidos, pero en sus manos la inconfundible presencia del material escrito, en espera de un tiempo para poder leer, pero los hay incluso quienes lo hacen mientras caminan. La mirada atenta al texto y al camino, tal es la habilidad que el hombre moderno es capaz de desarrollar.

El tiempo que se le dedica a la lectura en los parques no es mucho, responde a una multitud de circunstancias; la hora de comer de los trabajadores, la "boleada", un pequeño descanso, el encuentro esperado, el sueño o la vuelta al remolino de la vida urbana.

La lectura en este espacio depende en mucho de alguna de estas circunstancias, pero se puede caracterizar por su rapidez, alternancia y simplicidad. Los factores que intervienen son: el tiempo, la actividad, la presencia de otras personas y el material de lectura.

La rapidez está dada por la situación en la que participa el lector, puede estar sólo o acompañado, comiendo o tomando alguna bebida,

sentado, parado o recostado, esperando a alguien o bien disponer de mucho tiempo. La rapidez no está dada solamente por el tiempo, sino por la relación que se establece entre el lector y el texto, muchas veces son alternancias entre el paisaje y el material, miradas furtivas, aparente relajamiento en la concentración.

Una persona lee un libro sentado en una banca de la Alameda Central, observa detenidamente el contenido, algunos segundos, tal vez un minuto, de repente voltea y mira a su alrededor, respira, se acomoda en su asiento y vuelve a mirar su libro. Hace esto repetidas veces, siempre son lapsos muy cortos entre mirar el contexto y leer su libro.⁸⁹

Este vértigo de la lectura se acompaña de la alternancia, que se refiere a la realización de dos o más actividades: leer y comer, leer y platicar, leer y escuchar música, leer y caminar, leer y observar a otras personas, etcétera. La actividad de leer es siempre acompañada de otra, aparentemente sin relación.

Por su parte, la simplicidad refiere al desenfado y aparente falta de respeto del lector, con respecto a lo leído. La lectura aquí no implica "el rescate profundo del sentido", ni siquiera la "pose" de lector consumado. La lectura se expresa en sencillos y efímeros momentos de soslayo, de profundos respiros y miradas que buscan entre el paisaje algo poco definido, puede ser cualquier cosa. Del mismo modo, la simplicidad de estas acciones despoja a la lectura de su carácter intelectual, sacro o mítico, el lector de la ciudad reduce la lectura a su carácter más simple y lúdico.

Una persona se sienta en una banca del parque, trae algunas cosas entre las manos, de las que destacan un periódico, hojas sueltas y unos libros. Los pone a su lado, se acomoda en su asiento y toma el periódico, lo hojea con displicencia y mira toda la extensión de la página seleccionada, de aquí para allá, de arriba abajo y posteriormente cambia de hoja. A los pocos minutos de hacer esta acción deja el periódico y toma un libro; lo mira por todos lados, lo abre y luego lo cierra. Mira a su alrededor y nuevamente toma el periódico.⁹⁰

⁸⁹ JTG O, 1995.

⁹⁰ *Idem.*

Para un tipo de lector como éste, el libro, el periódico y el entorno parecen tener la misma importancia. Todos estos materiales de lectura están allí, en ese momento y en ese lugar, la decisión es de él, pero: ¿por qué conformarse con una cosa cuando puede probar de todo?

El destino final de los lectores no es un parque, sus pasos solamente han tomado un respiro, un descanso para proseguir. Las rutas son múltiples e inesperadas, ¿un cine, tal vez?, ¿la casa?, ¿la oficina?, ¿la fábrica?, ¿el consultorio?, ¿la escuela? Tantos son los rumbos como tantos son los lectores, pero los senderos que los guían son los caminos del hombre moderno: las calles.

La calle conduce a nuestros lectores a cada uno de sus destinos, es más, la calle es en sí mismo un destino. Es ahí mismo donde la lectura urbana se pone en juego, es lugar y espacio del lector de ciudad.

Las calles sitúan a los lectores en escenarios más privados por su capacidad, pero igualmente públicos, tal es el caso de las salas de espera. Los consultorios pueden ser el prototipo de la espera, ahí los pasos del lector se detienen largos ratos, horas interminables antes de ser atendidos. Pero si la paciencia no es virtud que practique el hombre moderno, la lectura se convierte en un escape de esta claustrofóbica espera.

Una sala de espera de apenas cuatro por cuatro, es el lugar que contiene un escritorio, sillones pegados a las paredes, una mesa al centro y dos laterales, mismas que contienen revistas. Una recepcionista atiende el teléfono y anota en una libreta a las personas (pacientes) conforme van llegando. En los sillones se pueden observar hasta ocho personas adultas y entre tres a cinco niños pequeños.⁹¹

Las dificultades de la medicina social y la libre empresa han permitido la proliferación de los consultorios particulares, a los cuales acuden las personas con mayores posibilidades económicas o bien trabajadores asalariados que desconfían de las instituciones gubernamentales y hacen esfuerzos por pagar la atención privada. Todo parece indicar que la atención privada es un éxito, puesto que en la mayoría de los

⁹¹ *Ibid.*

casos los consultorios se encuentran llenos de pacientes, que con calma y orden inusitado esperan por largos minutos su turno de atención.

Apenas llegan, y una vez que se han registrado, sus ojos y el resto de su cuerpo buscan un lugar, y apenas lo encuentran inmediatamente buscan un material de lectura. Aquí podemos encontrar: revistas de modas, de artistas, médicas, boletines, propaganda médica y diarios.

Este lugar, que contiene la dinámica propia del hombre moderno invita a la inmovilidad, cerca a las personas a su porción de sillón que le tocó, impide el movimiento y lejos de propiciar el encuentro interpersonal, provoca el ensimismamiento. Obviamente, este proceso es roto cuando el paciente se acompaña de algún familiar, pero cuando no es así el silencio, el lugar, las preocupaciones de la salud y la presencia de los otros invitan a leer.

Dentro de la multiplicidad de espacios de lectura, el hombre moderno ha construido otros, el metro, el parque y las salas de espera son sólo algunos ejemplos, pero también lo pueden ser los camiones, colectivos, taxis, autos particulares, banquetas, plazas, monumentos y cualquier lugar en la que un lector se pueda aislar de la mirada de millones de ojos.

La lectura en la calle

La vida moderna se caracteriza por el vértigo, la rapidez, la sinrazón y el desencanto, los minutos y los días pasan sin que nadie pueda hacer nada por detenerlos, parece que aplastan a los hombres, y lo peor es que cada uno se parece al anterior. Como si fueran producidos por una de esas modernas máquinas fotocopadoras, capaces de multiplicar un original al infinito. Copia y original unidos por la repetición.

Los hombres modernos experimentan esas sensaciones, incapaces de tomar un día para el gozo individual, tal parece que cuando más se espera un día, más rápido se agota, se escurre por entre los dedos y se refugia en la memoria para no ser olvidado.

En el México de nuestros días, hombres y lecturas viven en el centro del cambio y son autores de él. La dinámica social los envuelve en un cúmulo de sensaciones que arrastra y envuelve todo lo que los hombres producen, sensaciones, sentimientos e ideas. Lo escrito corre la misma suerte.

Impregnados del mismo espíritu, los textos de la ciudad son efímeros y están condenados a lecturas instantáneas. Lecturas y lectores se relacionan sólo por momentos, instantes que duran un cambio de semáforo, un cruce de calle o el arribo a una estación. Sin embargo, en ese ritmo y dimensión están definidos los tiempos de la lectura moderna, lecturas que marcan caminos multidiferenciados y nómadas.

En este contexto la lectura moderna rompe con el mito de la lectura intelectual, sinónimo de concentración, dedicación y aislamiento, aquella que nos proponen como canon de inteligencia en las instituciones escolares, la que debe realizarse en “un lugar apartado de nuestra casa” o en la biblioteca, alejada de los ruidos y las perturbaciones. Lectura que requiere silencio y largos periodos para ser completa, que lo mismo puede dejarnos conocimientos que un deleite en el espíritu.

En la ciudad de México esta idea es casi un imposible, la separación entre lo público y lo privado es cada día más imperceptible. Las casas adoptan la forma de departamentos tan pequeños que la fiesta del vecino pareciera que está en nuestra propia sala, ¿hacia dónde huir cuando esto sucede?, si la recámara está a dos metros de distancia y no existe ninguna diferencia, auditivamente hablando. Cuando se prepara un examen o se quiere leer por placer, la casa no es precisamente el mejor lugar para este trabajo, las alternativas de calma y relajación, paradójicamente, están en los lugares abiertos.

La calle sigue siendo el monstruo que nos seduce, nos llama y nos invita a salir a perdernos en sus entrañas y a compartir de experiencias y lecturas más íntimas. Para leer, lo público se convierte en privado.

Empujado por el ruido privado el lector entra al espacio público a desarrollar su lectura, lugar donde también existe el ruido, pero éste es público, es decir, es de todos y no es de nadie. Aquí la indiferencia es sinónimo de sordera, no se oyen los autos, los gritos, las voces, la música y el medio ambiente; se puede leer un libro, un periódico, un anuncio o uno de los múltiples símbolos urbanos de nuestra cultura.

Leer en la ciudad es enfrentar cara a cara al mito de la lectura, burlarse de él, engañarlo, hacerlo sentir anticuado y fuera de contexto. Pero de la misma manera implica hacer uso de la creatividad y volver a recrear la lectura, pero esta vez impregnada de las necesidades de una sociedad que ha cambiado y que cambia día con día.

En la calle o en algún espacio público es imposible apreciar cuando estamos ante un lector consumado o un novato, alguien quien solamente pasa el rato o alguien que estudia algo importante. Lectores incipientes, novatos y consumados se integran al paisaje urbano para recrear la lectura y desmitificarla.

A pesar del árido paisaje urbano, las personas que habitan en la ciudad de México se dan tiempo para dedicarlo a leer, pero esa lectura no se parece a la que se plantea como molde.

Al señalar que la vida moderna está marcada por el desencanto y la sinrazón, tal parece que tendríamos que pensar que su expresión es el abandono de la lectura en la ciudad, pero eso es relativamente cierto. Lejos de abandonar la idea de leer, los habitantes de la ciudad de México expresan su desencanto y sinrazón a través de innovadoras maneras de romper el estereotipo de la lectura convencional. Lo mismo cuando se mira uno o dos materiales a la vez, que cuando solamente se leen nombres de calles o volantes.

En este momento tendríamos que volver sobre los materiales de lectura de esa época: periódicos, volantes, anuncios, nombres de calles, revistas, cómics, libros, etcétera. No es posible seguir manteniendo la imagen dual que relaciona lector con libro, el lector es aquella persona que establece una relación de interpretación directa con un texto, esto es, con una idea. O bien, podríamos decir que lector es la persona que interpreta símbolos, ya sean gráficos, orales, escritos o socioculturales.

El desencanto se expresa en el alejamiento de la dualidad libro-lector, pero la búsqueda de sentido se expresa en la diversidad de símbolos por interpretar. La naturaleza interpretativa del hombre busca en la diversidad lo que ha quedado atrapado por la univocidad. Finalmente, el desencanto no es respecto a la lectura, es al mito de la lectura.

En la ciudad de México los símbolos nos esperan en cada esquina, en los callejones y avenidas, en los sitios públicos y en los privados, y los materiales que portan textos no son otra cosa que portadores de ideas. Los materiales de lectura son instrumentos con los cuales el hombre de nuestros días ensaya la interpretación de la realidad. Una realidad caótica, diversa y signada por el vértigo; una selva de símbolos en la cual jugamos el juego de la lectura.

Al enfrentar el mito de la lectura, los lectores ciudadanos se enfrentan a un nuevo reto: leer textos para interpretar la realidad. ¿Cómo enfrentar

este reto sin poseer una formación intelectual respaldada por el conocimiento consagrado en los libros? Así planteada la interrogante tal parece que volvemos al inicio de nuestra reflexión, y de esta manera concluiríamos que la sociedad actual posee un déficit de lectura. Interpretar la realidad es encontrar la lógica de la dinámica social, las claves, las explicaciones y los puntos de convergencia de los procesos sociales, pero además de todo, de vivir. Saber vivir en la época y el contexto donde históricamente nos correspondió.

A partir de la idea anterior nos encontramos con que automovilistas, vendedores, maestros, burócratas, policías, estudiantes y demás gente que convive en esta aglomeración urbana "sabe" esos puntos clave, lee lo que la sociedad produce e interpreta esta realidad. Sólo que el problema no es tan fácil de resolver, decir que vive e interpreta parecería algo natural, y la situación es que para lograrlo requiere tener caídas y errores.

De esta forma, nos encontramos ante las dos caras de la situación; al leer todo lo que el medio sociocultural le proporciona, el lector urbano se impregna de los signos de su tiempo y con esto se encuentra en la posibilidad de abordar la interpretación de su realidad. Pero además de esto tenemos que la interpretación de la realidad no se presenta como un proceso sencillo; muy por el contrario, el caos y el vértigo son los elementos distintivos de la sociedad urbana contemporánea, y así el reto de la interpretación se convierte en la continuidad de un vivir desencantado y sin razón. Al desmitificar la lectura, se sitúa ante el reto de vivir la diversidad.

Así, mito y reto forman parte de la vida moderna del lector del siglo veinte. Una dualidad integrada en el espíritu de una ciudad profundamente moderna, como modernos son sus lectores y sus textos.

CAPÍTULO 4

LECTURA, EXPERIENCIA DE VIDA E INTERPRETACIÓN: LOS CAMINOS DE LA MODERNIDAD

Pensaba en los misterios de la lengua escrita, de esas hebras negras que se enlazan y desenlazan sobre anchas hojas afiligranadas de balanzas, enlazando y desenlazando compromisos, juramentos, alianzas, testimonios, declaraciones, apellidos, títulos, fechas, tierras, árboles y piedras; maraña de hilos sacados del tintero, en que se enredaban las piernas del hombre, vedándole caminos destinados por la Ley; cordón al cuello, que apretaban su sordina al percibir el sonido temible de las palabras en libertad. Su firma lo había traicionado, yendo a complicarse en nudo y enredo de legajos. Atado por ella, el hombre de carne se hacía hombre de papel.

Guerra del tiempo
Alejo Carpentier

Lectura y poder: historia de una relación

Mientras algunos teóricos pregonan la vigencia del proyecto de la modernidad, otros en cambio la exhiben en lo que califican como estado de crisis o en plena decadencia, buscando en el planteamiento posmoderno la alternativa actual que supere el estado de las sociedades contemporáneas.⁹² En esta revuelta tendríamos que ubicar la lectura y su promesa libertaria, pues como ya se ha argumentado todo parece indicar que la vía educativa hacia la emancipación presenta severos obstáculos.

Tal y como ocurre con todas las acciones humanas, aún más las intelectuales, la lectura no está al margen de la acción ideológica. La lectura no es una actividad académicamente neutra, sin compromisos ideológicos y sin repercusiones sociales, por el contrario, la historia de la humanidad nos presenta la evidencia de la utilización política de la lectura.

⁹² Una idea completa de esta cuestión la podemos encontrar en la obra compilada de Nicolás Casullo *El debate modernidad-pos-modernidad*.

La valoración fetichista del libro común a muchas culturas, es a menudo una herramienta de opresión que limita su uso a ínfimas minorías y lo convierte en un vehículo de saber "secreto" que no debe trascender a la masa popular.⁹³

Lectura y poder político han conformado una relación necesaria e inquietante, que paradójicamente puede romperse por todo lo que las une y por la naturaleza formativa de la actividad lectora.

La lectura como actividad intelectual ha estado presente desde la antigüedad hasta nuestros días, desde los egipcios hasta la más moderna sociedad su presencia se ha dejado sentir en las relaciones de lectores y materiales de lectura. Sólo que esta presencia ha sido selectiva, en cada época de la humanidad la lectura ha estado en manos de los elegidos, los reyes o las clases superiores, dejando a las grandes masas al margen de las posibilidades y las expectativas de la acción lectora.

Vale la pena señalar nuevamente que la historia de la lectura siempre ha implicado la correspondencia entre lector y libro, esto es, la lectura es pensada como una acción que se ejerce ante la figura típica: el libro. De esta forma, cuando se hace referencia a la Antigüedad, la Edad Media y la Modernidad, los historiadores han buscado las evidencias de los libros para marcar el número y la calidad de los lectores. Por ejemplo, la obra *Historia del libro* ofrece un recorrido por el tiempo y las culturas, para exponer la variedad de libros existentes, sus antecedentes, materiales de elaboración, el desarrollo histórico de la impresión y sus grandes poseedores.⁹⁴

La obra narra la evolución, a lo largo de cinco mil años, del instrumento que ha permitido la transmisión de experiencias y conocimientos entre las generaciones y los pueblos y ha contribuido a dar carácter acumulativo a las adquisiciones científicas, técnicas y artísticas de la humanidad.⁹⁵

⁹³ Luis Gregorich. *El libro y la lectura*, p. 32.

⁹⁴ Cfr. Svend Dahl. *Historia del libro*.

⁹⁵ *Ibid.* (contraportada).

Si ésta ha sido la tendencia hegemónica de historizar la relación lectores y libros, también es cierto que existe la posibilidad de mirar al lector que se desprende del libro:

El lector emerge de la historia del libro, en la cual ha estado mucho tiempo confundido, indistinguible [...]. El lector se consideraba efecto del libro. Hoy se desprende de esos libros de los cuales se suponía que era sólo la sombra arrastrada. He aquí que la sombra se separa, cobra su relieve, adquiere una independencia.⁹⁶

Sin embargo, para dar cuenta de la relación de poder que se ha establecido es necesario considerar las dos posibilidades: la del libro en tanto objeto de la lectura, y la del lector en tanto sujeto.

Regresando a la idea inicial de este apartado, encontramos que los libros y sus lectores han representado un número reducido en cada época histórica y en cada cultura. Reducido no solamente en la cuestión numérica, sino en su calidad.

Por muchos años reyes, sabios, religiosos, dirigentes, líderes y aristócratas han sido los lectores, no porque la capacidad de leer sea exclusiva de este tipo de gente sino por una cuestión más mundana: los libros cuestan y han costado. A estos personajes, antes que lectores debemos considerarlos poseedores de libros, de grandes cantidades de ellos.

Poseer un libro ahora puede no representar mayor problema (?), pero en la antigüedad no era así. Antes de la imprenta los libros se copiaban a mano y esto les daba un carácter artesanal, lo que elevaba considerablemente su precio. Citemos un ejemplo:

El pergamino fue encareciéndose progresivamente [...], y la copia era un trabajo fatigoso que no podía ser realizado por una mano de obra barata como la que significaba la de los esclavos de la Roma antigua. En el siglo x una condesa de Anjou tuvo que entregar 200 ovejas, tres toneles de trigo y varias pieles de marta en pago de un solo sermulario, y a finales del siglo xiv el príncipe

⁹⁶ Michel de Certeau, citado por R. Chartier. *El orden de los libros*, p. 26.

de Orleans adquirió un devocionario en dos volúmenes por 200 francos de oro [...]⁹⁷

Como es evidente, solamente condesas, príncipes, papas y cardenales podían desembolsar las cantidades en metálico o en especie para poder comprar un ejemplar. Sobra decir que el grueso de la población estaba más preocupada por situaciones básicas como procurarse la comida, que en el atesoramiento de libros o pergaminos.

Poseer un libro no significa leerlo, pero en la antigüedad las posibilidades de lectura se centraban en sus poseedores: ¿cómo iba a leer un campesino un libro si nunca podía tener acceso a él? El conocimiento quedaba enclaustrado en monasterios o bibliotecas personales y los lectores sólo eran sus propietarios o algunos elegidos.

Aunque al libro se le ha considerado como objeto portador de cultura, también se le identifica como objeto de colección. Ediciones raras, encuadernaciones especiales, adornos, letras de oro, etcétera, hacían que un libro fuera considerado objeto especial y por lo tanto objeto de codicia. Los libros formaban parte de colecciones suntuosas, no para ser leídos sino para ser atesorados.

El rompimiento del orden feudal y el advenimiento de la modernidad y del sistema capitalista trajo consigo cambios importantes en la organización social y política de los países de Occidente. Revoluciones, conquistas, descubrimientos e inventos inundaron a un mundo hermético y anquilosado. La democracia hacía posible nuevas organizaciones sociales y nuevos desarrollos culturales, científicos y artísticos.

Bajo el cambio promovido por doctrinas políticas emergentes, revoluciones sociales y desarrollo económico, la lectura fue elemento de difusión de las ideas. La burguesía, como clase social que emergía poderosa, retomó la propuesta libertaria de la lectura y la esgrimió como principio y derecho. Al apoderarse del destino de las nuevas naciones, la democracia burguesa plantea el derecho a la cultura y la masificación de los materiales de lectura.

⁹⁷ Svend Dahl, *op cit.*, p. 75.

La Revolución Francesa es un ejemplo de este cambio:

La Revolución significó la hora crítica no sólo para el arte francés del libro, sino también para la bibliofilia francesa. En noviembre de 1789 todas las bibliotecas de iglesias y monasterios fueron declaradas propiedad nacional y en 1792 fueron confiscadas las bibliotecas de los emigrados. Los diferentes gobiernos que durante estos años fuéronse sucediendo vertiginosamente, tenían sin duda grandes planes en cuanto a las bibliotecas; *en lo sucesivo, las bibliotecas se convertirían en públicas en la plena acepción de la palabra.*⁹⁸

El acceso a los libros representó una conquista para las modernas naciones europeas, se despojó a las clases poderosas de ese instrumento y se puso en manos del pueblo.

El libro y los lectores se encontraban ante la posibilidad de cumplir la promesa de la modernidad: conocer y liberarse. Pero no fue posible en su totalidad, un nuevo elemento dejó inconcluso semejante anhelo. Al nuevo hombre libre se le olvidó que la esencia del sistema capitalista es la individualización de la humanidad, el egoísmo burgués y la acumulación del capital. La imprenta se convirtió en empresa y el libro en mercancía.

Sujeto a las leyes del mercado, el libro se convierte de pieza de colección a objeto sujeto a la oferta y la demanda. La democratización de la lectura desde la óptica burguesa no tiene alternativa, para leer hay que comprar.

En esta época la elaboración de libros adquirió la forma de proceso de producción y las editoriales se perfilaron como empresas.

Las ediciones, que comenzaron a superar los diez mil ejemplares, se diversificaron en calidad y en precio, y se asentó definitivamente, junto a la de impresor, la condición de editor. El hecho de que los editores se convirtieran en hombres de empresa que bien podían prescindir de los conocimientos técnicos del impresor expresa claramente el avance comercial de la industria editorial y su complejidad.⁹⁹

⁹⁸ *Ibid.*, p. 216 (el cursivo es mío).

⁹⁹ Gregorich, *op. cit.*, p. 38.

El capital, el desarrollo de la industria y la democracia burguesa permitieron que el libro se desarrollara en dos formas principalmente: como industria y como instrumento de la educación. De la primera ya se ha hecho mención, de la segunda se desprenden diversas alternativas: las bibliotecas públicas, los textos escolares, la identificación con la cultura y el desarrollo científico.

Comúnmente denominadas instituciones culturales, escuelas, bibliotecas, museos y otras, desarrollan funciones de índole educativo y concentran la idea del libro como depositario de conocimientos. La educación burguesa impone en un lugar de privilegio a la lectura y ésta da carácter y forma a la primera.

Si el capitalismo propició un auge de los libros y los lectores, una nueva arremetida se presentó cuando gran parte de la humanidad realizó la experiencia socialista. Nuevamente la libertad buscaba sujetos críticos y materiales de lectura para su realización, la nueva propuesta social se encontraba escrita en teoría y requería lectores comprometidos para hacerla vivir.

Los socialistas de principios del siglo xx confiaron a la lectura la tarea de formar hombres nuevos, conocedores de principios científicos del desarrollo social, ubicados en la teoría del materialismo histórico, conocedores también de las fallas y excesos del capitalismo. Ante esta situación resultó lógico volver a mirar la educación como la alternativa de formar sujetos conscientes y revolucionarios. A la lectura se le confía otra vez la tarea de formar un nuevo hombre comprometido con los ideales socialistas.

Pero aun considerando el potencial liberador de la lectura, los gobiernos socialistas cayeron en la tentación de proponer el tipo de textos que esos hombres debían leer. La educación socialista proponía la lectura como actividad formativa, pero indicaba qué tipo de material leer. Ni la gigantesca URSS, la enigmática China o la cálida Cuba pudieron ceder ante la tentación de controlar los materiales de lectura. En este tipo de sociedades se presentó un impulso a la lectura, se multiplicaron ediciones y se pusieron en manos de amplias masas obreras y campesinas, pero se tuvo cuidado en controlar el tipo de materiales. La defensa ideológica del sistema implicó en muchos casos el cierre de fronteras, el aislamiento económico y el recelo cultural y científico.

La libertad se expresaba a medias, pues si la lectura abarcaba grandes masas de hombres, su potencial se limitaba a un discurso ideológico y a una determinada perspectiva entendida como "literatura clásica", el resultado fue una libertad a medias. Libres para leer, pero sólo el material disponible.

El socialismo como forma de vida y perspectiva política actualmente vive severas crisis que dificultan hacer pronósticos de su vigencia, en su lugar países completos se dividen y cambian a un sistema de economía capitalista, basados en perspectivas políticas democrático-burguesas. El capitalismo se instaure como el modo de producción hegemónico en el mundo y la modernidad le acompaña en este fin de siglo.

El mundo tiende a cierta homogeneidad, pero tenemos que reconocer que afortunadamente vivimos en un planeta plural. Podemos compartir muchas cosas, algunas conscientemente y otras arrastrados por la vorágine social, pero existen diferencias culturales, lingüísticas e ideológicas que nos ponen ante el reto del respeto y la tolerancia. Las diferencias han existido desde el inicio del movimiento de la modernidad, Europa y América así lo han expresado.

Si la modernidad nace en Europa y se expande hacia el mundo, América lo hereda y lo expresa a su manera. La modernidad y sus promesas adquieren el sello particular del hombre americano, hombre nuevo ante la historia, "la mayor novedad de los tiempos nuevos", dice Nicolás Casullo¹⁰⁰ cuando busca argumentar "nuestro lugar en la modernidad":

Si la conquista y la colonización ibérica consolidan valores y utopismos premodernos de aquella Europa para quien fuimos "la mayor novedad" de los nuevos tiempos, luego el siglo XIX incorporaría, en América Latina, las primaveras y los veranos de la modernidad.¹⁰¹

Por su parte, García Canclini al analizar las contradicciones latinoamericanas entre modernismos y modernización dice: "La hipótesis más reiterada en la literatura sobre la modernidad latinoamericana

¹⁰⁰ Cfr. Nicolás Casullo. *Modernidad, biografía del ensueño y la crisis*.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 61.

puede resumirse así: hemos tenido un modernismo exuberante con una modernización deficiente.”¹⁰²

Hablar de la modernidad en Latinoamérica implica hacer ciertas consideraciones que permitan dar cuenta de la expresión de una propuesta universal, pero con las particularidades de una importante fracción del mundo que vive lógicas diferenciadas, que nos posibilite incluir en las respuestas a los millones de indígenas latinoamericanos, por ejemplo, que más que como hombres modernos viven y los tratamos como premodernos.

El resultado actual en América Latina, y en México, es la presencia de una modernidad que integra prácticas tradicionales y acciones modernizantes. Canclini lo explica de la siguiente manera:

Los países latinoamericanos son actualmente resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en las áreas mesoamericana y andina), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas.¹⁰³

Con las ideas anteriores podemos ubicar el arribo de los primeros conceptos de la modernidad en México, con la conquista de la Corona española. Si bien es cierto que como lo anota el mismo Canclini, “fuimos colonizados por las naciones europeas más atrasadas, sometidos a la contrarreforma y otros movimientos antimodernos”,¹⁰⁴ también es real que ese contacto desigual marcó el nuevo destino de los americanos.

Los países americanos experimentaron nuevas formas de poder político, de organización social, de conocimientos y de aprender.

En los barcos, los baúles y las mentes de los recién llegados viajó también la promesa de la lectura y su poder emancipador. La lectura y sus ideales encontraron, como siempre, tierra fértil entre hombres

¹⁰² García Canclini. *Culturas híbridas*, p. 65. Además, es necesario plantear las diferencias entre modernidad, modernismo y modernización. El autor lo hace al decir: “Adoptamos con cierta flexibilidad la distinción hecha por varios autores, desde Jürgen Habermas hasta Marshall Berman, entre *modernidad* como etapa histórica, la *modernización* como proceso socioeconómico que trata de ir construyendo la modernidad, y los *modernismos*, o sea los proyectos culturales que renuevan las prácticas simbólicas con un sentido experimental o crítico”, p. 19.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 71.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 65.

con renovadas esperanzas de que la humanidad resurgiera. Hombres que jugaban a ser dioses e intentaban crear una sociedad a su imagen y semejanza.

Leer en el Nuevo Mundo era sin duda una experiencia reservada para grandes personajes, incluso muchos recién llegados eran negados de este don. Los libros, cédulas y decretos eran escritos y leídos por unos pocos, los responsables de un “mundo sin dueño”.

De nuevo, la lectura viene a jugar un papel importante en la diferenciación social y en la toma de decisiones políticas relevantes. El poder en la Nueva España estaba simbolizado por la espada y la cruz, y “junto a la espada y la cruz llegó la pluma de los escribanos, de los funcionarios reales y de los juristas; y cerca, muy cerca, de la cruz, estaba el libro [...]”¹⁰⁵

Los religiosos de esta época buscaron acercar a la población nativa a la lectura, pero sólo fue con fines de evangelización, los materiales que los incipientes lectores revisaban eran catecismos, cartillas y novenarios. En la Nueva España, el poder de la palabra escrita estaba más clara que nunca, los gobernantes poseían libros, escribían relaciones y leían; las clases populares no sabían leer, acaso aprendían a deletrear, y no poseían libros.

En los tres siglos de vida de la sociedad novohispana el ejercicio de la lectura se restringió a grupos de privilegio, quedando las masas populares como espectadoras de un aprendizaje altamente selectivo, “en una sociedad de grandes desigualdades, como era la novohispana, los resultados de las medidas educativas fueron limitados. Pocos llegaron a leer y escribir [...]”¹⁰⁶

La época de renovación en México llega con la independencia, las ideas de libertad guiaban la producción literaria y la formación de nuevos lectores, que sin embargo nunca fueron suficientes para poder hablar de una masificación de la lectura. La libertad política de México no se tradujo en una libertad cotidiana de los hombres, la educación seguía en manos de unos cuantos, lo mismo que los libros.

¹⁰⁵ Pilar Gonzalbo. *La lectura de evangelización en la Nueva España*, p. 9.

¹⁰⁶ Dorothy Tanck. *La enseñanza de la lectura y de la escritura en la Nueva España, 1700-1821*, p. 90.

Un elemento que se hacía presente en el México independiente era el libro como mercancía, debido a su precio resultaba poco accesible, incluso para gente trabajadora:

Los libros siempre tuvieron una venta relativamente limitada debido a su alto precio [...] Así que entre los individuos que sabían leer y escribir, la mayor parte no tenía fondos suficientes para comprar libros.¹⁰⁷

Un enorme salto modernizador nos ubica en el México revolucionario de principios de este siglo, pues es el espacio donde los ideales de democracia y libertad vuelven a sacudir el escenario nacional. Nuevos hombres buscan erradicar la opresión y la ignorancia, primero a través de una lucha armada para después desarrollar una propuesta educativa con los principios ideológicos de una gran revolución social.

A partir de ahí la educación y la lectura se estrechan más que nunca, se inicia el camino de la institucionalización del sistema educativo nacional y se inicia una feroz lucha contra quien se considera el culpable del atraso y las bajas condiciones de vida, ese culpable es la ignorancia.

Al iniciar su gestión como responsable de la política educativa, Vasconcelos inicia una gran cruzada alfabetizadora con el propósito de contribuir a la unidad nacional.

Tan titánica empresa necesitaba la ayuda de toda la nación, por lo que organizó una Gran Campaña Alfabetizadora que, según él, debería ser similar a una campaña militar en la que todos los ciudadanos deberían "salvar" al país de la ignorancia.¹⁰⁸

En el México de la posguerra, la educación y la lectura jugaron un papel fundamental en el intento de promover la justicia social; para el año de 1920 la *Campaña Alfabetizadora* implicó, por un lado, la improvisación de maestros y, por otra, el desarrollo editorial para producir grandes cantidades de libros.

¹⁰⁷ Anne Staples. *La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente*, p. 95-96.

¹⁰⁸ Engracia Loyo. *La lectura en México, 1920-1940*, p. 259.

No sólo se hablaba de cantidad, también la calidad de la lectura inquietó a los hombres de la revolución, la propuesta fue poner al alcance del pueblo "las grandes obras de la humanidad". De esta manera "las nuevas ediciones contaban con tirajes muy amplios: 38 940 de la *Iliada*, 10 000 de *Esquilo*, 6 300 de *Goethe*, se vendían al costo de \$1.00 o se repartían gratuitamente en bibliotecas y sociedades obreras".¹⁰⁹

Nunca estuvo más cerca de hacerse realidad la promesa de la modernidad en México, libros y lectores se unían y la emancipación se aproximaba. El pueblo se hacía lector, y lector de libros.

Con todos los lados positivos que esa propuesta pudo tener, al mismo tiempo expresó su lado contrario: "se dieron casos en que los maestros rurales no abrían siquiera los paquetes de la Secretaría, pues ante necesidades apremiantes la lectura resultaba secundaria".¹¹⁰ Engracia Loyo explica que la política de Vasconcelos fue criticada y ridiculizada, como ejemplo cita la siguiente frase: "Nosotros que no tenemos calcetines, tendremos botas, y serán de charol."¹¹¹

Los esfuerzos realizados por los gobiernos de este periodo fueron ambiciosos y claros; sin embargo, una vez más queda claro que la educación y el bienestar social no van de la mano. Después de muchos esfuerzos, de cambios de gobierno, de políticas educativas, de libros clásicos, de cartillas, de cruzadas alfabetizadoras, etcétera, el pueblo dejaba paulatinamente de ser analfabeto (sin lograrlo), pero no concretaba beneficios en sus condiciones de vida. Tal parece que la política cultural y la política social marchaban en caminos diferentes.

Al hacer un recuento final de este periodo, Engracia Loyo concluye:

[...] el esfuerzo desplegado por el gobierno para combatir la ignorancia disminuyó el analfabetismo sólo en escasa proporción. Los resultados fueron poco alentadores y comprobaron una vez más que la educación por sí sola es ineficaz para transformar una estructura social y puede ofrecer sólo paliativos. Saber leer y escribir, ejercer estas habilidades, resulta un lujo incosteable para quienes tienen que luchar por su sobrevivencia.¹¹²

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 263.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 265.

¹¹¹ *Idem.*

¹¹² *Ibid.*, p. 290.

El hombre producto de la revolución mexicana necesitaba más que libros para aspirar a ser libre, con esto quedó al descubierto que el significado de la emancipación tiene profundas implicaciones sociales, no solamente "del espíritu" sino de la satisfacción de necesidades primarias. La revolución intentó romper con la centralización del saber, pero se encontró con que a esos hombres nuevos les interesaba comer, más que leer.

A partir de la década de los cincuenta, la historia de México se vuelve periódica, los sexenios tratan de organizar la vida social, política, económica y cultural del país. México vive nuevas oleadas modernizadoras que buscan hacer realidad principios e ideales heredados de siglos atrás.

Esta época es el escenario de crisis cíclicas, internas y externas, que apuntan hacia la pobreza desmedida de la población, el capitalismo plenamente enraizado en esta tierra contempla a los hombres no como a los ciudadanos con plenos derechos, sino simplemente como trabajadores asalariados, a quienes puede despedir cuando la situación así lo demande. Sin importar si son simples personas o licenciados, técnicos o profesionales, analfabetos o lectores todos viven las relaciones de mercado y sus regulaciones.

En estos últimos cuarenta años de modernidad mexicana la lectura se sigue intentando como propuesta de movilidad social, se deposita la confianza en que *un hombre culto, es un hombre libre*. El Estado mexicano y sus diferentes gobernantes continúan con el intento educativo y buscan acercar a pueblo y libros. En 1957, una nueva propuesta oficial tomaba cuerpo a través de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos y nuevamente relacionaba educación y lectura, sin olvidar su fin principal: lograr la unidad nacional.

El poder en México ha cruzado por caminos de barbarie y ha llegado a etapas de sutil expresión; de matanzas para imponerse ha pasado a modernos métodos de participación ciudadana, como las "elecciones democráticas". El poder en los tiempos actuales no necesita de brutales expresiones (pero las utiliza si es necesario), se expresa en la ideología y en el consenso social.

En estos últimos tiempos la crisis del capitalismo nos hacen dudar de las promesas de la modernidad; ¿hasta cuándo conseguiremos ser libres totalmente?, ¿es verdad que la lectura nos liberará?, ¿es verdad que un hombre culto es un hombre libre?, libre ¿de qué?

Más que respuestas, la relación entre poder y lectura nos plantea nuevas preguntas; lo cierto es que los caminos de la modernidad en México se han realizado a través de la promesa emancipadora. Los modernos mexicanos han caminado, pero el fin del camino no se vislumbra en el horizonte.

Tradiciones educativas y modernidad en el ejercicio de la lectura

La lectura se ha convertido en una de las preocupaciones fundamentales del sistema educativo nacional mexicano. De preescolar a la educación superior, incluyendo los posgrados, las preocupaciones de “saber leer”, “sacar provecho de la lectura” y “perfeccionar la habilidad lectora” están presentes en alumnos, maestros y sociedad en general.

Desde una perspectiva socioeducativa la lectura es un objeto itinerante, nómada y multidimensional. Objeto que presenta las siguientes características:

- a) La lectura es una preocupación social, escolar e individual.
- b) Se encuentra asociada con procesos como: aprendizaje, cultura, saber, libertad.
- c) Por el contrario, se contrapone a conceptos como: ignorancia, reprobación y flojera.
- d) En la escuela se impone y desarrolla un modelo de lectura.
- e) Lectura y escritura son un binomio difícil de disociar en la realidad educativa mexicana.
- f) La lectura es un proceso, el sujeto es el lector.
- g) Lectura y conocimiento es la fórmula de la escuela mexicana.

La presencia de la lectura en la educación es un hecho incuestionable, como lo es también la situación problemática que le ha acompañado durante toda la historia educativa nacional.

En el México de los noventa la educación enfrenta numerosos problemas, algunos inéditos y producto de la recomposición social, y otros persistentes, a los cuales no se les ha podido encontrar solución.

Enseñar a leer y fomentar el gusto por la lectura ha sido, y es, una de las preocupaciones de las instituciones encargadas de la educación y por supuesto de los profesores.

Su presencia adquiere cotidianidad en los esfuerzos diarios de los maestros y en las ideas de la política educativa, y extiende sus raíces históricas hasta los tiempos mismos de la Colonia, para el caso de México, y algunos siglos antes, en el caso de Europa.

La presencia de la lectura en la educación no es algo sencillo y unidimensional, todo lo contrario, se trata de un conjunto de situaciones sociales, culturales, pedagógicas, didácticas y epistemológicas que conforman una cuestión que ha presentado diversas facetas de acuerdo con la situación histórica de los tiempos y contextos por los que ha atravesado la nación mexicana.

De este conjunto de situaciones, tal vez la más evidente pudiera ser la que refiere a la dimensión didáctica del problema, esto es: pensar la enseñanza de la lectura como una cuestión que se resuelve solamente con un buen planteamiento metodológico. La búsqueda del "mejor" método se ha convertido en la empresa de educadores de diferentes tiempos. Pero lejos de pensar en que se ha encontrado la solución, la historia nos pone ante la evidencia de fracasos, innovaciones trucas y evidentes retrocesos.

Enfrentar la lectura desde un solo aspecto ha dado como resultado una persistente problemática en las escuelas y en la sociedad misma, y lo que es peor, según el punto de vista de algunos educadores, intelectuales y funcionarios públicos, el problema se ha agravado de tal forma que vivimos una crisis de la lectura difícil de superar. El precio de no observar otros componentes del problema genera un panorama gris y desalentador, lleno de dudas, conflictos irresueltos y desencantos educativos.

En los años noventa constantemente escuchamos la palabra crisis asociada al proceso de lectura. La lectura se encuentra en crisis y persiste también la búsqueda afanosa de la solución.

En estos últimos años la alternativa para salir de esta crisis se antoja confusa, "modernizar la educación a partir del rescate de las tradiciones educativas".

La idea de conjugar tradiciones y modernidad aparece inicialmente en el Programa para la Modernización, cuando se señala:

Tradición y cambio, pluralismo e identidad, universalidad y pertenencia, humanismo y conocimiento teórico, calidad y equidad en la enseñanza, intereses sectoriales e interés colectivo, participación y responsabilidad deben reconciliarse en un ejercicio libre y democrático que dé por resultado un proyecto educativo viable, respetuoso de los derechos, sensible a las demandas sociales y acoplado a los problemas nacionales.¹¹³

A partir de los planteamientos de la Modernización de la Educación y del Plan 1995-2000, encontramos que la propuesta incluye dos ideas: modernizar la educación y revalorar prácticas tradicionales. En el Plan de Educación Primaria, al referir las formas técnicas y métodos de enseñanza, se argumenta:

Los maestros utilizan técnicas muy diversas para enseñar a leer y escribir, que corresponden a diferentes orientaciones teóricas y a *prácticas arraigadas en la tradición de la escuela mexicana*.¹¹⁴

Páginas más adelante se puede leer:

Por lo que toca a la escritura [...] En este sentido, *conviene señalar que ciertas prácticas tradicionales, como la elaboración de planas o el dictado, deben limitarse a los casos en los que son estrictamente indispensables* como formas de ejercitación.¹¹⁵

El planteamiento no es claro, por un lado se valoran las “prácticas arraigadas en la tradición”, y por otro se limita a “casos estrictamente indispensables” ciertas prácticas tradicionales. En estos días, maestros, alumnos y la lectura se sitúan ante la revaloración de las tradiciones y la expectativa de la modernidad en la educación básica: ¿entrar a la modernidad?, ¿salir de las tradiciones? o ¿vivir oscilando entre tradiciones y modernidad?

Para el tema que aquí se trabaja tal vez valdría la pena parafrasear la idea: “modernizar el problema de la lectura y resolverlo a partir de

¹¹³ Programa para la Modernización de la Educación, p. 16.

¹¹⁴ Plan y Programas de Educación Básica, p. 24 (el cursivo es mío).

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 27 (el cursivo es mío).

prácticas educativas tradicionales”, o tal vez: “modernizar las prácticas de lectura al enfrentar un problema tradicional”. Quizá esto suene a juego de palabras, falto de claridad y poco propositivo, pero lo cierto es que en la educación actual los términos tradicional y moderno no son entendidos como complementarios, más bien se piensa en ellos como antagónicos.

Los esfuerzos de actualización de docentes y de innovaciones pedagógicas en la educación básica en los años ochenta y principios de los noventa han tenido como característica dicotomizar el proceso histórico de la producción social del conocimiento educativo, al plantear una ruptura entre lo nuevo y lo viejo, entre formas de enseñar del pasado y alternativas novedosas. Hecho que ha generado una idea de polaridad entre pasado y presente, dando como resultado la identificación acrítica de un paradigma que identifica pasado con tradiciones y presente con lo moderno.

La condena al tradicionalismo es un extremo de este planteamiento, muchas de las prácticas educativas son cuestionadas cuando se les califica de esta manera, anteponiendo solamente el criterio de temporalidad.¹¹⁶ Lo cual si bien es cierto define una génesis histórica incuestionable, también plantea un conjunto de situaciones que Justa Ezpeleta denomina “modelo” y lo explica en los siguientes términos: “tiene sentido si se toma en cuenta su fuerza de imposición histórica que no por tradicional ha perdido vigencia”.¹¹⁷

Lo que actualmente vivimos como la crisis de la lectura es el resultado de un proceso educativo con profundos nexos sociales, culturales, pedagógicos y epistemológicos. Pero, lejos de suponer un rompimiento total entre tradiciones y modernidad, en la educación, y en otros ámbitos, vivimos el producto de las tradiciones de la modernidad.

La explicación de esta relación implica la respuesta de algunas interrogantes: ¿qué son las tradiciones?, y ¿desde cuándo aspiramos a una educación moderna?

¹¹⁶ Al siglo XVII europeo se remontan las más sólidas bases de lo que dará en llamarse la escuela tradicional [...] Y el siglo XVII aloja la ruptura del orden feudal y la constitución de los estados nacionales, el nacimiento de la burguesía y consecuentemente la reflexión y preparación de una sociedad compuesta por “individuos” [...]. Justa Ezpeleta. *Modelos educativos: Notas para un cuestionamiento*, p. 16.

¹¹⁷ *Idem*.

En apartados anteriores ya se ha planteado el panorama filosófico, político y cultural que implica la modernidad, basta ahora señalar que la modernidad que referimos es el proyecto que se construye al finalizar la Edad Media, caracterizado por un nuevo sistema de ideas, que busca desprenderse del dominio del pensamiento religioso, obscurantista y dogmático. Habermas lo expresa de la siguiente manera:

El proyecto de modernidad formulado por los filósofos del iluminismo en el siglo XVIII se basaba en el desarrollo de una ciencia objetiva, una moral universal, una ley y un arte autónomos y regulados por lógicas propias. Al mismo tiempo, este proyecto intentaba liberar el potencial cognitivo de cada una de estas esferas de toda forma esotérica [...] ¹¹⁸

En otros tiempos dominados por ideas “irracionales”, los hombres modernos tienen en la lectura un instrumento que les permite el desarrollo de la razón (razón científica), la crítica del pensamiento religioso, la secularización de las prácticas culturales, para de esta manera situarse ante la posibilidad de convertirse en verdaderos sujetos de la historia.

Lectura y modernidad caminan de la mano en el transcurrir de los tiempos y en la socialización del conocimiento. Para ser hombres libres es necesario acercarse al saber, y para lograrlo hay que poner en juego la lectura.

Es un hecho innegable que para que cada grupo social cree y recree su cultura, y en este sentido se recree a sí mismo en tanto grupo, es necesaria la presencia de prácticas que cruzan la temporalidad y hacen vivir en el presente ideas, creencias, mitos y rituales que dan sentido, cohesión e identidad; a estas prácticas se les conoce como tradiciones.

La palabra tradición procede del latín *tradera*, que significa transferir o entregar. El término tiene una raíz religiosa o eclesíástica, como otras muchas de nuestro vocabulario político. ¹¹⁹

¹¹⁸ Jürgen Habermas. *Modernidad: un proyecto incompleto*, p. 137-138.

¹¹⁹ Carl Joachim Friedrich. *Tradición y autoridad*, p. 14.

Pese a la importancia social que tienen las tradiciones en la actualidad, se pone en duda su función y presencia cuando en el ámbito de la educación se les ubica en el pasado y se les asigna carácter de “viejo”, “anacrónico” y “superado”.

Tal pareciera que existen dos ideas acerca de las tradiciones: una, la visión antropológica, que las valora constantemente y las señala como sustento de nuestra vida actual, y otra visión, la pedagógica, que condena al menos aquellas prácticas llamadas tradicionales que se dan específicamente en los salones de clase, y busca su erradicación.

Por prácticas tradicionales se ha denominado un conjunto de acciones educativas que además de ser consideradas “de otros tiempos”, presentan la ausencia de criterios basados en la ciencia o en la razón, podríamos decir no modernos, o premodernos, como se prefiera. Así, estas prácticas son calificadas de tradicionales por ser repetitivas, memorísticas, tediosas, sin sentido, aburridas y físicamente cansadas. Prácticas que para dejar de ser tradicionales requieren ser actualizadas, o modernizadas, agregando criterios científicos como la planeación educativa, el reconocimiento de los procesos cognoscitivos infantiles, conocimientos sobre el objeto de estudio, creatividad y la búsqueda al pensamiento crítico; esto es, para que dejen de ser tradicionales parecería que es necesaria la presencia de la ciencia, la razón científica, el espíritu crítico y la chispa creadora.

Muchas veces se busca lograr todo esto poniendo a los maestros ante la evidencia del “error” de las prácticas tradicionales. En los cursos de actualización docente, en las aulas universitarias y en los salones de clase de la educación básica, la práctica para lograr el conocimiento, la razón y acercarnos al mundo de la ciencia ha sido la lectura. Procedimiento que ha sido el recurso fundamental en los inicios de la modernidad; quiero decir con esto que esta idea tiene una historia de por lo menos quinientos años, de la cual somos herederos merced a un proceso de transmisión del saber, ahora ya vuelto tradicional.

Si las ideas en los inicios de la modernidad en torno al conocimiento y el papel de la lectura para lograrlo han perdurado, es precisamente porque la modernidad ha devenido en distintos proyectos modernizadores y ha generado sus propias tradiciones. De lo anterior resulta que la modernidad de ayer es la tradición que se expresa en el

presente. Habermas nos señala la lógica de las tradiciones modernas cuando cita a Baudaliere.

El modernismo tiene sus tradiciones y están ahí para ser utilizadas y desarrolladas. Baudaliere nos cuenta cómo ver el presente: "Todos los siglos y todas las gentes poseen su propia belleza, y así, inevitable, nosotros tenemos la nuestra. Así es el orden de las cosas" [...]¹²⁰

No quiero proseguir esta argumentación sin dejar claro a qué me refiero cuando cito el proyecto de la modernidad y su presencia en la lectura.

Primero, señalaré aquellas ideas que caracterizan a la modernidad y que de alguna manera se viven cotidianamente en las aulas escolares:

- a) La secularización del pensamiento, antes dominado exclusivamente por la religión.
- b) El conocimiento como instrumento de liberación.
- c) La lectura como forma para acceder y socializar (podría decirse democratizar) la ciencia y el saber en general.

Segundo, estas ideas han cobrado presencia diaria y han materializado prácticas educativas a través de los años, algunos ejemplos serían: leer solamente obras científicas o de reconocimiento literario, no religiosas, criticar y perseguir los actos de lectura y los materiales considerados como "literatura barata", buscar unificar la lectura y a los lectores a través de un modelo de lectura, identificar directamente al lector con el libro o con la colección de libros que pueda poseer y promover la exégesis de los textos como sinónimo de estudio.

La escuela de nuestros días ha heredado estas ideas y las pone en juego día con día si bien con diferentes matices, pero la vieja relación lectura-liberación está presente. Mas debo volver a señalar que la idea de romper con lo viejo y sustituirlo con lo nuevo no deja de ser la promesa de educadores, maestros y lectores en general.

¹²⁰ Habermas, *op. cit.*, p. 119.

Pero en esta relación, ¿dónde termina lo viejo e inicia lo nuevo?, ¿en el repetir monótono de letras y sílabas?, ¿en las lecturas corales?, ¿en los concursos de lectura? Acaso las ideas modernas de los años noventa promueven nuevos caminos cuando plantean “recuperar las tradiciones de la escuela mexicana”, y si miramos en el fondo del “remolino de los tiempos modernos” encontramos que el repetir sonidos y relacionarlos con letras, las lecturas grupales, la velocidad de lectura y fundamentalmente la idea de que leer nos hará libres, está impregnado de los signos del proyecto de la modernidad.

Por otro lado, si observamos las llamadas ideas innovadoras acerca de la lectura encontramos que son producto de tiempos y situaciones que buscan romper con viejas ideas. Tal vez la llamada Escuela Nueva pueda ser un claro ejemplo:

[...] cuando llegue el momento en que la lectura los atraiga, los alumnos se dedicarán, unos antes, otros después, a los libros, asimilando con rapidez lo que tantos días y sinsabores cuesta a los pequeños escolares que son forzados prematuramente a realizar este aprendizaje.¹²¹

Respeto por los niños, libertad de intereses, crítica a lo tradicional y nuevos procedimientos, eran las premisas de finales del siglo XIX y principios del XX. Muchas de esas ideas aún se esgrimen como argumento de la necesidad del cambio.

Si miramos con detenimiento las prácticas e ideas que sobre la lectura se ciernen, encontramos que de ninguna manera son completamente “tradicionales” o “modernas”, sino que están impregnadas de un espíritu de renovación. Del espíritu de la modernidad. Tal vez podemos seguir la premisa de la modernidad que señala que *todo está impregnado de su contrario* y volver a plantear el camino de la lectura en los años noventa. El resultado sería un conjunto de ideas y prácticas superpuestas unas con otras, que nos hacen confiar neciamente en la lectura como el instrumento para conocernos cada vez más.

¹²¹ Jesús Palacios. *La cuestión escolar. Críticas y alternativas*, p. 63.

La lectura como instrumento para interpretar el ahora, el mañana y el pasado mañana

La palabra escrita y su consecuente lectura son dos procesos íntimamente unidos entre sí, y unidos al proyecto de la modernidad; en tal situación experimentan su dinámica, comparten sus promesas, se expresan en los pensamientos y las prácticas cotidianas de los hombres y también viven sus crisis.

No es que el inicio de la lectura se dé con el advenimiento de la modernidad, es claro que en la antigüedad el hombre ya utilizaba sistemas escritos de comunicación, los plasmaba de múltiples formas y los leía. La argumentación se basa en la potencialidad revolucionaria que adquiere la lectura cuando es replanteada por los hombres modernos, utilizándola como instrumento de acceso al conocimiento y vía para hacer posible la razón, la libertad y la democracia.

La modernidad y sus promesas no se han podido instaurar totalmente en un mundo que tiende a la globalidad y olvida sus orígenes diversos. Las repuestas de tales frustraciones son diversas, van desde "crisis de la razón" hasta la existencia de lógicas de pueblos y personas que no basan el valor de su tradición en la existencia de la palabra escrita. Respuestas que se entrecruzan con la realidad fáctica que se niega a ser homogeneizada, que no mira la diversidad como la maldición bíblica de la Torre de Babel, por el contrario: la diversidad sociocultural es una fortuna y la polifonía lingüística es la posibilidad de desarrollo humano.

En el mundo actual la razón única y absoluta no existe, como tampoco existe un lenguaje único y no debe existir una sola idea de hombre. La modernidad busca la creación de un hombre nuevo, pero la situación sociocultural lo hace adquirir dimensiones específicas.

Pensar en la multiplicidad de lógicas existentes en el mundo actual, nos lleva a mirar la lectura y su difusión masificada ya no como un problema de los gobiernos o de la filantropía humana, sino como la expresión de que tal vez en determinados ámbitos no sea, ni haya sido, necesaria su presencia y utilización. Mundos alternos al mundo moderno donde el conocimiento y el poder estén en la oralidad, las tradiciones o alguna evocación mítica, realidades que incluso conviven en las relaciones de las sociedades modernas y se expresan en indivi-

duos que sabiendo leer no leen, porque han encontrado otras claves para el ejercicio del poder.

La lectura de la palabra escrita es instrumento de la modernidad, pero no es el motor del desarrollo social, político, mucho menos económico. Pattanayak en el artículo. "La cultura escrita: un instrumento de opresión", compilado en la obra *Cultura escrita y oralidad*,¹²² cita a varios autores para argumentar *el peligro de la cultura escrita*,¹²³ *la maldición de la cultura escrita*¹²⁴ y advertir que *el poder y la arrogancia de la cultura escrita no conoce límites*.¹²⁵

Los gobiernos, sus instituciones culturales y los filántropos nos han dicho infinidad de veces que la educación y la lectura nos encaminan a un mundo mejor, pero la historia nos indica que no hay muchos indicios de la veracidad de esta idea, pues poder, desarrollo económico y nivel educativo no han sido totalmente compatibles.

Pattanayak incursiona en la polémica entre oralidad y cultura escrita, y la supuesta superioridad de la segunda:

Las teorías que proclaman la superioridad de la cultura escrita sobre la oralidad, antes que las diferencias entre ambas, tienen un efecto descalificador respecto de los 800 millones de individuos del mundo que no saben leer ni escribir y que, en consecuencia, son catalogados como ciudadanos de segunda clase.¹²⁶

El autor, al señalar el funcionamiento opresivo de la palabra escrita, finalmente afirma que "Hay escasas pruebas de que la cultura escrita haya civilizado a la humanidad",¹²⁷ y en cambio la ubica dirigiendo una fuerte crítica cuando dice "Estas exageradas atribuciones no sólo han generado teorías opresivas sino que también les han dado armas a burócratas y gerentes, políticos y planificadores, para perpetuar la opresión en nombre de la cultura escrita y la modernización."¹²⁸

¹²² R. David Olson y Nancy Torrence (comps.). *Cultura escrita y oralidad*.

¹²³ Havelock (1995) citado por Pattanayak, en: *La cultura escrita: un instrumento de opresión*, p. 145.

¹²⁴ Ananada Coomaraswamy (1947) citado por Pattanayak, *idem*.

¹²⁵ Shirali (1988) citado por Pattanayak, *idem*.

¹²⁶ Pattanayak, *op cit.*, p. 145.

¹²⁷ *Idem*.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 145-146.

¿Quién tiene derecho a dirigir a los pueblos o las naciones?, dentro de la lógica que se expone, tendríamos que decir: *aquellos que estén más preparados*, lo que significa *quienes tengan una buena preparación*; en nuestra sociedad esto se traduce en *poseer una buena educación*. ¿La tendrá un obrero, un campesino, un taxista, un empleado o un vendedor?, parece que no; ¿la tendrá acaso, un profesor, un académico o un escritor? Parece que sí, ¿pero no? La evidencia se presenta clara: la educación escolarizada es la utilización ideológica del conocimiento para el ejercicio del poder.

Estas ideas nos muestran que la utilización de la lectura como instrumento por excelencia en la vida académica es solamente una decisión ideológica, que pasa por encima de otras lógicas de construcción del conocimiento, pero es sin duda la que mayormente se ha extendido y ha sido útil para el desarrollo de proyectos sociales, políticos, religiosos y culturales.

Si anteriormente se expone una de las críticas más severas hacia la palabra escrita y su relación con el poder, esto no demerita el innegable poder ordenador de la palabra escrita y el potencial interpretativo de la lectura.

Cautivos por las promesas libertarias de la modernidad, los hombres de los años noventa en la ciudad de México ponen en práctica su singular forma de entender la lectura, cambiándola radicalmente de aquella que pregonan gobiernos y hombres de letras y proclamando la libertad de acercarse a ella con giros burlones, desenfadados e irreverentes.

Todos los que vivimos en la ciudad sabemos de la importancia de leer, y lo sabemos pues hemos sido formados por la experiencia de ser hombres modernos, confiados en que tal vez la lectura nos libere de la ignorancia, del poder, la arrogancia y la explotación. Cada día que pasa nos desilusionamos un poco más de estas ideas, pero neciamente continuamos adelante.

Además de conocer la importancia de la lectura, también la ponemos en práctica de múltiples formas, con infinidad de materiales escritos, en espacios urbanos inusuales y en lapsos muy cortos. En el México de los noventa la lectura se ha adaptado a los lectores.

En el siglo XIX se leía con calma, pues el "tiempo sobraba"; a medida que las épocas cambian; la lectura y los lectores cambian; ahora no hay tiempo para casi nada, el vértigo de la vida moderna de los años

noventa ha desarrollado en los hombres la habilidad para leer de prisa y junto con muchas más preocupaciones.

Los periódicos, las bardas, los cuadernos, las pantallas de computadora y las fotocopias son los materiales de lectura de los hombres actuales, no sólo el libro. Todos estos materiales en conjunto expresan una realidad compleja, híbrida y confusa, para entenderla es necesario entender sus productos. Interpretar la vida moderna de México requiere reconocer que sus productos distan mucho de ser clásicos de literatura.

El hombre moderno es lector de materiales escritos y de su propia realidad, lee porque su situación se lo demanda, requiere entender, descifrar y encontrar sentido a la vida. No es lector en el sentido literario, lo es en la perspectiva social.

La lectura para el hombre moderno no se limita a las obras escritas, consumadas y completas, sino a fragmentos, ideas y signos. Además, se lee un conjunto de signos y símbolos creados por los propios hombres, señales que se encuentran diseminadas por el entorno social que indican cuándo, cómo y dónde.

Si la concepción simple de lectura no nos es suficiente en esta empresa, debemos ampliarla a una de mayores implicaciones, que nos permita explicar los actos de interpretación simbólica que prevalecen entre los hombres y sus culturas.

Así pues, nos encontramos ante la inminente posibilidad de explicar los actos de lectura de los hombres modernos de la ciudad de México como procesos interpretativos.

Para ubicarnos en este paradigma recordemos la idea central de la hermenéutica interpretativa: *no hay conocimiento sin interpretación*.¹²⁹ Cómo puede un científico social o un hombre "común" encontrar sentido a la historia, el presente y el futuro, si no es a partir del conocimiento de su ser y el devenir social. Si el conocimiento es principio y fin de la humanidad, el instrumento es la interpretación; Cassirer, Gadamer y Durand, entre otros, han planteado el camino de interpretar el lenguaje humano para encontrar el argumento de la *comprensión*. Comprender es conocer y para conocer es necesario interpretar.

¹²⁹ Luis Garagalza. *La interpretación de los símbolos*, p. 17.

Leer es interpretar, porque la interpretación es un tipo de lectura acorde con las necesidades del hombre moderno y las posibilidades de la razón.

En la sociedad mexicana moderna los hombres leen los textos que la misma cultura produce, leen además los signos de los tiempos modernos y las señales de la calle, los interpretan y comprenden un poco la lógica del caos social. Comprenden que para vivir, los puntos de convergencia están en lugares donde confluyen la escuela y la calle, en su complementariedad.

La cultura de los años noventa es una realidad textualizada, es decir, sus unidades de significación son textos que pueden ser escritos, orales o gráficos, pero siempre manteniendo un carácter simbólico que contiene las significaciones otorgadas y construidas por el grupo social. La lectura de la modernidad tiene que ser entendida en su diversidad de manifestaciones:

Si tratamos de ampliar un poco la noción de lectura, veremos que engloba también la posibilidad de descifrar otros sistemas de signos y no exclusivamente las cifras y letras del alfabeto. Leemos también las señales de tránsito y los sistemas heráldicos.¹³⁰

La lectura o cualquier actividad humana ha de ser entendida no por su expresión individualizada, sino por su posición en un conjunto de relaciones sociales. Geertz lo explica cuando habla del trabajo antropológico:

Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones.¹³¹

El hombre moderno interpreta y lee lo que la realidad sociocultural le presenta, de acuerdo con sus ritmos y sus necesidades, interpreta porque busca comprender un poco la realidad y su ubicación en semejante "urdimbre" urbana. Indudablemente no interpreta como lo

¹³⁰ Luis Gregorich, *op cit.*, p. 32.

¹³¹ Clifford Geertz. *La interpretación de las culturas*, p. 20.

haría un científico social, pero hace de la interpretación un instrumento para desarrollar las estrategias que le permitan vivir.

Leer nos sitúa ante la posibilidad de entender el mundo y sus significaciones, y con esto entendernos en tanto grupo social que comparte una cultura, un presente y un futuro.

Lectura e interpretación de la realidad son procesos que nos permiten comprender la modernidad que nos tocó vivir, y así construir una realidad que exprese lo que somos y lo que queremos ser.

CAPÍTULO 5

LA LECTURA ESTÁ EN LA CALLE

*Down on the corner,
out in the street,
Willy and poorboys ar playing;
Bring a nickel; tap your feet.*

*You dont need a penny
just to hang around,
But if you're got a nickel,
won't you lay your money down?
Over on the corner ther's a happy noise
People come from all around to watch the magic boy.*

J. C. Fogerty

Las letras y los números

En los estudios sociales existe una polémica que contraponen el uso duro de los datos y la dificultad de codificar la realidad empírica; resulta común encontrar trabajos que reavivan esta discusión cuando caracterizan su perspectiva metodológica y definen su posición como cuantitativa o cualitativa, con toda la gama de posibilidades que cada una contiene. Mientras unos reclaman la infalibilidad de los datos y centran sus críticas en trabajos en los que hay ausencia de datos que respalden las ideas expuestas, otros critican reducir la realidad a cifras. Si esto no fuera suficiente, ni siquiera cabe la posibilidad de mediar pues se califica el hecho de ecléctico y falta de definición. En otro sentido, hay quien plantea que no le interesa incursionar en la polémica y simplemente desarrolla sus ideas y deja la discusión para metodólogos o analistas del quehacer científico, en todo caso los resultados siempre expresan una posición al respecto: convertir en datos la realidad o interpretarla.

Esta reflexión no pretende llevar al lector a las intrincadas veredas de ambas posturas teórico-metodológicas exponiendo las bondades de una y criticando la otra. La polémica viene a colación por el hecho de que el tema central de este texto refleja una problemática social en las

que cifras e interpretaciones buscan explicar y vislumbrar posibles soluciones. La lectura en México es la problemática en cuestión; es promesa y dolor de cabeza, es la gran tarea educativa y es, también, la gran desilusión.

La lectura es un aspecto problemático de la educación y de la sociedad al cual hasta el momento no se le ha encontrado solución, se le vislumbra como algo de proporciones alarmantes y constantemente se buscan soluciones. Se le ha pensado como la llave maestra del progreso social e individual, pero se reconoce que es un instrumento todavía lejano a las grandes masas de la población.

La problemática de la lectura tiene tal importancia que crea la ilusión de que la polémica de la ciencia y sus métodos no existe o por lo menos ha tomado una tregua; objetivistas y subjetivistas pueden diferir en sus procedimientos, pero no en el resultado: la lectura está en crisis.

Las investigaciones emprendidas en los últimos años parecen coincidir en sus resultados. Ya sea, por ejemplo, a través de datos concretos o a partir de observaciones etnográficas, pero encontramos que las conclusiones son muy similares: *vivimos un agudo alejamiento de la población con respecto a la lectura.*

Las investigaciones sobre la lectura son de naturaleza diversa, en los últimos años disciplinas como la psicología, lingüística, pedagogía o didáctica se han dado a la tarea de realizar trabajos por demás disímolos. Estudios que revisan la actividad interna del sujeto, la codificación social, los problemas ideológicos de la lengua oral y escrita o los procedimientos metodológicos para lograr un aprendizaje en el que intervenga la comprensión, son sólo ejemplos de las variadas temáticas desarrolladas. Enumerar instancias, investigaciones y enfoques resultaría largo y no corresponde a los intereses de este trabajo. Presentaré solamente las tres grandes agrupaciones en las que, a mi juicio, es posible identificar los trabajos de investigación. Por quienes las producen las podemos agrupar en: instituciones culturales, de grupos académicos e iniciativa privada.

Denomino instituciones culturales a una amplia variedad de instancias de carácter oficial ligadas al estado cuya función es de carácter social, cultural y educativo. Para esta cuestión utilizo la denominación *cultural* por usar el concepto tal y como lo manejan las propias insti-

tuciones, no en el sentido antropológico del término, pues de otra forma las tres instancias serían instituciones culturales.

La SEP, Conafe, INEA, INBA, CNCA pueden ser ejemplos de las llamadas instituciones culturales, y su función en el ámbito de la lectura está dada en atender la demanda de la población, pero también desarrollan acciones de investigación que anteceden a acciones educacionales.

Con muchos matices, sus funciones serían *promover, difundir, enseñar y fortalecer la lectura* entre la población, preferentemente infantil, aun cuando sus pretensiones son de carácter social, es decir, el propósito mayor sería lograr que la sociedad en general lea en cantidad y calidad aceptables.

Los trabajos que se producen en estas instancias, por lo general, son presentados en calidad de informes, lo que los hace adoptar formatos rígidos y estereotipados; es aquí donde el uso de cifras y gráficos se presenta como necesario. La información ha de presentarse clara y objetiva para ser expresada y comprendida de manera eficaz, pues el camino entre quien la elabora y quien toma la decisión es largo y tortuoso. No quiero hacer una generalización de la forma y fondo del trabajo institucional, pero es una realidad que los trabajos de investigación y decisión no son complementarios, y lo que es más claro aún, las personas no son las mismas. Por otro lado, existen algunas posibilidades de publicación de los trabajos en estas instituciones, lo que viene a modificar un poco esta dinámica y amplía las posibilidades de socialización de las ideas y la totalidad de los datos. Lo que de otra manera solamente funciona como alimentador del discurso oficial, respaldando el *índice actual de analfabetismo*, el *déficit del hábito de lectura* o el *descenso del gusto lector*. Las palabras del presidente Ernesto Zedillo, pronunciadas durante la inauguración de la Feria del Libro Infantil y Juvenil 1999, pueden ser ilustrativas: "sufrimos una grave falta de lectura, o estamos muy lejos de haber formado los lectores que deberíamos tener".¹³²

Estas instituciones responden a la lógica estatal y por lo tanto funcionan como proveedoras de información, espacio de acción y voces de la política oficial. No es raro encontrarnos con declaraciones

¹³² "Piden libreros seguridad jurídica para la industria editorial", *La Jornada*, 13/noviembre/1999, p. 28.

estatales que incluyen la fuente o participación de una o varias de estas instancias, por ejemplo:

Población de 15 años y más, total y alfabeta según grupo quinquenal de edad
1990-1997

1997		
<i>Grupo de edad</i>	<i>Población de 15 años y más</i>	<i>Población alfabeta (por ciento)</i>
15 a 19 años	10,037,969	96.9 %
65 años y más	4,633,122	63.9 %

Fuente: INEGI. Estados Unidos Mexicanos. XI Censo General de Población y Vivienda, 1990. Resumen general. Tabulados básicos. México, 1992.

La segunda instancia refiere a la existencia de productos de investigación elaborados por grupos de académicos que pueden o no trabajar en el contexto de universidades, asociaciones civiles o institutos de investigación, pero en los cuales existe la posibilidad de autonomía. Cuestión que no exenta de responsabilidades y compromisos, pero éstos están más dados por la rigurosidad científica y el compromiso social, antes que por la presión institucional.

Como ejemplos de esta categoría podemos citar al Cinvestav del IPN, el CESU de la UNAM, CIESAS del INAH, revista *Nexos*, Observatorio Ciudadano de la Educación, etcétera.

Actualmente estos grupos trabajan de manera muy relacionada con las instituciones estatales; los productos de investigación circulan rápidamente del ámbito académico, en estricto, a la discusión y la acción institucional, lo que indudablemente ha repercutido en una mayor difusión de los estudios, teorías, enfoques e innovaciones pedagógicas.

Los principales aportes de estos grupos de trabajo están en que las teorías, metodologías e instrumentos son constantemente criticados y se ensayan nuevas posibilidades; no responden a tiempos ni demandas oficiales, sino a los ritmos de la investigación científica y, funda-

mentalmente, los resultados son puestos a discusión, no son aplicados directamente.

Estos grupos utilizan preferentemente recursos metodológicos cualitativos, etnografía, enfoques participativos, comunicativos, e investigación acción, entre otros, aunque existe gran cantidad de investigaciones de carácter cuantitativo, específicamente estadístico, manejadas con una gran rigurosidad. Tal es el caso de las publicaciones del Observatorio Ciudadano de la Educación,¹³³ que en forma de *comunicados* presenta al público datos y puntos de vista sobre la problemática de la educación en el país. Es común encontrar la publicación de estas investigaciones en revistas especializadas, diarios y suplementos, por lo tanto existen mayores posibilidades de socialización.

Por último, la iniciativa privada también hace presencia en este escenario al promover investigaciones en el ámbito de la lectura. Cuando señalo la iniciativa privada, me refiero a la industria editorial, productora de libros y materiales de lectura. Una gran parte de los trabajos emprendidos por este sector pretenden argumentar la crisis de esta industria y pretenden encontrar respuestas que ayuden al incremento de esta actividad. El criterio que prevalece es el de desarrollo y expansión de mercado, aun cuando se cita siempre el valor moral de la actividad lectora.

El tipo de estudios emprendidos por estas empresas es de investigación de mercado, interesa sobremanera saber los gustos lectores, la cantidad de lectura y explicar por qué cada vez hay menos lectores, o tal vez debería decir "menos consumidores". Además del Estado y sus instituciones, la industria editorial es la parte más interesada en contestar a la pregunta de por qué cada vez hay menos lectores; sus intereses son obvios e impregnan el carácter de la crisis.

Si bien es cierto que existe diversidad de enfoques de investigación y de que los resultados parecen coincidir cuando pregonan lo que se ha dado en llamar "la crisis de la lectura", es claro que existe la hegemonía de la perspectiva cuantitativa en la presentación de los resultados. La cuantificación numérica ha sido el enfoque predominante a la hora de fundamentar la problemática de la lectu-

¹³³ Cfr. <http://wwwobservatorio.org>.

ra. Desde el simple *número de libros que una persona debe leer anualmente* hasta *el porcentaje de analfabetismo*, el planteamiento es dominado por datos. El problema de las letras es plasmado a través del referente numérico.

No deja de resultar curioso el hecho de que a través de las estadísticas y porcentajes se quieran argumentar aspectos tan subjetivos como “el hábito” y “el gusto”, presentados en términos de déficit. A partir de los datos presentados, la conclusión inmediata es que *ha disminuido el hábito de la lectura, o hay que fomentar el gusto por la lectura*. El presidente Zedillo dice al respecto: “La falta de costumbre de leer libros por el placer de leer, es un factor de atraso cada día más obvio (...)”¹³⁴

Gusto y hábito forman parte de la argumentación que enuncia un estado de crisis en la lectura, tal parece que estos dos aspectos han disminuido en los últimos tiempos, y la sugerencia se antoja evidente: hay que fomentar el hábito y el gusto por la lectura.

Pero, ¿cómo se llegó a tal conclusión?, analizando encuestas, observando el nivel de estudios de la población y confrontando procesos de producción y niveles de ventas de las editoriales. Por ejemplo, en un estudio auspiciado por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, se indica: “... durante 1995, tan sólo en nuestro país, el sector editorial generó una facturación por 332 millones de dólares de los cuales sólo el 15 por ciento se obtuvo por concepto de literatura”.¹³⁵ En un artículo periodístico, y con referencia a las “debilidades de la industria editorial”, el director de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana, dice: “... entre ellas (las debilidades) el escaso o nulo hábito de la lectura, el problema del fotocopiado y ‘la alarmante disminución’ del número de librerías”,¹³⁶ y líneas más adelante pregunta: “¿Cómo puede existir una industria del libro sin lectores?”¹³⁷

No es que la visión numérica de esta cuestión carezca de valor, en absoluto, lo que planteo es el hecho de que esta visión, que he llama-

¹³⁴ “¿Cómo lograr el hábito de la lectura en los infantes de México?”, *La Jornada*, 19/noviembre/1999, p. 31.

¹³⁵ *Idem*.

¹³⁶ “Piden librereros...”, *op. cit.*

¹³⁷ *Idem*

do "clásica", de la lectura deja de lado cuestiones importantes, como: a) la lectura es un proceso de interpretación que no se limita al objeto libro, b) no todo lo que se lee se necesita comprar, y c) la diversificación del material de lectura (diferentes del libro). Cuestiones que en la realidad actual mexicana se presentan como situaciones constantes y, de paso, cuestionan la sacralidad del libro y de la lectura.

Esta posición ha tenido que perfilar claramente su visión del problema, para esto utiliza conceptos derivados de una visión "clásica de la lectura", que contiene la relación lector-libro y como producto la lectura. Libro y lector son conceptos íntimamente ligados en este planteamiento, se piensa que para hacer posible el acto de leer es necesario que un sujeto esté frente a un libro.

La visión "clásica de la lectura" observa al libro como el objeto de este acto y no duda en repudiar otros tipos de textos con calificativos como *baratos*, *desmotivadores* o de *segunda clase*. El Estado y la iniciativa privada han privilegiado la lectura de libros y han contribuido a olvidar los actos de lectura que desbordan esta relación. Producto de esto, el libro se ha convertido en fetiche de la cultura letrada y en mercancía de consumo.

El libro se ha integrado totalmente a la lógica del mercado capitalista a tal grado que está sujeto a las leyes de la oferta y la demanda tal como lo está una refacción de auto, un par de zapatos o un refresco embotellado. Los grandes centros comerciales incluyen en sus mostradores libros de diversas clases y al igual que las otras mercancías, en algunas ocasiones los podemos encontrar en *oferta*, *libros al dos por uno*, *con el cincuenta por ciento de descuento* o en *barata de temporada*.

En esta selva de precios y ofertas, hay quien pensaría que se trata de libros de segunda categoría, de editoriales efímeras o de autores desconocidos, pero lo cierto es que encontramos títulos, autores y editoriales de todas clases. Autores y obras clásicas compitiendo con nuevos libros y escritores, participando de la lógica de la economía capitalista, en busca de compradores más que de lectores.

Para el mercado del libro tal parece que no hay coherencia, un libro clásico puede llegar a costar 5 pesos, y un libro con secretos de belleza de una conocida artista de la televisión 150 pesos o más. Por el contrario, un libro especializado, científico, puede llegar a costar

hasta 500 pesos, mientras que la UNAM remata (o regala) cientos de libros de este mismo tipo a 5 pesos, o menos.

¿Qué es lo que define el precio de un libro actualmente?, ¿su aporte a la ciencia y la cultura?, ¿el autor?, o será acaso ¿el material con el que está elaborado? Tal parece que no, libros caros que no dicen absolutamente nada y libros extraordinarios casi regalados, y al revés, libros extraordinarios en precio y en contenido, y libros baratos en todas las posibles acepciones del término. Autores y obras consagrados a bajos precios y personajes desconocidos a altos precios. El material tampoco es referencia clara, pues bellas encuadernaciones pueden conseguirse a buenos precios, además de que la computadora se ha encargado de hacernos parecer un juego de niños el diseño gráfico, la tipografía y el manejo de espacios, imágenes y textos, y por el contrario libros elaborados en materiales de menor calidad pueden venderse a precios mayores. Sean cuales fueren los factores que intervienen en la definición de los precios, lo cierto es que al final del proceso cada uno de los libros contiene en cada una de sus hojas el contenido y el valor comercial. El primero lo dota de importancia, permite que la obra encare a cada uno de los lectores y promueve su lectura o su olvido, mientras el segundo forma parte del lado oscuro del libro, algo que siempre le ha acompañado pero que poco se menciona.

En las sociedades de consumo actuales, como la mexicana, lo que define el valor de los libros no es su relevancia social, su aporte a la cultura o su singularidad, es algo más material que todo eso, es la ley de la oferta y la demanda. Si para comprar un libro de belleza hay un número infinito de compradores potenciales, entonces su tiraje ha de ser cuantioso, lo mismo que su precio; si el número de compradores de una obra científica es reducido, bastará con mil ejemplares por edición, o menos. Y como sucede con toda novedad en el sistema capitalista, para comprar a un menor precio solamente hay que esperar a que pase el tiempo: el libro que costó 200 pesos, ahora lo podemos adquirir a mitad de precio, con excepción de las obras científicas, que una vez que se agotan su valor aumenta, tal vez sea porque no haya otras ediciones de la obra.

El campo mercantil del libro lo componen librerías, supermercados, tiendas departamentales, vendedores -fijos y ambulantes-, ferias de libro,

instituciones educativas y, claro, las editoriales. De una u otra forma, estas instancias participan de la lógica del mercado y venden libros, su función puede ser diferente dentro de la sociedad, pero lo cierto es que contribuyen a constituir la oferta y demanda del libro. Promueven ediciones, definen textos, seleccionan autores, establecen precios y venden sus productos.

Ya sea para señalar los déficits o para conocer las necesidades del mercado, el punto de vista estadístico es el que ha privado a la hora de señalar la crisis de la lectura. Por ejemplo, en la esfera pública se habla del 9.8% de la población que es analfabeta, el número de estudiantes de educación básica es de 28 056.8 para 1998, 1 353 890 de personal docente y 207 069 escuelas,¹³⁸ etcétera... la realidad es expresada en cifras, números y porcentajes; entonces, si una persona pertenece a alguno de los rangos presentados, puede ser: alumno, profesor, lector, alfabetizado o no lector y no alfabetizado, y como las cifras son casi siempre negativas en cuestión de la alfabetización, encontramos que hay un gran número de no lectores. Por otro lado, la estadística de las casas editoriales establece una singular relación entre libros vendidos y lectores; disminuyen las ventas, luego entonces, disminuyen los lectores. Los números funcionan como referencias para establecer relaciones con las letras.

Los porcentajes, los índices y las medias explican con toda claridad cuántos libros se producen, cuántos son vendidos y cuántos se quedan en las bodegas, también objetivizan el problema de tal manera que podemos observar la crisis de la producción editorial, los números indican quiénes leen y quiénes no.

La situación de la industria editorial no es alentadora. De las 400 librerías que existen en el país, sólo 330 son especializadas, el resto son espacios con productos diversos donde se venden libros. México produce alrededor de 320 o 330 millones de ejemplares al año; de los cuales 120 millones son editados por socios de la Caniem, 146 millones por la SEP y 50 millones por gobiernos de los estados y dependencias gubernamentales. Cabe añadir que un mexicano lee 2.48 libros al año, excluidos libros de texto.¹³⁹

¹³⁸ Presidencia de la República, *Cuarto informe de Gobierno*, México, 1998.

¹³⁹ "La industria editorial requiere seguridad jurídica". *El Financiero*, 05/IV/2000, p. 61.

La crisis de la lectura ha sido expresada, con mayor facilidad y para que no haya dudas, en términos numéricos. *Los números no mienten*, señalan las instancias encargadas de fomentar la lectura y promover la presencia del libro en la sociedad y en cada uno de los hogares.

La objetividad de los números es un hecho real, pero quedarnos sólo en ellos es no observar de cerca las relaciones entre los seres humanos e interpretar las subjetividades de una actividad que es en sí todo un acto interpretativo. Los números no mienten, pero no expresan la complejidad de una cuestión tan subjetiva como lo es el acto de leer, y no alcanzan más que a perfilar las múltiples relaciones que pueden establecerse entre un lector y los materiales de lectura.

Los números y las letras son paradigmas complementarios en la realidad, pero no es posible definir la realidad de las segundas a partir de la óptica que nos brindan los primeros. Más difícil aún es plantear que si bajan los índices de ventas de las empresas editoriales, estamos ante una crisis de la lectura o que la gente lee cada vez menos.

Es del dominio público que la crisis de la lectura existe y se expresa día con día, pero resulta falso señalar que se dé porque las personas no compran libros nuevos. Las bajas ventas dan indicios claros de la crisis económica por la que atraviesa el país, pero dicen muy poco sobre la actividad de leer. Además, reducen la acción de leer al referente libro y desconoce, de paso, a una diversidad cada día más grande de portadores de textos; revistas, avisos, señales, periódicos, documentos, grafitis y textos virtuales, por ejemplo.

Hemos tenido la visión cuantitativa de la problemática de la lectura, pero aún nos falta completar el todo a partir de aspectos cualitativos que nos indiquen otro tipo de factores como los usos sociales de los materiales de lectura, el tiempo efectivo dedicado a la actividad de lectura, los espacios de lectura, la diversidad de materiales para leer, las motivaciones de lectura del hombre moderno y el desencanto y la frustración hacia el modelo tradicional de lectura.

Los estudios cualitativos pueden aportar argumentos en favor de la crisis de la lectura; quién es el lector, cómo lee y cuándo, son aspectos que requieren observaciones en el lugar para poder dar cuenta de que se esté dando el proceso.

Es importante presentar análisis que se despojen de atavismos del pasado, de poses academicistas, de fácil enunciación. Dejar de señalar lo

que *deberíamos* leer y explicar por qué no se lee y documentar lo que sí se lee, revitalizar la idea de la lectura, como acto escolar y fortalecer una perspectiva cultural, fundamentado, con evidencias empírico-sociales, lo que indudablemente enriquecería la imagen de lector y abriría nuevos caminos de la investigación social y educativa en este tema.

La visión numérica y deficitaria de la lectura no ha servido más que para descalificar a una gran parte de la población que no tiene acceso a las obras consagradas y para construir una utopía de papel, que se tambalea cada vez que el Estado o las empresas ajustan su presupuesto.

En cuestión de letras los números son solamente una referencia obligada, pero no son el problema.

En la calle

Desde cualquier ángulo que se le quiera ver la lectura ocupa un papel importante en nuestra sociedad, ya sea como ejercicio intelectual o como fin educativo, su presencia se nos presenta como idea o práctica; no solamente se piensa en la importancia de leer, lo cierto es que también se lee. Sólo que actualmente encontramos una diversidad de prácticas lectoras que se adaptan a las necesidades de los hombres modernos del siglo veinte en la ciudad de México.

En estos tiempos, la lectura adopta novedosas formas de expresión y se adecua a espacios y tiempos característicos de la vida urbana, de sus desencantos y sus expectativas. Formas que no por nuevas han perdido la esencia interpretativa que caracteriza al acto lector, pero que en cambio inundan las calles ciudadinas convirtiendo a lectores y no lectores en jugadores del juego de la lectura.

Estos cambios en las formas de leer y en los materiales de lectura provocan polémicas y declaraciones tormentosas. Intelectuales, dueños de editoriales y funcionarios educativos son los encargados de calificar este estado de cosas en el que se encuentran la lectura y los lectores señalando una crisis, en la cual la lectura es pensada como *única*, y los lectores son calificados a través de sus *déficits*; gusto, hábito e interés, son algunos de ellos.

Por una parte, se piensa en que la lectura *debe ser concentrada, seria, buena y de calidad*, en este aspecto, lectura se identifica con

libro, o en el mejor de los casos con revistas (científicas, literarias o artísticas); en todo caso, cuando se hace referencia a lectura se piensa inmediatamente en libro o, más precisamente, en un "buen libro". Por otra parte, los lectores son pensados como personas que *deben* poseer un "alto nivel cultural" para poder entender y disfrutar de esta actividad.

Hacer coincidir lectura y lectores es la gran aspiración de la escuela moderna, pero también es su gran decepción.

Este sueño frustrado en el que los esfuerzos educativos no bastan para hacer de los hombres modernos lectores inteligentes, dedicados y críticos ha llevado a pensar que a principios de este siglo *la lectura está en la calle*.

Señalar que *la lectura está en la calle* implica pensar que los contrarios se expresan en la misma unidad que la dialéctica señala. En un mismo momento la idea anterior nos remite a pensar en la crisis socioeducativa y en el lugar donde la vida moderna se desarrolla. *Estar en la calle* es elemento discursivo para referir a la crisis y la sinrazón, pero también es el espacio simbólico donde el hombre moderno logra las conquistas sociales más importantes.

Para el hombre moderno, la calle es el espacio de expresión de múltiples acciones, ahí se vive y se aprende a vivir. Los espacios cerrados como las casas, escuelas o las oficinas son sólo lugares de respiro y algunas veces de tormento; parece que no es posible vivir por mucho tiempo enclaustrado, necesitamos pisar la calle para llenarnos de vida; menos aún permanecer en una oficina, taller, escuela o fábrica. Después de esa obligación llamada trabajo, la calle como recompensa.

A lo largo de todo este texto se expuso esta doble dimensión de la lectura y los lectores, la crisis educativa y sociocultural que la lectura presenta y la diversidad de actos y materiales de lectura que la ciudad de México proporciona a los lectores modernos. Crisis y promesa que se expresan en la realidad mexicana en términos de una relación, en la que por un lado se presenta la lectura como una actividad académica que ejerce hegemonía sobre otras, y por otro lado se plantea constantemente un estado de crisis. Hegemonía y crisis en la lectura expresan en una misma unidad la idea de la dialéctica materialista que indica que *todo está impregnado de su contrario*.

La hegemonía de la lectura la podemos entender si pensamos en que se ha convertido en la actividad académica por excelencia en las aulas y prevalece como parámetro de cultura en la sociedad, esta situación posee tal fortaleza que se ha desbordado el espacio escolar y se encuentra en los espacios urbanos, lugares donde conviven los lectores modernos. De esta forma la lectura, en idea y en práctica, se concreta en los espacios escolares y en los urbanos cuando los lectores la ponen en práctica. El lector de la ciudad de México es un lector moderno, porque experimenta la vida moderna y comparte sus promesas y sus miedos, pero además es moderno porque confía en que la lectura le permite el ejercicio del intelecto y la consumación de ideales como la democracia y la libertad.

La crisis en la lectura se expresa en la profunda desconfianza de la propia sociedad en los lectores, en la calidad y cantidad de lo leído, y en la escuela como institución encargada de lograr la formación de sujetos lectores. Crisis que nos demuestra la confianza que la sociedad moderna ha depositado en leer y el desencanto por la situación real.

La realidad actual nos muestra que hegemonía y crisis forman parte de una cuestión multideterminada, pero que se complementa y se toca en diferentes situaciones; en las instituciones educativas superiores la lectura ejerce hegemonía y esta misma situación genera situaciones críticas, esto es, al centrar la formación y la producción de conocimiento en una sola actividad se propicia la unicidad metodológica instrumental y de paso se niegan otras posibilidades de acercarse al conocimiento. Por otro lado, y ligado a lo anterior, al centralizar los procesos de formación en torno a la lectura se re-crea el modelo único de lectura, lo que equivale a pensar que solamente hay una forma de leer, al que hay que aspirar todos, y al no conseguirlo es fácil calificar negativamente acciones que no corresponden al modelo.

Resulta importante destacar el papel de los profesores, intelectuales, instituciones educativas, vendedores y de las editoriales, pues son ellos los principales promotores de la lectura, cada quien desde su perspectiva. Mientras el primer grupo impulsa la lectura como signo de cultura y herramienta del conocimiento, el segundo demanda aumento en las ventas y la producción.

En este texto se presenta a la lectura como una multiplicidad de acciones que los lectores de los años noventa realizan para cubrir

diferentes necesidades. Recorrer los espacios universitarios y las calles de la ciudad de México nos pone en la antesala de la comprensión de un conjunto de procesos de naturaleza social que se habían enclaustrado en las aulas universitarias. Leer es algo más que leer libros.

Leer es interpretar, y así se interpreta la realidad. La interpretación busca hacer accesible la lógica de una realidad social llena de contradicciones y sueños frustrados. Su búsqueda nos sitúa ante la posibilidad de la comprensión y por lo tanto del sentido de la vida urbana, de lo social y lo individual, como un todo estructurado y estructurante.

La comprensión es antes que nada una posibilidad epistemológica, un comprender y un conocer, pero dicho conocimiento no es aquel que solamente se encuentra en las universidades, es un conocimiento que permite sortear las dificultades de una modernidad mexicana confusa y altamente compleja. El conocimiento al que se hace referencia se encuentra en el fondo de señales y símbolos sociales, que son contruidos de manera colectiva y que cada individuo interpreta y comprende.

La realidad es una construcción textualizada, pero para ser leída no basta estar alfabetizado, pues los simbolismos están en más espacios que en la escritura. Las calles y rincones urbanos los expresan, se estructuran y se comparten, y son los lugares donde se vive y se piensa. Los espacios urbanos no son solamente lugares físicos, son creaciones socioculturales altamente cargados de signos y gestos, de significaciones históricamente compartidas.

Leer textos escritos funciona en la medida que se acompaña con la lectura de signos sociales, de señales que se encuentran en cada esquina y en cada parque; de otra manera, leer puede convertirse en pose intelectual y ejercicio retórico.

La simbólica social de la ciudad de México de los años noventa no es plana y carente de contradicciones, por el contrario, tal parece que vivimos presos del *torbellino de los tiempos modernos* que Baudalaire señaló y que nosotros también vivimos, en el cual los cambios y los procesos híbridos son la característica de la época. Tiempos que parecen estar signados por desencantos en todas las esferas de la vida. Realidad que produce sus propios conceptos para ser leídos; textos, ideas y símbolos que esperan ser interpretados por otros lectores.

Si la realidad sociocultural es compleja, variada y desconcertante, así también son sus lectores y así son sus productos de lectura. Libros escritos por "artistas", periódicos para todo gusto y dos veces al día, revistas, *comics*, volantes, pintas y fotocopias que nos dan la sensación de vértigo, pero que leemos porque expresan lo que somos como personas y lo que podemos crear.

En esta dinámica social la lectura se hace presente a través de los hombres y mujeres que comparten esta realidad urbana. La división entre letrados e iletrados se desvanece y da lugar a un complejo conglomerado de lectores; unos más expertos, otros casi analfabetos, pero todos usando los materiales de lectura que la realidad les proporciona.

La denominación de crisis a la situación actual es una de las críticas que educadores, funcionarios e intelectuales actualmente enarbolan hacia la lectura. Crisis que contiene un amplio espectro de dudas, propósitos incumplidos y críticas hacia las instituciones y las condiciones de vida; sin embargo, al revisar la trayectoria histórica de la lectura y su relación con el proyecto de la modernidad, es claro que tal *crisis* no aparece en los últimos años. En México, la Colonia, la Independencia, el Porfiriato, la Revolución y la Época Contemporánea nos muestran la presencia cotidiana del deseo de lograr que la lectura ocupe un lugar importante en las preferencias del pueblo; mas como se ha insistido, ésta no es más que la expresión del conocimiento en la búsqueda de la libertad. Es la lucha por instaurar la supremacía del *logos* sobre el *myhtos*; lucha moderna de la razón sobre la fe.

La *crisis* de la lectura, tal como la plantean escuelas y editoriales, es una causa perdida de antemano, pues esconde en su profundidad la verdadera situación de las relaciones sociales modernas: la desigualdad social. Quienes pretenden superar la crisis de la lectura olvidan que las causas de ese alejamiento no sólo está en la falta de los hábitos, gustos o placeres metacognitivos sino en la realidad capitalista que asigna valor comercial a toda la actividad humana, incluyendo la intelectual y la producción de la palabra escrita. Por otro lado, la ferocidad del sistema actual no queda ahí, penetra en cada una de las personas y las enfrenta en crueles luchas de sobrevivencia: compañeros de trabajo que buscan "producir" más que otros y así ganar un poco más; el egoísmo burgués espera pacientemente dentro de cada uno de nos-

otros para expresarse a la primera oportunidad. Obreros a quienes no les importa el contrato colectivo de trabajo, con tal de tener seguro el sueldo quincenal; empleados que renuncian a sus plazas y voluntariamente se contratan como "personal de confianza", lo que les asegura aumento de sueldo, otro estatus y mayores responsabilidades; comerciantes que llegan hasta el enfrentamiento con tal de "eliminar" a la competencia, como es el caso de los ambulantes *vs.* establecidos del centro histórico de la ciudad; y qué decir de los académicos, quienes a últimas fechas descubren que su producción intelectual puede ser cambiada por puntos y posteriormente traducirse en dinero, con los concebidos recelos y divisiones gremiales. ¿Cómo pensar en un mundo armónico, culto y lector?

En esta realidad signada por la competencia y el individualismo, los modelos educativos que indican una forma unificada de leer, un tipo específico de textos, un lugar para su realización y que identifica lectura con cultura, han servido para contrastar la realidad, mostrar la diversidad en contra de la unicidad y, con esto, desmitificar la lectura y ubicar que los lectores de la ciudad no se alejan de la lectura, sino del mito que se ha construido en torno a ésta.

A lo largo de la historia el lector y la lectura han cambiado, se han adecuado a las necesidades y exigencias de los tiempos. Si en algún momento solamente existió el libro como instrumento para socializar el conocimiento, ahora esa función es compartida por medios electrónicos, capaces de poner en contacto a toda la humanidad. La lectura como única fuente de información y trascendencia comparte ese privilegio con sistemas de televisión por cable o antena, enciclopedias que "cabén" en un disco de computadora, textos completos que cambian de usuario a través del correo electrónico o vía Internet y mediante consultas en bibliotecas virtuales. Textos, instrumentos y lectores han cambiado porque la sociedad cambia constantemente. Quien señale que la lectura de nuestros días no es la misma que hace veinte años, está en lo cierto; la lectura ha cambiado.

El cambio de la lectura no tiene que ver con juicios de valor, no quiere decir que "antes se leía más" y "mejor" y ahora se presenta una disminución, ni mucho menos señala que la lectura ahora sea "mejor" por el hecho de contar con más y mejores medios. Lo que se presenta en el fondo es que actualmente el material de lectura se ha diversificado de

tal manera que esto ha implicado un cambio en la dinámica lectora y esta diversificación responde a las características de la época. Los textos que ahora se leen son la expresión del pensamiento de la modernidad mexicana y el lector es el resultado de largos procesos históricos de formación y experiencia.

Las instituciones educativas, incluidas las universidades, requieren considerar los cambios socioculturales y abrirse al influjo del entorno. Las escuelas no son espacios cerrados e inmunes hacia el exterior, fortificaciones donde se resguarde la cultura, pues ésta se encuentra impregnada en las prácticas, palabras e ideas de los estudiantes.

Hasta la fecha, pareciera que las instituciones educativas estuvieran a espaldas de la realidad social, o viceversa, donde más que relaciones se presenta una división tajante: en las escuelas, la cultura letrada; en las calles, la cultura popular.

Observar las relaciones entre escuela y entorno nos permite definir que estudiantes, profesores, autoridades y trabajadores administrativos de una casa de estudios viven una parte importante de su vida en espacios escolares, pero después son los mismos que caminan, descansan y viven en los espacios extraescolares.

Las instituciones educativas de nuestros días han de volver la mirada hacia el contexto, sus usuarios y los materiales de lectura que hoy día se producen, pues expresan múltiples ideas de lo que somos y lo que deseamos.

Reconocer la diversidad de lectores, materiales de lectura y las relaciones escuelas-contexto puede también incidir en buscar la diversidad pedagógica, abrir nuevas posibilidades en la construcción del conocimiento donde leer libros sea un acto importante, pero acompañado de novedosas estrategias educativas que se basen en actos de pensar y crear explicaciones para entender la realidad.

En la modernidad que nos ha tocado vivir las instituciones educativas y la vida cotidiana están unidas por la lectura, porque ésta es una actividad realizada por personas de carne y hueso, que paso a paso invaden los espacios urbanos y escolares, llevando consigo deseos, miedos y conocimientos.

Leer es la recreación de una actividad profundamente simbólica en la que todos somos partícipes. Lectores y textos no pertenecen a un determinado lugar, más bien circulan por la ciudad cuando usamos la calle.

Si el lector habita en la ciudad y se desplaza hacia múltiples lugares, debemos entender plenamente que más que en *crisis*, en una ciudad como la de México, *la lectura está en la calle*.

La modernidad en nuestro país se expresa en formas complejas, caóticas y contradictorias; mientras millones de habitantes comparten profundas tradiciones, otros tantos aspiran y experimentan la modernidad como síntoma de evolución y desarrollo. Mundos que parecen chocar uno contra otro y generan signos compuestos por esa dualidad.

El hombre moderno que hace de la ciudad de México su espacio vital, es un sujeto que ha aprendido a vivir oscilando entre prácticas culturales tradicionales y modernas formas de vivir y leer.

En el espacio de la modernidad mexicana, la lectura acompaña al sujeto como la actividad que conjuga tradiciones y modernidad, pues es instrumento para entender que el pasado y el futuro están unidos por el presente.

En los años noventa la lectura de la modernidad es la búsqueda del sentido de la vida misma.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Perry. *Los fines de la historia*. Barcelona, Anagrama, 1996.
- Augé, Marc. *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro*. Barcelona, Gedisa, 1987.
- _____. *Los no lugares. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. México, Siglo XXI, 1989.
- Baudrillard, Jean. *El sistema de los objetos*. México, Siglo XXI, 1969.
- Bettelheim Bruno/Karen Zalan. *Aprender a leer*. México, CNCA-Grijalbo, 1990.
- Berman, Marshall. "Las señales en la calle", en: Nicolás Casullo (comp.). *El debate, modernidad-posmodernidad*. Argentina, Punto Sur, 1989.
- _____. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México, Siglo XXI, 1992.
- Bolléme, Geneviève. *El pueblo por escrito*. México, CNCA, 1990.
- Braslavsky, Berta P. de. *La lectura en la escuela*. Argentina, Kapeluzs, 1983.
- Cardona, Giorgio Raimondo. *La antropología de la escritura*. Barcelona, Gedisa, 1994.
- Chartier, Roger. *El orden de los libros*. Barcelona, Gedisa, 1994.
- Dahl, Svend. *Historia del libro*. México, CNCA-Alianza, 1990.
- El Colegio de México. *Historia de la lectura en México*, 1988.
- Fijalkow, Jacques. *Malos lectores, ¿por qué?* Biblioteca del libro.
- Gadamer, G.H. *Verdad y método*. Barcelona, Sígueme, 1990.
- Garagalza, Luis. *La interpretación de los símbolos*. España, Anthropos, 1990.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, CNCA, 1990.
- Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 1990.
- _____. *El antropólogo como autor*. España, Paidós (Studio), 1989.
- Geertz, Clifford et al. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Gelb J., Ignace. *Historia de la escritura*. Alianza Universidad.
- Goetz, J.P. y Le Compte, M.D. *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Madrid, Morata, 1988.
- Hall, Edward T. *El lenguaje silencioso*. México, CNCA, 1990.
- Hoyos Medina, Carlos Ángel. *Epistemología y objeto pedagógico. ¿Es la pedagogía una ciencia?* México, UNAM-CESU, 1992.
- Ladrón de Guevara, Moisés. *La lectura*. SEP-El Caballito.
- Lara, Luis Fernando. *Escritura y alfabetización*. México, El Colegio de México, 1986.
- Ong J., Walter. *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra*. México, FCE, 1987.
- Rueda Beltrán, Mario et al. *La etnografía en la educación. Panorama, prácticas y problemas*. México, UNAM-CISE, 1994.
- Tolchinsky Landsmann, Liliana. *Aprendizaje del lenguaje escrito*. Barcelona, Anthropos-UPN, 1993.
- Ulin Robert C. *Antropología y teoría social*. México, Siglo XXI, 1990.
- Zavala Ruiz, Roberto. *El libro y sus orillas*. México, UNAM, 1995.

Introducción 7

Capítulo 1

Lectura y modernidad

La lectura de la modernidad 19
 Modernidad y educación 25
 El juego de la lectura 35

Capítulo 2

Hegemonía y crisis de la lectura en la universidad

Lectura y formación: el dilema del conocimiento 41
 Leer en la universidad o la fuerza de la tradición 55
 Las clases universitarias, ¿qué lectura nos toca? 62
 Leer fotocopias: el grado xerox de la lectura 66
 Leer: gusto y necesidad 73

Capítulo 3

Lectura y lectores en la ciudad de México de los años noventa

La lectura en la educación universitaria 77
 La ciudad de México: un lugar para leer y ser leído 88
 Los pasos del lector 97
 La lectura en la calle 104

Capítulo 4

Lectura, experiencia de vida e interpretación: los caminos de la modernidad

Lectura y poder: historia de una relación 109

Tradiciones educativas y modernidad
en el ejercicio de la lectura 121

La lectura como instrumento para interpretar
el ahora, el mañana y el pasado mañana 129

Capítulo 5

La lectura está en la calle

Las letras y los números 135

En la calle 145

Bibliografía 153

Esta primera edición de *La lectura de la modernidad* estuvo a cargo de Fomento Editorial de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria de la Universidad Pedagógica Nacional, y se terminó de imprimir en el mes de Diciembre del 2001 En TALLERES GRAFICOS DEL D.F. Y/O IGNACIO AVENDAÑO GOMEZ Ubicados en Puente Moralillo 49 Col. Puente Colorado Tel. 56-35-86-12 El tiraje fue de 2000 ejemplares más sobrantes para reposición.